



***LOS COLMILLOS DE  
NOLADSHEI***

**Juan I. Miezza**

Bajado de CF&F  
R6 09/99 L

## Prólogo

El sector espacial Nilooga es una región galáctica tranquila y poco habitada. Situado en el Borde Exterior, sus rutas hiperespaciales son poco frecuentadas, excepto por contrabandistas de especia... o por la Rebelión.

Tras la batalla de Hoth, la Alianza Rebelde se ha visto obligada a dispersar sus fuerzas a fin de evitar su destrucción por la Flota Imperial, comandada por Lord Darth Vader. Las rutas poco transitadas, como la del sector Nilooga, se han convertido en una necesidad para los convoyes de suministros de la Alianza, obligados a sacrificar varios días o semanas de navegación en aras de la seguridad.

Así, uno de estos convoyes rompe la quietud del espacio al emerger del hiperespacio en perfecta formación a 2 pársecs de la estrella más cercana. Tres alas-X del escuadrón verde en formación de cuña, seguidos por una vieja corbeta corelliana.

- Muy bien, mantened la formación; escolta abierta. Conectad los sensores.

La voz de Líder Verde sonó alta y segura por los comunicadores. Aquel equipo llevaba en activo desde los mismos comienzos de la rebelión, con la firma del Tratado de Corellia. Pensar y actuar era uno en ellos, como piezas de una maquinaria bien engrasada.

Por eso mismo no hizo falta conectar los sensores para percibir la amenaza.

- ¡Aquí Verde dos! ¡Tenemos un Destructor Estelar en punto seis cuatro!

- ¡Lo veo!

- ¿Qué demonios hace aquí? ¿Nos estaban esperando?

- Nos ocuparemos de eso más tarde - cortó Líder Verde -. ¡Alas en posición de ataque! Corbeta Sharshum, ¿me recibe?

El capitán del Sharshum, un Bothan poco amigo de las heroicidades, contestó con voz nerviosa.

- Aquí Sharshum, ¡lo hemos visto!

- Vamos a acercarnos a él para eliminar cualquier grupo TIE que pueda lanzar contra vosotros, pero no podremos hacer nada contra el Destructor. ¿Cuánto tiempo necesitáis para realizar otro salto al hiperespacio?

- ¡Unos veinte minutos! Nuestra ruta hasta el siguiente punto está obstruida por el Destructor. Debemos recalcular unas nuevas coordenadas desde nuestra posición actual hasta un punto seguro y...

- ¡Entonces háganlo! ¡Nosotros nos ocuparemos del resto! Líder Verde, fuera.

El veterano oficial volvió su atención hacia sus hombres ala, y la amenaza inmediata.

- Muy bien, chicos. Acelerad a velocidad de ataque y apuntemos a ese juguete. En triángulo: Dak, a mi derecha; Nilo, a mi izquierda.

- Es un Destructor clase Victoria - dijo Dak -. Es un alivio, al menos no habrá que enfrentarse a demasiados TIEs.

- Es poco consuelo - contestó Verde Tres -. Aún así nos superarán cinco a uno.

- No penséis en porcentajes ahora - intervino Líder Verde -. Cargad los escudos y mantened la formación. El Destructor está a 24 clicks, tenemos tiempo de sobra. Toda la potencia a las pantallas delanteras.

El grupo Verde aceleró rumbo al enemigo. Ya no hacían falta más palabras, sólo concentrar la atención en el enemigo.

A poca distancia de ellos, el Destructor Estelar Sombra Gris mantenía una posición expectante con respecto al pequeño grupo rebelde. En el puente, el capitán Krooz observaba con desprecio los tres pequeños puntos verdes que se aproximaban a su nave. Tras él, una figura menuda, envuelta en túnicas negras, se revolvió inquieta.

- ¿Ha llegado el momento? - preguntó la figura.

El capitán Krooz no se dignó contestar. Su atención estaba puesta en la pantalla sensora.

- ¿Escudos?

Un oficial de vuelo respondió desde la cubierta inferior.

- Totalmente operativos, señor.

- ¿Armas?

- Las baterías turboláser están cargadas y listas, señor - contestó otro oficial.

- Bien, manténgalas desactivadas. Demos a esos rebeldes la opción de acercarse - dicho esto, el capitán Krooz tomó su comunicador.

- ¿Cubierta 1?

- Sí, señor. Los grupos de vuelo Alpha y Beta están listos para el despegue a sus ordenes.

- Perfecto, permanezcan en alerta. Puente, corto.

El capitán Krooz tenía como principio no subestimar jamás al enemigo. Aunque se tratase de tres ridículos alas-X no pondría en peligro su nave si podía evitarlo. Ante la confirmación de que el Sombra Gris estaba listo para el combate, Krooz volvió su atención hacia la figura que esperaba a sus espaldas.

- Muy bien, Andras - dijo, mirando desde arriba al hombre con cierto desprecio -. Es el momento. Veamos si eres tan bueno como dices.

- Sí, señor - contestó este, con aire ausente.

Andras se adelantó unos pasos y se dirigió al ventanal de observación del puente, dirigiendo su mirada en la dirección en la que se acercaban los alas-X del grupo Verde. Cerrando los ojos, se subió la capucha y levantó las manos a la altura de sus hombros.

- ¿A qué están esperando esos imperiales? - dijo Verde dos, rompiendo el silencio de radio -. No han lanzado un sólo caza y mis sensores indican que sus baterías turboláser están desactivadas...

- Tal vez, estén averiados y no sepan que venimos - comentó con poca confianza Verde tres.

- Lo sabremos enseguida - dijo Líder Verde -. Y si están averiados nos llevaremos un Destructor Estelar por delante.

Pero en su interior, Líder Verde sabía que algo iba mal.

Entonces notó que Verde tres estaba retrasándose en la formación.

- Dak, estás rompiendo la formación. ¿Algo va mal?

A bordo del Sombra Gris, gotas de sudor empezaron a cubrir la frente de Andras. Su postura y actitud no habían variado lo más mínimo.

- Dak, ¿qué estas haciendo? Te estás colocando detrás mío. Vuelve a la formación.

En ese momento, sin mediar palabra, cuatro haces láser surgieron de los cañones de Verde tres e impactaron sobre la popa desprotegida de Líder Verde. El ala-X, sin escudos traseros, estalló en una llamarada intensa y fugaz. Verde Tres picó hacia su izquierda, esquivando los restos de Verde uno y se dirigió hacia Verde dos.

- ¿Estas loco, Dak? - aulló Verde dos, que había comenzado una maniobra evasiva -. ¿Qué demonios crees estar haciendo?

Por toda respuesta, Verde tres lanzó otra descarga láser sobre el ala-X de Nilo. La descarga falló, pero uno de los haces láser impactó sobre el motor de estribor destruyendo el estabilizador. La subsiguiente explosión inutilizó a la unidad R2 de Verde dos.

- ¿Qué haces, Dak, maldita sea, yo...?

Verde dos comenzó a girar sobre su eje principal, incapaz de alterar su rumbo. Verde tres se situó con fría eficacia en su popa y volvió a abrir fuego.

Esta vez, Verde dos estalló inevitablemente en pedazos.

A bordo del Sombra Gris, gruesas gotas de sudor empezaban a correr por el rostro de Andras. Sus manos temblaban levemente, pero él permanecía firme en su postura.

Dak viró su ala-X y puso rumbo a la corbeta Sharsum.

En el Sharsum, el capitán daba ordenes al borde de la desesperación.

- ¡Levantad los escudos! ¡Apuntad los cañones láser hacia Verde tres! ¿Cómo van los cálculos, por todas las estrellas?

- Faltan más de quince minutos, señor.

- Tal vez deberíamos emplear las coordenadas de emergencia, señor.

- Estamos en un sector sin cartografiar. ¡Si saltamos a ciegas corremos el riesgo de no volver a emerger con vida!

- ¡Señor! ¡Verde tres está armando torpedos de protones contra nosotros!

En su ala-X, Dak armó sus tubos lanzatorpedos. A la distancia actual, la Sharshum estaba a tiro de sus torpedos, pero él estaba a salvo de sus cañones turboláser. Con un pitido, el sistema de puntería le avisó de que el blanco estaba fijado.

En el Sombra Gris, Andras cerró sus puños y tembló. El rebelde era fuerte, pero no pudo evitar apretar sus disparadores.

Uno, dos... cinco torpedos de protones surgieron del morro del ala-X y se encaminaron hacia la Sharsum.

Andras se permitió una sonrisa. Ahora venía lo más difícil. Mordiendo sus labios, continuó su presa mental sobre el rebelde.

Uno tras otro, los cinco torpedos golpearon a la corbeta. El cuarto torpedo hizo caer sus escudos. El quinto provocó graves daños estructurales en el navío.

- ¡Evacuen la nave! ¡Evacuen la nave! - gritó el capitán Bothan por los comunicadores. No había nada que hacer. Otro impacto directo y eran historia.

Verde tres no disparó su último torpedo ni tampoco alteró su rumbo. Continuó en línea recta hacia la corbeta. Sus manos agarraban con rigidez los mandos mientras murmuraba en voz baja:

- Nada puede dañarme, seré recompensado. Nada puede dañarme, seré recompensado...

Verde tres dirigió toda la energía de las armas a los motores. El ala-X aceleró y se lanzó contra la indefensa corbeta. Sin nadie en los cañones para interceptar al caza, Verde tres alcanzó a la corbeta y se estrelló contra su casco de estribor. Con una espectacular llamarada, el caza y la corbeta desaparecieron convertidos en una bola de gas incandescente que se consumió en breves segundos.

En el Sombra Gris, Andras suspiró y dejó caer sus brazos. Tambaleándose, volvió sobre sus pasos hacia el puesto del capitán Krooz.

- ¡Excelente! - dijo Krooz, lentamente -. No cabe duda de que tus habilidades pueden llegar a sernos muy útiles. El almirante Harkov estará satisfecho. Puedes retirarte.

- Sí, señor.

Andras se inclinó levemente y salió del puente sin alterar en nada su semblante. En el exterior, sólo la imponente masa del Sombra Gris alteraba la quietud del vacío.

## Capítulo 1

Mom Pracei es un mundo peligroso. Naturalmente, ese adjetivo puede aplicarse a muchos mundos de la Galaxia; pero Mom Pracei es particular.

Su situación, en el límite entre el Borde Exterior y las Regiones Desconocidas le ha tornado especialmente propenso a convertirse en refugio de piratas, contrabandistas y seres de todo tipo y descripción imaginables.

La guarnición imperial de Mom Pracei no pasa de ser una avanzada meramente testimonial, y las tropas aquí destinadas sólo lo son como castigo. La consecuencia inmediata de esta actitud es que Mom Pracei es, a todos los efectos, un puerto franco:

una última isla de civilización previa a las oscuras Regiones Desconocidas, hogar de desesperados y alienígenas extraños.

Konad Sa es el principal espaciopuerto de Mom Pracei. Su reputación le ha llegado a poner a la altura de otros afamados hervideros de maleantes como Mos Eisley o Abregado-Rae. Cualquier cosa que uno desee comprar o vender, puede encontrarse en Konad Sa. Cualquier cargamento que uno desee transportar a cualquier punto de la Galaxia, encontrará transportista. El lema no escrito de Konad Sa es "No hay ruta lo bastante peligrosa, ni factura lo bastante cara".

Mom Pracei no fabrica nada, ni exporta nada. Su principal fuente de ingresos es el comercio estelar, generalmente controlado por bandas más o menos organizadas. El gremio de pilotos del planeta no existe como tal. Cualquier piloto afincado en Mom Pracei estará afiliado con alguna Casa de Navegantes o tendrá una carrera comercial corta.

Las tabernas de Konad Sa también tienen una larga reputación. Cualquier bebida imaginable puede ser solicitada en ellas, aunque las medidas de seguridad no suelen ser altas. No es nunca recomendable pedir un combinado agresivo en Konad Sa sin conocer bien al barman. Los locales más lujosos de Konad Sa han ido acomodándose de modo progresivo para alojar a los alienígenas más exóticos, siempre por un buen precio que no todos pueden pagar. Pero la media de los establecimientos está diseñada para alojar formas de vida similares a la humana.

El Ojo del Gundark es uno de estos locales. Punto de reunión más o menos neutral de pilotos de diferentes bandas, El Ojo no destaca por nada en especial. Sin embargo, hoy da cobijo a un visitante poco frecuente: Ender Roshak.

La cabeza de Ender está puesta a precio en todo el espacio Imperial. Inicialmente, su reputación como fuera de la ley le puso en la lista de los más buscados por los principales cazarrecompensas de la Galaxia; su incorporación a la Alianza Rebelde le puso en el punto de mira de la Armada Imperial, acusado de múltiples crímenes contra las propiedades y el Estado Imperial. Sin embargo, Mom Pracei es territorio virgen para Ender; no hay presencia imperial significativa en la frontera y su rostro no corre grandes riesgos de ser reconocido.

Tal vez por eso el enorme garbidano que tenía delante le había retado a un pulso.

Varios litros de grog habían circulado por la mesa de Sabacc en la que se encontraba Ender. Los otros dos jugadores habían caído inconscientes hacía rato, pero Ender y el garbidano seguían sobrios. La partida no podía seguir con dos jugadores menos, y la suerte no parecía acompañar al coloso de cuatro brazos de Garbid; de modo que este había retado a Ender a jugarse todo el dinero de la mesa a un pulso. Ender se tambaleaba bajo los efectos de la bebida pero aceptó el desafío sin dudarle. El garbidano gorgoteó de placer: aunque también estaba bastante bebido, el pequeño humano no era rival para él. Enseguida se reunió un grupo de curiosos en torno a la mesa y corrieron las apuestas.

- Acepto todas - dijo Ender entre risas.

- Vas a perder el brazo, paliducho - gruñó el garbidano enseñando los dientes a través de su sonrisa torcida.

- Sin tonterías, ¿vale? - contestó Ender tambaleándose -. Un asalto. El primero que toque la mesa con la mano pierde. ¡Y los otros tres brazos en la espalda!

Por toda respuesta, el garbidano apoyó su codo sobre la mesa y apretó la mano de Ender. Este tensó el brazo de inmediato. Los apostantes empezaron a rugir y el dinero empezó a moverse. Ender permaneció serio, temblando por el esfuerzo de aguantar la presa del garbidano; éste reía, con los ojos entrecerrados. La multitud animaba a uno y otro. Los jugadores comenzaron a sudar bajo la luz y el esfuerzo, pero ninguno parecía ceder un palmo. Más dinero cambiaba de manos y más apuestas se realizaban; estas subían y bajaban a favor de uno y de otro contrincante.

Sin embargo Ender no parecía ceder ni tampoco apartaba la vista de su adversario. Poco a poco, una sonrisa comenzó a dibujarse en su rostro cuando se percató de que el garbidano ya no reía, sino que sudaba copiosamente y cerraba los ojos. Por una fracción de segundo, el coloso aflojó su presa en un pequeño espasmo. ¡Era el momento! Concentrando todas sus fuerzas, Ender tiró del garbidano hacia su izquierda. El garbidano no reaccionó y escoró con violencia. Su brazo golpeó la mesa y su peso hizo el resto: su mole partió la esquina de la mesa y todo él se precipitó al suelo con gran estrépito quedando tendido de bruces.

Lo repentino de la acción tomó por sorpresa a los congregados, que enmudecieron en conjunto. Ender se estiró como un gran felino y rió con ganas.

- ¡Muy bien, caballeros! Pueden ir dejando sus créditos encima de la mesa. ¡No hay más apuestas por hoy!

Poco a poco los apostantes se fueron retirando, entre sorprendidos y contrariados, mientras Ender, en su asiento, contaba el dinero. El garbidano no se movía del suelo. Un hombrecillo enjuto, tras depositar su apuesta en la mesa, le preguntó:

- ¿Cómo lo has hecho, forastero? Las apuestas estaban 30 a 1 en tu contra.

Ender rió.

- Muy fácil. Ese zoquete pensó que estaba borracho de grog, pero no es así. Sin embargo él estaba casi fuera de combate, sólo tuve que aguantarle hasta que el grog hiciera su efecto.

- ¿Quieres decir que...?

- ¿No le oyes?

A sus pies, el garbidano roncaba como un bebé. El hombrecillo se marchó refunfuñando. En ese momento, un joven envuelto en una capa de color gris oscuro se acercó a Ender por la espalda.

- ¿Has terminado ya de llamar la atención?

- No he llamado la atención más que cualquier otro - contestó Ender sin volverse -. Tú sí que llamas la atención con ese aspecto misterioso, Keyan.

Keyan Sark era el compañero de Ender. Un joven aprendiz de Jedi a quien conoció hacía ya tiempo en una misión en Normandeyl. Su sable láser colgaba de su cinturón, bien oculto bajo su capa. A Keyan no le gustaba en absoluto llamar la atención sobre sí. Sus padres eran caballeros Jedi que habían sido asesinados por el Imperio durante la caza de Jedis conducida por Lord Vader hacía más de veinte años. La posibilidad de que el Imperio le descubriese e intentara capturarlo no era muy de su agrado.

- He encontrado a nuestro hombre. Deberías venir.

- Ahora mismo - dijo Ender levantándose de la mesa y recogiendo los últimos créditos -. ¿Sabes? Ahora mismo somos muy ricos. Creo que montaré ese nuevo par de lanzatorpedos extra en el Anaconda.

- Un dinero ganado honradamente, ¿eh?

- No he robado ni he matado a nadie, Keyan.

- Ya, de momento. Vamos.

Los dos hombres se dirigieron a un rincón oscuro del local. Cerca de una esquina, en un apartado discreto, había un hombre sentado delante de una jarra. La escasa iluminación del reservado y sus ropas oscuras de piloto le hacían pasar relativamente desapercibido. Keyan se acercó.

- Este es mi amigo - dijo, presentando a Ender.

El piloto miró con desconfianza a Ender de arriba a abajo. Transcurridos unos segundos asintió sin mediar palabra. Keyan entró en el reservado y tomó asiento. Ender le siguió. El piloto miró a uno y a otro y, finalmente, dijo:

- He oído que buscáis una ruta segura que pase por Mom Pracei. Las rutas seguras escasean en estos días.

- Eso dicen - contestó Ender -. Sin embargo nosotros pensamos que este es un sector tranquilo. ¿No es así?

El piloto sonrió con ironía.

- ¡Ja! Eso depende de la tranquilidad que busquéis. ¿Cuánta tranquilidad buscáis?

- No sé - contestó Ender a la defensiva -. ¿Cuánta tranquilidad hay?

- Un tipo cauto, ¿eh?

- Nadie es demasiado cauto en este lugar, ¿señor...?

- No recuerdo haber mencionado mi nombre.

- Ya.

- Mirad, chicos; si no ponéis un poco de vuestra parte yo no voy a mojarme por nadie.

¿Qué buscáis exactamente?

Ender dudó unos instantes, Keyan aprovechó para intervenir:

- Verás: representamos a una corporación en expansión. Nuestros márgenes no son muy amplios, así que estamos buscando rutas alternativas.

- Sí - añadió Ender -. La velocidad no es nuestro principal interés, sino la seguridad. Nos interesa que nuestros cargamentos lleguen a salvo a su destino.

- Ya veo - dijo el piloto -. ¿Y qué tipo de cargamentos transportaréis?

- No recuerdo haber mencionado ningún cargamento - respondió Ender contraatacando con sus mismas palabras.

- Hablemos del Imperio, por ejemplo - dijo Keyan -. ¿Puede el Imperio garantizar la seguridad de este sector?

- ¿El Imperio? - rió el piloto -. El Imperio aquí no es más que un tema de conversación en las tertulias de los Niveles Superiores.

Los ojos de Ender brillaron de interés al escuchar esto.

- ¿Quieres decir que no hay presencia Imperial en el sector? - preguntó.

- Hay un acuartelamiento en el planeta; pero la Armada Imperial apenas cuenta con un par de viejas corbetas en la zona.

- Esa no es la táctica usual del Imperio ni siquiera en zonas de poco interés - comentó Keyan, receloso.

- Tal vez - respondió el piloto -, pero con ese asunto de la persecución de los rebeldes por la Flota Imperial y la rebelión de uno de sus almirantes, los puestos fronterizos han quedado bastante desguarnecidos. La guerra se está librando no muy lejos de aquí.

- Eso son malas noticias - mintió Ender -. Entonces este sector no es seguro sin Imperiales cerca.

- ¿Y qué esperabas en el Borde Exterior? Aquí cada Casa se ocupa de los suyos.

- En cualquier caso - intervino Keyan -, haya o no Imperiales cerca, esta es una zona de bastante tráfico, ¿no es así?

- Desde luego. Y vosotros no debéis andar en asuntos limpios si pretendéis transportar mercancía por estas rutas. No, no me miréis así, casi habéis suspirado de alivio cuando os he dicho que hay pocos imperiales por aquí.

Ender frunció el ceño y miró al hombre con desconfianza.

- No me mires así, grandullón - prosiguió el piloto -. Lo que pretendáis transportar es vuestro problema. Sólo os diré dos cosas. Una: todo el tráfico de Mom Pracei está monopolizado por las Casas; los comerciantes independientes vuelan a su propio riesgo. Y dos: No son raros los ataques piratas procedentes de las Regiones Desconocidas. Si no os asocias con ninguna Casa, volaréis desprotegidos desde que salgáis del hiperespacio a menos que traigáis vuestra propia escolta.

- Ya veo - dijo Ender -. Y tú, ¿qué sugieres?

- Yo trabajo sólo. Mi nave es pequeña y confío más en la velocidad y en el pasar desapercibido que en volar con grandes escoltas. Pagar una protección se comería mis beneficios.



- Pero acabas de decir, que todo el tráfico está monopolizado por las Casas - apuntó Keyan.

- El tráfico digno de ser llamado así. Las Casas no podrían controlar a los miles de pequeños transportistas que pululan en Mom Pracei. Pero sí vosotros pertenecéis a una corporación deberíais andar con cuidado.

- ¿Qué quiere decir eso?

- La competencia nunca es bienvenida en Mom Pracei. En cuanto corra la voz de que estáis planeando establecer una nueva ruta os lloverán las ofertas de asociación. Incluso puede que ese saco de sebo de Trobbo os ofrezca protección.

- ¿Trobbo?

- Un gángster Hutt que tiene su base de operaciones en Noladshei. Ese miserable extorsiona a los pequeños comerciantes ofreciéndoles protección a precios exorbitantes.

- ¿Y contra qué les protege?

- ¡Ja! Básicamente contra él mismo. Aquellos que no pagan sus tarifas suelen sufrir desafortunados accidentes en ruta.

- Hmmm - musitó Ender -. Bueno, creo que nos hemos hecho una idea bastante buena de la situación. Gracias por todo, amigo - añadió levantándose de la mesa.

- ¿Gracias? - dijo el piloto -. No te hagas el gracioso y págame lo prometido.

- ¿Pagar? - contestó Ender mirando a Keyan.

- Bueno... - repuso éste -. Nada es gratis hoy en día.

- Y, ¿cuánto te debemos por esta agradable charla? - preguntó Ender al piloto.

- Quinientos. Ese fue el trato.

- ¡¿Quinientos?!

- Siempre y cuando, claro está, quieras volver a informar a tus jefes.

Apenas dijo esto, se dejó oír el ruido del seguro de varios blasters al ser quitado. Seis hombres armados les apuntaban con disimulo al otro lado del reservado.

- Keyan... - dijo Ender apretando los dientes -. Son seis. Contigo y este tipo, ocho. Ocho contra uno es una lucha justa porque voy a acabar contigo también.

Por toda respuesta Keyan levantó la mano en señal conciliadora.

- El grog paga, amigo. El grog paga.

- ¿Cómo que el grog paga?

- No queremos problemas...

Ender permaneció tensó unos instantes, aún levantado, sopesando la situación. Estaba furioso, pero Keyan tenía razón: no querían problemas, al menos de momento. Con un resoplido se llevó la mano al bolsillo.

- Esta bien - gruñó, lanzando el dinero a la mesa -. Ahí tienes.

- Es un placer negociar con vosotros - contestó el piloto sonriendo.

Ender agarró a Keyan de un brazo y le sacó del reservado. Los dos se alejaron hacia la salida.

- Keyan... ¡Te voy a destripar! O mejor... ¡Haré que tú pagues los lanzatorpedos que pensaba instalar!

- ¿Estas chalado?

- Me han hablado de un distribuidor no muy lejos de aquí...

## Capítulo 2

- ¡Vamos!, ¡vamos! ¡salid ya!

Los niveles y subniveles del crucero de línea Daga Refulgente aparecían y desaparecían a toda velocidad en la pantalla del terminal iluminando la cara de la pequeña usuaria con tonos alternativos de verde y amarillo. De pronto una cubierta de pasajeros se destacó sobre el resto.

- Esta es... - murmuró la pequeña -. Si pudiera superponer los conductos de refrigeración...

Sus dedos se desplazaron ágilmente sobre el terminal programando ordenes que algunos adultos no podrían simular sin la ayuda de un androide astromecánico. En la consola apareció un complejo entramado de líneas representativas de los diferentes conductos y cableado de la nave. Uno a uno fueron desapareciendo hasta que sólo quedó el subsistema de refrigeración.

- Y ahora viene lo difícil - continuó la pequeña, murmurando para sí -. Habitación C437. Este es el conducto...

La consola trazó la ruta del conducto de refrigeración de la habitación C437 hasta su primer distribuidor, de allí continuó hasta el segundo y por último hasta el intercambiador principal.

- Tengo el código y tengo la ruta. Sólo necesito entrar en el ordenador del intercambiador...

Las ordenes estaban claras, pero el ordenador central del sistema refrigerante no parecía muy predispuesto a dejarse controlar remotamente. La joven intrusa rodeó el sistema principal y, mientras intentaba dos accesos convencionales, tanteó el sistema desde su conexión a la red de mantenimiento. Su sonda pasó entre las defensas del ordenador central con inocente despreocupación mientras sus otros dos accesos intentaban colarse sin disimulos mostrando unas prioridades descaradamente falsas. El ordenador central bloqueó agresivamente las dos peticiones. Ese era el momento que la sonda estaba esperando: con total indiferencia, pero sin perder ni un instante, el proceso se coló en el sistema.

- ¡Sí! - gritó la pequeña, e inmediatamente se llevó las manos a la boca. Miró con disimulo a su alrededor, pero la escasa gente que caminaba por los pasillos no parecía haber prestado atención.

El ordenador de refrigeración era suyo, pero no sabía por cuanto tiempo, así que se apresuraría; después de todo, el resto era muy sencillo.

- Vale - continuó hablando para sí misma -. Tranquila Nikki, ya está hecho lo más difícil. Esto es pan comido. Habitación C437. Acceso. Nivel de temperatura... cinco bajo cero. Sí... ¡sí, sí! ¡Listo! - esta vez habló casi en voz alta. - Ja, ja; ¡esa vieja solterona va a tener que descongelarse hasta las medias!

- ¿Qué vieja solterona? - preguntó suave, pero firmemente, una voz femenina a sus espaldas.

Nikki, ignorante de que había alguien detrás de ella, se llevó un buen susto y se dio la vuelta casi en microsegundos.

- ¡Ah! - exclamó -. ¡Tía Rai! ¡Qué susto me has dado!

La recién llegada, ataviada con la cómoda túnica roja y blanca de los sirvientes del templo de Ommo contemplaba a la pequeña Nikki con una suave sonrisa que no lograba disimular la seriedad que transmitían sus azules ojos. Su negra y lisa cabellera caía en cascada casi hasta su cintura. En su costado reposaba una pequeña bolsa decorada con pequeños caracteres Eldar. Se llamaba Rai Sark, y era una Jedi en potencia.

- Te he hecho una pregunta, cariño - insistió la joven.

Nikki se puso muy colorada y bajó la vista hasta el suelo.

- Bueno, yo...

Nikki permaneció callada mientras revolvía sus manos, nerviosa. Al cabo de unos instantes se atrevió a levantar la vista, pero la tía Rai permanecía firme e impasible.

- ¿Y bien?

- Bueno...

No parecía haber escapatoria: la tía Rai era inflexible cuando se ponía seria.

- Verás - comenzó Nikki -. ¿Te acuerdas de esa vieja gruñona que en la cena de anoche no hizo más que meterse conmigo?

- ¿La señora Sunnd?

- Esa. Estuvo toda la noche criticando mis modales, mi ropa... ¡Hasta se burló de los cultos Eldar, tía!

- Bueno. Hay que reconocer que se trata de una mujer fría y algo desagradable.

- ¿Lo ves? - saltó Nikki, más animada; tal vez la tía lo entendería -. Tú misma lo has dicho. Así que he pensado que bajar en 30 grados la temperatura de su habitación no le debería molestar mucho - añadió con inocencia.

- ¿Treinta grados? - exclamó Rai -. Pero criatura, ¿cómo has hecho eso?

- Fácil, me introduje en el ordenador central del intercambiador a través de esta terminal y...

- No, no, no; me refiero a qué ¿cómo se te ha ocurrido hacer algo así?

- Bueno... pensé que alguien debía darle una lección.

- Una lección...

Una lección. Con sólo doce años, Nikki sabía más de ordenadores de lo que mucha gente llegaría a aprender en su vida. Y sin embargo, en el fondo, seguía siendo una niña traviesa. Era fácil olvidarlo a veces.

Rai permaneció en silencio unos instantes. La travesura merecía un castigo, pero sin embargo le alegraba que la niña pensara en gastar travesuras con todo lo que había vivido en los últimos meses...

Nikki era hija de unos ingenieros que trabajaban a bordo de la estación espacial Corina. Ellos, como el resto de los habitantes de la estación, tuvieron la mala suerte de ser elegidos por el Imperio y el Eldar renegado Lord Karas como banco de pruebas de un nuevo modelo de soldado de asalto cibernético. Uno sólo de aquellos monstruos acabó con toda la tripulación de la Corina. Afortunadamente para la pequeña, su hermano Keyan y su amigo Ender habían llegado a la estación siguiendo unas cintas sustraídas a los imperiales. Ender llegó a tiempo de salvar a Nikki y jurar a su agonizante madre que cuidaría de ella como de su propia hija.

La pequeña parecía estar superando esos terribles momentos bastante bien.

Sin embargo, no podía dejar pasar por alto semejante travesura. No, aunque comprendía que tras tres días en el hiperespacio la pequeña debía estar mortalmente aburrida...

- Nikki: restablece inmediatamente la temperatura de esa habitación.

- Claro, tía. Además, seguro que a estas horas esas perlas de Pantolomin de las que tanto presumía estarán agrietadas. Estoy segura de que eran falsas y... ¡Uy!

- ¿Qué sucede?

Nikki se volvió algo asustada hacia Rai.

- El ordenador me ha echado. Mi permiso ha expirado.

- ¿No puedes restablecer la temperatura?

- No. Tendría que volver a colarme en el sistema.

Por primera vez, Rai pareció enojada. Cerró los ojos y dejó escapar un breve suspiro. Luego volvió a dirigirse a la pequeña.

- Nikki: vuelve a conectarte y restablece la temperatura. Luego, irás a ver a la señora Sunnd y le pedirás disculpas.

- ¿Qué? Pero, tía Rai... No puedes hacerme...

- Vamos, jovencita. Al tío Keyan no le habría gustado nada esto, ¿verdad?

Nikki se calló ante la mención de su tío Keyan. El joven aprendiz de Jedi adoraba a la chiquilla, y ella también había aprendido a querer a su "tío". En el poco tiempo que llevaba con él ya le había salvado la vida en tres ocasiones. Por otro lado, los "poderes mágicos" del joven eran otra fuente de asombro y maravilla para la niña, que se divertía de lo lindo jugando con él. Sin embargo, Keyan, al igual que su hermana, sabía ponerse serio cuando era necesario.

- No... - reconoció.

- Y al tío Ender tampoco.

- Al tío Ender le habría hecho gracia.

Rai sonrió casi imperceptiblemente ante el comentario. Sí, era muy probable que Ender y la niña se hubieran reído juntos ante la broma.

- El tío Ender te habría asignado un castigo mucho más severo.

También eso era cierto. Ender Roshak, el forajido, era un hombre de grandes alegrías y grandes melancolías; alegre a veces y taciturno otras, pero siempre severo cuando la ocasión lo requería. Y Nikki lo sabía. El pensar en una reprimenda del tío Ender hizo que la niña admitiera su derrota.

- Está bien - dijo con voz quejumbrosa -. Volveré a introducirme en el ordenador. Ya sé como hacerlo...

- Así me gusta, cielo - dijo Rai acariciándole la cabeza.

Se acuclilló junto a la pequeña para observarla trabajar. Al cabo de unos instantes, Rai la miró sonriendo y le hizo cosquillas en la nuca:

- ¿Sabes qué? - dijo Rai -. Estoy segura de que al tío Ender le habría hecho mucha gracia.

Las dos se echaron a reír.

Nikki observaba los remolinos del hiperespacio arrodillada en un sillón de su camarote. En otro punto del camarote, Rai meditaba sentada en el suelo. Su bolsa yacía abierta junto a ella, su contenido aleatoriamente esparcido en el interior: runas Eldar.

Las runas estaban fabricadas artesanalmente a partir de las llamadas piedras-alma. Una materia que los sacerdotes de Ommo habían cuidado celosamente durante generaciones pues poseían una característica posiblemente única en la Galaxia: a través de ellas, los sacerdotes Eldar podían prever el futuro con cierta precisión, en base a su entrenamiento. No todos los sacerdotes eran capaces de ello, sin embargo, tan sólo el grupo de los Videntes podía emplear con éxito las runas. Y después de las incursiones imperiales y la prohibición de los cultos después de las Guerras Clónicas, ella era la última persona capaz de utilizarlas.

Su hermano Keyan le había explicado que las piedras-alma parecían poseer la capacidad de almacenar la Fuerza en sus intrincadas redes cristalinas y que la capacidad de leer el futuro a través de ellas era algo que sólo un ser sensible a la Fuerza podría realizar. Eso explicaba por qué el Emperador había acabado con los últimos Videntes tras las Guerras Clónicas. Ella había sido entrenada en secreto por su mentor, Siobhán, en un templo de Ommo, cuando el anciano descubrió la afinidad de la entonces pequeña Rai hacia las runas. Esa misma afinidad que había permitido a su hermano reconocerla en Halador después de tantos años de separación.

Pero ya fuera por mediación de Ommo, o por el uso de la Fuerza, las runas funcionaban. Rai mantenía levitando dos runas sobre la palma de su mano derecha: el Triángulo y el Avatar. Las runas giraban sobre su eje y el triángulo se deslizaba lateralmente quedando más y más horizontal con cada revolución. En un principio, Rai se había entregado a la meditación en un intento de relajar su mente; sin embargo, la situación había empezado a cobrar interés paulatinamente: las runas debían ser extraídas de la bolsa al azar y el que las dos elegidas fueran el Triángulo y el Avatar era, como mínimo, significativo.

El Avatar era el símbolo del destino. Su presencia en la lectura sólo podía indicar que algún acontecimiento de gran importancia estaba a punto de suceder. El Triángulo era el símbolo de la perfección y la inmutabilidad; el que cada vez estuviera más cerca de quedar horizontal sólo podía presagiar problemas: tal vez, un desastre.

Estaba a punto de sacar una tercera runa de la bolsa para intentar clarificar la lectura cuando Nikki se dio la vuelta en su sillón y se dirigió a ella:

- ¿Falta mucho todavía para llegar, tía Rai?

La inesperada pregunta sacó a Rai de su concentración. La joven miró con dulzura a la pequeña sin dejar que las runas cesaran su movimiento.

- Me temo que un par de días más como poco, cariño.

- Oh.

Nikki se quedó mirando a Rai mientras un torrente de preguntas acudía a su cabeza.

- Chandrila está muy lejos, ¿verdad?

Rai volvió a concentrarse en las runas para evitar perder el contacto, pero contestó a la pequeña.

- Creo que no. Según nos contó el tío Ender una semana de viaje significa una distancia muy razonable. Hay muchos sistemas que están separados entre sí por meses de viaje.

- Ah - contestó Nikki. Este era el segundo vuelo hiperespacial de la niña, que estaba empezando a descubrir la inmensidad de la Galaxia. Hasta el momento, Deneida y Halador eran los únicos mundos que Nikki había conocido; y el viaje de uno a otro se había realizado en el Anaconda de Ender, bastante más veloz que un navío de línea regular. Para Rai, criada en Halador desde que podía recordar, este era el primer viaje espacial. Estaba algo asustada, pero no podía demostrarlo delante de la niña. Ahora ella y Rai se reunirían con Ender y Keyan a fin de instalarse con la Alianza Rebelde, abandonando el inseguro Halador -. El tío Ender y el tío Keyan nos estarán esperando allí, ¿verdad?

- Esa es la idea. Aunque seguramente nosotras llegaremos antes. Ellos están ahora en una misión.

- Tengo muchas ganas de verles - afirmó Nikki casi para ella misma. Luego su atención se volvió hacia las runas que Rai mantenía levitando sobre su mano. De un salto se bajó del sillón y se arrodilló frente a Rai mirando con curiosidad el giro de las runas -. ¿Qué haces, tía?

- Intento ver qué nos depara el destino.

El mensaje de las runas no era claro; pero ella no había buscado nada en especial cuando extrajo el primer par de runas de la bolsa. Ahora, sin embargo, algo parecía indicarle que podía haber peligro cerca. Concentrándose en esta idea introdujo la mano izquierda en la bolsa y extrajo otra runa. La Vida, en color rojo. Sin duda era una mala señal. Lanzó la runa al aire y esta se detuvo justo sobre el Avatar girando cabeza abajo.

Muerte.

La sonrisa desapareció de los labios de Rai. No estaba equivocada: había peligro cerca. Pequeñas gotas de sudor aparecieron en su frente. Extrajo otra runa. La Serpiente. Otro mal presagio, pues la Serpiente simbolizaba el mal que acecha oculto. ¿Algún agente imperial en la nave, quizá?. Arrojó la runa y está comenzó una suave órbita en torno al Triángulo, el cual ya estaba completamente horizontal. El mal acechaba, y un desastre surgiría por su mediación.

Nikki observaba con fascinación el vuelo de las runas, pero no pudo evitar fijarse en el semblante preocupado de Rai.

- ¿Pasa algo, tía Rai?

Pero Rai, totalmente concentrada en la lectura de las runas, no respondió. Algo terrible iba a ocurrir, pero no podía alertar a la tripulación sin tener más datos. Extrajo otra runa. La Espada: habría lucha. Otra runa: la Balanza. El resultado era incierto. La Espada describió una órbita paralela a la de la Serpiente. El mal provocaría la lucha. Pero la Balanza... La Balanza pendía inmóvil cabeza abajo debajo del Avatar.

Rai abrió los ojos de par en par sin poder creerlo. El mal vencería el combate con casi total probabilidad. Debía hacer algo y deprisa; pero, ¿cómo podría convencer al capitán del Daga Refulgente de que una catástrofe se avecinaba sin parecer una chiflada a los ojos de todos? Las runas Eldar y su lectura eran un arte apenas conocido en la Galaxia y casi olvidado para los propios Eldar.

- Tía... - empezó Nikki.

No pudo terminar.

Súbitamente las luces de la habitación se apagaron y fueron sustituidas por las ominosas luces rojas de emergencia. La habitación sufrió una sacudida. Las runas que flotaban sobre la mano de Rai cayeron al suelo. En el exterior, los torbellinos del hiperespacio desaparecieron, se convirtieron en estelas y estas en estrellas. La señal de alarma comenzó a sonar por toda la nave.

El Daga Refulgente había salido del hiperespacio sin previo aviso.

- Tía Rai, ¿qué está pasando? - preguntó Nikki asustada.

- Tranquilízate, cariño - contestó Rai mientras recogía deprisa las runas y las guardaba en la bolsa -. Hemos salido del hiperespacio antes de tiempo. Seguro que se trata de una avería sin importancia - pronunció estas últimas palabras con la intención de que sonaran reconfortantes, pero ¿cómo podían sonar así si ni ella misma las creía?

Nikki se abalanzó sobre el sillón y se asomó por la ventana de traspariacero de la habitación. Lo que vio la dejó sin aliento y la llenó de terror pues pese a su corta edad ya había tenido ocasión de contemplar aquellas siniestras figuras triangulares.

- ¡Tía, mira! ¡Un Destructor Estelar!

Pero no se trataba de un Destructor Estelar Imperial normal, como atestiguaban sus cuatro enormes proyectores esféricos de campo gravitatorio. Era un Crucero de Exclusión o Interdictor. El Imperio empleaba los Cruceros de Interdicción para simular los efectos de un cuerpo estelar masivo por medio de sus proyectores de pozo gravitatorio. Cualquier nave que viajara por el hiperespacio y pasara por el cono de gravedad del Crucero era expulsada de vuelta al espacio real. Además, cualquier nave atrapada por el campo gravitatorio del Interdictor no podía volver a entrar en el hiperespacio, quedando así a merced de las tropas imperiales.

El Daga Refulgente había atravesado el cono de gravedad del Interdictor y había sido expulsado violentamente. Podría haber sido una desafortunada coincidencia, pero tras leer las runas Rai no estaba segura de aquello. Y Nikki se lo confirmó casi al instante.

- ¡Mira, mira! ¡Hay otra nave acercándose a nosotros! - exclamó -. ¡Parece un bicho!

El corazón de Rai dio un vuelco. Así que ese era el sentido de la runa de la Serpiente. ¡Una emboscada imperial! Pero, ¿por qué? ¿Las estarían buscando a ellas por su participación en la revuelta de Halador? Tal vez algún espía Imperial las había reconocido en el espaciopuerto. Pero, ¿se tomaría el Imperio tantas molestias para capturar a una niña y a una joven sacerdotisa?

¿Qué estaba pasando, en nombre de Ommo?

El capitán Torias contemplaba con grave semblante la situación desde el puente del Daga Refulgente. Desde el momento en que Halador se rebeló contra el Imperio sabía que mantener una ruta regular con los Eldar podría ser mal visto por los imperiales. Y desde luego que no podía encontrar otra explicación a la presencia de aquel Interdictor aquí, en mitad de ningún sitio.

Pero no había más naves imperiales, y los Interdictores nunca actuaban sin apoyo. Ningún caza TIE en los sensores, nada... Excepto la otra nave. El capitán Torias, un viejo lobo espacial, no tuvo problemas en reconocerla; se trataba de un Minero Asteroidal E-2 de Astilleros Byblos. Y eso era lo más extraño. El Imperio no usaba ese tipo de naves. Lentamente, el Minero Asteroidal se acercaba al Daga Refulgente.

- Señor, ¿activamos los puestos artilleros? - preguntó con nerviosismo el primer oficial.

El Daga Refulgente era un crucero de línea de tamaño medio y como tal estaba armado con cuatro cañones láser gemelos. Dichos cañones, no obstante, estaban diseñados más para eliminar residuos peligrosos o pequeños asteroides que para repeler una agresión. Además, si los intrusos eran imperiales cualquier intento de resistencia significaría una aniquilación segura.

- Aún no - contestó el capitán -. ¿Siguen sin responder a nuestras señales?

- No, señor - contestó desde la lejanía el oficial de comunicaciones -. Ni siquiera emiten sus códigos de identificación.

- Capitán - dijo el primer oficial -. Eso no es normal. Si fuesen imperiales ya habríamos captado sus identificativos. Deben ser piratas.

- Eso es lo que parece, sí - asintió con seriedad el capitán -. Pero, ¿cómo explica entonces la presencia del Crucero Interdictor? Ni siquiera los Rebeldes han podido capturar nunca una nave capital imperial como esa.

- Señor, si me permite el atrevimiento, creo que deberíamos hacer algo.

- Y, ¿qué sugiere Ud., Filton? No podemos enfrentarnos a ese Interdictor. No podemos saltar al hiperespacio. No podemos evacuar a los pasajeros porque estamos a 30 años-luz de cualquier sitio...

Gruesas gotas de sudor perlaron la frente del primer oficial, el cual se mordió el labio inferior. Era cierto. No había nada que hacer.

- Informaré a los pasajeros de que permanezcan tranquilos - dijo el capitán con tranquilidad -. Después de todo aún no se han mostrado hostiles, sólo... tímidos.

Pero la broma no contribuyó a relajar los nervios del primer oficial.

En el exterior, el Minero Asteroidal se acercaba lenta e implacablemente al Daga Refulgente. La nave, parecida a un crustáceo de múltiples patas, se desplazaba dejando al crucero de línea por debajo suyo. Cuando estuvo situada justo encima del Daga Refulgente, maniobró y orientó su proa en la dirección en que miraba la nave de pasajeros. En ese momento extendió sus patas y del morro de la nave surgieron varios cortadores de fusión. Los cortadores de fusión se empleaban para pulverizar los asteroides en busca de vetas de mineral que extraer; sin embargo, su misión actual sólo podía ser algo siniestro.

Y así lo decidió el capitán Torias.

- ¡Pretenden abordarnos! - exclamó -. ¡Pero aunque sea una locura no rendiré la nave sin lucha! ¡Preparen los cañones láser!

Pero en esta ocasión, el exceso de prudencia del capitán Torias iba a resultarle caro pues ya era tarde. El Minero Asteroidal descendió sobre el Daga Refulgente y lo atrapó con sus patas al igual que un insecto atrapando a su presa. En ese momento los cortadores de fusión entraron en funcionamiento y empezaron a fundir del casco del navío. El Minero extrajo unas poderosas garras de su parte delantera y comenzó a abrirse paso por el casco de la nave de línea ayudado por los cortadores de fusión.

En breves instantes, el casco superior del Daga Refulgente había sido cortado como una loncha de queso. El aire comenzó a escapar de los compartimentos afectados formando cristales de hielo al contacto con el vacío espacial. Algunos desafortunados tripulantes y pasajeros fueron también expulsados al vacío. Del abdomen del Minero Asteroidal surgieron unas prolongaciones cilíndricas que se introdujeron en el Daga Refulgente a través de las aberturas practicadas.

El abordaje había comenzado.

En su camarote, Rai y Nikki habían contemplado como la extraña nave de múltiples patas les sobrevolaba por encima. Nikki estaba esforzándose por observar la situación más allá del campo visual de la ventana cuando toda la nave se sacudió violentamente. El Minero Asteroidal había apresado al Daga Refulgente.

Durante unos instantes todo permaneció en silencio. Las voces asustadas que se habían podido oír momentos antes en los pasillos callaban ahora.

- ¿Qué va a pasar ahora, tía Rai? - preguntó Nikki.

- No lo sé, cariño - contestó Rai mientras miraba al techo, como si intentará ver a través de él.

En ese momento, todas las luces volvieron a irse y las alarmas resonaron de nuevo. Descompresión. Descompresión. Evacuen la nave. Evacuen la nave. Sobre ellas, el Minero Asteroidal estaba desgarrando la nave. Nikki miró aterrada en todas direcciones. Luego bajó del sillón y se abrazó a la cintura de Rai.

- Tía, tengo miedo... - dijo gimoteando.

Rai apretó a la niña contra ella y la acarició con dulzura.

- No te preocupes, cariño - dijo -. No va a pasarnos nada - Pero mientras lo decía no estaba nada segura de ello. Ella no tenía ninguna experiencia en viajes espaciales. ¿Qué se suponía que debía hacer? Ojalá estuviese aquí Keyan, o Ender; ellos sabrían qué hacer.

Las alarmas cesaron de repente, pero en el exterior del camarote se podía oír un gran tumulto. La gente estaba huyendo con pánico hacia las cápsulas de salvamento. Las dos jóvenes permanecieron abrazadas en la solitaria habitación bañada de rojo. Transcurrieron unos minutos, ¿o fueron años?, antes de que Rai bajara la cabeza para mirar a Nikki. La pequeña la abrazaba con fuerza mientras sollozaba en silencio, las lágrimas habían acudido a sus ojos pero se negaban a salir de ellos. Todo el terror vivido en Corina amenazaba con volver a surgir al exterior.

Rai frunció el ceño y tomó una decisión: no podían permanecer en el camarote, saldrían de allí e intentarían escapar como fuera posible. Puso las manos sobre los hombros de Nikki y se puso de cuclillas frente a ella.

- Nikki, cariño, vamos a irnos de aquí - dijo con toda la firmeza que pudo reunir mientras secaba los ojos de la pequeña con su túnica -. Es peligroso que sigamos en el camarote.

Nikki sorbió aire por la nariz y asintió en silencio. Rai sonrió: niña valiente. Se puso de pie y tomó a Nikki de la mano dirigiéndose a continuación hacia la puerta.

- Tía, el equipaje... - dijo Nikki con voz débil.

- No hay tiempo, cielo - contestó Rai sin pararse. Nikki no tenía posesiones, lo había perdido todo en la destrucción de la estación Corina. En cuanto a ella... no había nada que fuera irremplazable. Sus únicas posesiones de valor eran sus runas, sus recuerdos y la pequeña Nikki; la cual tiró de su brazo con repentina violencia.

- Pero, tía, ¡mi muñeca!

Nikki se soltó de la mano de Rai y corrió hasta su cama para recoger una pequeña muñeca Eldar. La muñeca había sido un regalo del tío Ender y no pensaba abandonarla allí.

- Vamos, Nikki - le apremió Rai -. Debemos darnos prisa.

- Ya voy.

La niña corrió de vuelta a su lado en el momento en que Rai abría la puerta del camarote. El pasillo iluminado por las luces de emergencia estaba mortalmente vacío. La temperatura había descendido unos cuantos grados, pero aún había aire. Rai tomó a Nikki de la mano y las dos salieron del camarote.

- Ven, Nikki - dijo Rai -. Vamos a los turboascensores para ir a las cápsulas de salvamento.

Pero la pequeña no estaba de acuerdo.

- Tía, hay muy pocas cápsulas y toda la gente habrá ido hacia allí.

La niña estaba en lo cierto. Rai se detuvo y la miró.

- Entonces, ¿qué hacemos?

- El primer día de viaje exploré toda la nave - contestó la pequeña con animación. Ahora ya no parecía tan asustada - y descubrí que en los niveles inferiores cerca de popa hay también cápsulas de emergencia para la tripulación.

- Pero si son para la tripulación... - dudó Rai.

- No nos negarán la entrada, y si usamos esas escaleras de allí llegaremos enseguida - dijo Nikki con nerviosismo.



Rai dudó unos instantes pero, después de todo, Nikki había crecido en una estación espacial, rodeada de maquinaria y de naves espaciales; tenía que reconocer que la niña sabía más que ella sobre estas cosas.

- Está bien - admitió -. ¿Por esa escalera, dices?

- Sí, ven, corre.

Esta vez fue Nikki la que tiró de Rai. Las dos llegaron a la escalera y comenzaron a descender a toda prisa. Un piso, dos... al llegar a tercero Nikki dejó la escalera.

- ¡Por aquí, tía Rai!

- Espera, Nikki, no corras tanto.

Algo iba mal allí, Rai podía sentirlo. Habían descendido tres pisos y no habían visto a nadie aún. Los pasillos seguían iluminados con las luces rojas de emergencia. De pronto, la nave se estremeció y las dos se balancearon, intentando recuperar el equilibrio. Una ligera brisa se dejaba sentir en el pasillo, provocada por el aire en su imparable carrera hacia el espacio a través de las aberturas hechas en las cubiertas superiores. Allí arriba, sin que Rai ni Nikki pudieran saberlo, el Minero Asteroidal desmantelaba la nave de pasajeros con la misma fría eficiencia que si se tratara de un asteroide rico en metales.

Cuando la nave pareció estabilizarse, prosiguieron su carrera. Entonces, al doblar una esquina se toparon con el cadáver de un hombre. Nikki se paró en seco, asustada. Rai, que la seguía detrás, se detuvo y la abrazó mientras contemplaba el cuerpo. Sin duda era un pasajero, ya que su equipaje yacía desparramado por el suelo a su lado. Pero su muerte no había sido un accidente. El hombre presentaba un impacto cauterizado de blaster en la espalda. Alguien le había asesinado.

Rai meditó sobre la situación. Su primera impresión fue que alguien le habría disparado para llegar a la cápsula de salvamento antes que él. Pero luego se fijó en el equipaje esparcido. Había restos de objetos de valor por el suelo en la dirección de la siguiente puerta, la puerta que conducía a las cápsulas. Quienquiera que le hubiese matado también le había robado.

La joven Jedi intentó proyectar la Fuerza como su hermano Keyan le había empezado a enseñar en Halador en un intento de detectar la presencia de alguien al otro lado de la puerta. Para su desesperación, no pudo lograrlo; estaba demasiado nerviosa ante el cariz que estaban tomando los acontecimientos. En ese instante, toda la estructura de la nave crujió y una porción del techo se derrumbó detrás de ellas. Nikki dejó escapar un grito y se echó a temblar. Todo aquello era espantosamente parecido a los últimos momentos de Corina. Rai decidió arriesgarse y tomó a Nikki de la mano.

- Ven, cielo; al otro lado de esa puerta nos esperan las cápsulas - dijo, intentando tranquilizar a la niña, a la vez que intentaba no ponerse a temblar también ella. Probó a realizar un ejercicio de relajación Jedi que le había enseñado Keyan, pero descubrió que tampoco podía concentrarse en ello. "Para un Jedi no hay emociones, sólo hay paz", le había comentado Keyan; en aquellos momentos Rai pensó que eso era muy fácil de decir, pero llevarlo a la práctica era algo muy diferente.

Haciendo acopio de todo su valor, Rai abrió la puerta. Ante ellas se extendía la sala de cápsulas de emergencia que había dicho Nikki. Y también una escena horrible. Varios tripulantes y pasajeros yacían muertos en la sala mientras un grupo de alienígenas les despojaban de sus objetos de valor. Había tres weequays, un nikto y un devaroniano. Ninguna de las dos había visto nunca a ningún miembro de esas razas y ambas se quedaron clavadas en el sitio, paralizadas de espanto. De modo que era eso, pensó Rai, unos piratas han abordado la nave y están saqueándola. Una gran tristeza se apoderó de ella. Tantos muertos... ¿por qué, gran Ommo, por qué?

Los weequays, con sus picas de fuerza a la espalda, y el nikto abandonaron su siniestra tarea y se incorporaron para observar a las recién llegadas. El devaroniano, sin duda el jefe del grupo, las apuntó con su arma y sonrió, mostrando unos colmillos de aspecto siniestro.

- Vaya, vaya - dijo en un básico bastante malo -. ¿Qué tenemos aquí? Dos humanas, y al parecer sin nada consigo.

Uno de los weequays, con la pica de fuerza en las manos, se acercó al devaroniano y dijo algo en su extraña lengua.

- Sí - contestó este -. Tal vez la grande lleve algo en la bolsa. Y en cualquier caso seguro que a Trobbo le gustará - y rió al decir esto. El nikto gruñó algo tras ellos -. Muy cierto. Y si no le gusta seguro que podemos sacar algo por ella en el mercado de esclavos. Pero la pequeña... la pequeña no nos es de ningún valor. ¡Klugg! ¡Acaba con ella!

El weequay sonrió con maldad y empuñó su pica mientras se acercaba hacia Rai y Nikki. Esta última, asustada como tal vez nunca antes lo había estado, se aferró con fuerza a la cintura de Rai mientras observaba acercarse al alienígena.

- Tía Rai - gimió -. Tengo miedo...

- Yo también, cariño - dijo Rai -.

Una loca sucesión de imágenes danzó por la mente de Rai. Cientos de ideas y recuerdos de su vida cruzaron por su cabeza. No podía creer lo que estaba pasando. No podía creer que esto estuviera a punto de sucederle a ella y a Nikki.

Nikki.

“Para un Jedi no hay emociones, sólo hay paz”.

La frase volvió a cruzar por su mente y se quedó allí. Súbitamente, todo dejó de tener importancia. Cerró los ojos y tomó el hombro de Nikki con una mano. El weequay se acercaba y ya estaba casi encima de ellas. Alzó la pica. Rai alzó la mano...

Y, sin previo aviso, sin ningún contacto, el weequay fue despedido hacia atrás con gran violencia. La pica se le cayó de las manos y él mismo fue a parar contra otro de sus compañeros. La violencia del impacto les precipitó contra una columna. Esta se tambaleó y la debilitada estructura del techo se vino abajo sobre los dos alienígenas, que quedaron sepultados entre los escombros. El viento arreció cuando el aire empezó a escapar hacia arriba por el nuevo agujero.

Nikki permaneció en silencio observando a su tía con los ojos muy abiertos. Rai dejó caer la mano y cayó de rodillas, agotada por el esfuerzo inconsciente que había realizado.

- Keyan... - murmuró -.

- ¡Tía, tía! - gritó la pequeña Nikki -. ¡Levántate, por favor, tía!

El weequay superviviente retrocedió asustado. El nikto desenfundó su blaster y se preparó para acabar con Rai. Pero el devaroniano detuvo su mano.

- ¡Quieto, idiota! - gritó al nikto -. ¿No te das cuenta? Debe ser una bruja Eldar. Seguro que Trobbo nos pagará una fortuna por ellas.

El nikto gruñó su desacuerdo, pero el devaroniano le ignoró, ajustó su blaster en aturdir y disparó contra las chicas. Un rayo azulado envolvió a Nikki y a Rai, y ambas se desplomaron inconscientes. El devaroniano enfundó el arma.

- ¡Vamos! - ordenó -. ¡Cogedlas y llevadlas de vuelta al Escorpión! Esos de allí arriba se están dando demasiada prisa al desmantelar la nave y no quiero estar aquí cuando desaparezcan los últimos restos de oxígeno.

El nikto y el weequay se apresuraron a obedecer.

Mientras tanto, el Daga Refulgente, devorado con salvaje precisión en las bodegas del Escorpión, agonizaba en silencio.

### Capítulo 3

La guarnición imperial de Mom Pracei, aunque básicamente igual a cualquier otra avanzada de frontera, era realmente un mero recordatorio del poder imperial en la zona. Levantada en lo alto de una meseta rocosa y protegida por multitud de turbolázers

defensivos, la guarnición estaba diseñada para ser inexpugnable. Sin embargo, aún a través de sus macroprismáticos, Ender pudo comprobar que la guarnición no se encontraba en su mejor momento de forma. Muchas baterías turboláser estaban deterioradas y fuera de uso, las pistas de aterrizaje se divisaban vacías y solitarias a excepción de alguna lanzadera, y no se divisaba ninguna patrulla por ninguna parte. Era como si los imperiales hubiesen decidido abandonar la guarnición.

Al sur de la base, escondido tras un promontorio rocoso, Ender abandonó la observación de la guarnición imperial y se sentó, escondido entre las quebradizas rocas areniscas. Unos instantes después, Keyan guardó sus macroprismáticos y se acuclilló junto a él.

- Bueno, ¿qué opinas? - preguntó -. Desde luego ese tipo no nos mintió; el Imperio no parece tener ningún interés en este mundo.

- Tal vez - murmuró Ender.

- De todos modos, creo que el viaje ha sido en balde - continuó Keyan, sentándose junto a Ender -. En esta zona hay demasiado tráfico. Además, aunque una flotilla de piratas no debería causar problemas a ninguno de nuestros convoyes, no podríamos arriesgarnos a que alguien venda al Imperio la información de que estamos usando este sector como ruta de paso.

- Sí - dijo Ender -, este sector no parece adecuado; pero yo no creo que hayamos hecho el viaje en balde.

- ¿Eh? ¿Por qué lo dices?

- ¿No te has fijado en la pista de aterrizaje de la guarnición?

- La pista de... No hay nada más que un par de lanzaderas. ¿Qué pasa con la pista?

- Te falta ojo para el detalle, Keyan. Hay una lanzadera de clase lambda rodeada por tres lanzaderas de asalto estacionadas en perfecta formación. Además están nuevecitas, algo que desentona mucho con el aspecto general de la guarnición.

Keyan volvió a agazaparse tras las rocas y echó un nuevo vistazo a la pista de aterrizaje con sus macroprismáticos.

- Bueno, es cierto. ¿Y qué? - dijo volviéndose a agachar junto a Ender -. Nunca he visto una guarnición imperial que no contara con lanzaderas.

- Esas lanzaderas indican que la base tiene visita, Keyan - dijo Ender con el tono de estar explicando algo que debería resultar obvio a cualquiera -. Una guarnición como esta no pasaría de tener algún viejo transporte de tropas y un par de cazas TIE en la torre. No te discuto nada acerca de la lanzadera clase lambda, pero esas lanzaderas de asalto no deberían estar aquí.

- Y, ¿qué quieres insinuar con todo eso? - preguntó Keyan con suspicacia.

- En esa lanzadera ha debido venir algún pez gordo imperial. Deberíamos ir a echar un vistazo. A lo mejor descubrimos algo interesante.

- ¿Entrar ahí? - exclamó Keyan -. ¿Estás chiflado? No, olvida eso: estás chiflado. ¿Quieres darme una buena razón para decidirme a entrar en una base imperial "a echar un vistazo"?

Ender respondió con total indiferencia, como si aquello fuera algo completamente natural.

- Si te tomaras la molestia de mirar al cielo con tus macrobinoculares, Keyan, verías que hay un Destructor Estelar en órbita al planeta a unos 40° de elevación hacia el oeste. El visitante no puede ser otro que el capitán de ese Destructor.

Keyan dirigió la vista al cielo y luego volvió a mirar a Ender con gesto preocupado.

- No lo dirás en serio, ¿verdad?

Pero Keyan conocía lo suficiente a Ender para saber que cuando se trataba de causar daños al Imperio, Ender hablaba muy en serio. La familia de Ender había sido exterminada hacía años por el Imperio bajo la acusación de traición. El motivo real había sido, empero, mucho más siniestro y complejo, una manera de librarse de un peligroso

disidente del Nuevo Orden. A partir de aquel fatídico día, Ender había desarrollado un odio casi patológico hacia el Imperio; un odio que a veces le llevaba a emprender acciones que ninguna persona en su sano juicio se hubiera atrevido a hacer. La sonrisa irónica que le dio Ender como respuesta no hizo más que confirmar a Keyan sus temores.

- Ender, te recuerdo que tenemos que recoger a Nikki y a Rai en Chandrila. Se suponía que esta iba a ser una simple misión de recogida de información.

- Y ¿qué mejor información que averiguar qué está haciendo un Destructor Estelar en un sector donde teóricamente la presencia Imperial no existe?

Keyan suspiró.

- Claro, y si de paso rompemos una o dos cabezas y volamos una o dos cosas, mejor que mejor, ¿no?

- ¡Muy bien, Keyan! - dijo Ender con una gran sonrisa -. Aún haremos de ti todo un tío.

- Pero, ¡espera un momento!: si hay un Destructor en órbita puede que bombardeen la ciudad o... ¡en cualquier caso no podremos salir de aquí con el Anaconda!

Pero Ender ya se estaba alejando rumbo a la guarnición.

- ¡Vamos, Keyan! ¿No me irás a decir ahora que te gustan las misiones fáciles?

- Claro que me gustan - murmuró Keyan mientras se levantaba para seguirle -. Pero desde que te conozco no he tenido ninguna.

Unos minutos después, Ender y Keyan se encontraban al pie de las pistas de aterrizaje, separados de ellas por unos 10 metros de trinchera y una alambrada electrificada al otro lado. Keyan, que no había dejado de gruñir en todo el trayecto, se tumbó junto a Ender, al amparo de unos arbustos.

- Y ahora, ¿qué? - preguntó -. ¿Tienes algún brillante plan para introducirnos ahí?

- Mmm... Supongo que no podrás hacerme levitar hasta el otro extremo.

- ¡Ni lo sueñes! ¡Pesas demasiado!

- Claro. Siempre he dicho que tus famosas facultades Jedi no son más que cuentos.

- ¡No me vengas con esas ahora! Además, ¿qué harías una vez que estuvieras al otro lado de la trinchera?

- Sí - reconoció Ender -. Aunque pudieras hacerme pasar sobre la verja me divisarían enseguida. Bueno, siempre cabe la opción de entrar por el alcantarillado.

- ¿Cómo en la base de Myrex? Olvídalo, Ender; una vez es suficiente para toda una vida.

- No eres nada positivo, Keyan. Es importante que averigüemos qué hace aquí ese Destructor.

- ¡Eh! - exclamó de pronto Keyan - ¡Hay movimiento al fondo!

Al otro extremo de la pista, una escuadra de soldados de asalto salió del edificio principal de la base y se desplegó en perfecta formación en torno a las lanzaderas allí estacionadas. Instantes después, un grupo de oficiales, seguidos de una escuadra de soldados de asalto, salió del edificio. El grupo se dirigía hacia las lanzaderas. Los oficiales conversaban entre ellos tranquilamente, confiando en la seguridad de la zona.

- Nos acaba de tocar el premio gordo... - dijo Ender mientras intentaba localizar a los oficiales con sus macroprismáticos.

Instantes después, la imagen de los oficiales imperiales aparecía clara y nítida en su visor. Ender activo la modalidad de grabación mientras barría la zona enfocando a los oficiales. Uno de ellos era un capitán de la Armada Imperial, lo que confirmaba la teoría de Ender.

- Los tengo a todos - dijo -. Ahora podremos pasar esta tarjeta de datos a Inteligencia para ver si pueden identificar al capitán.

Ender apagó sus macroprismáticos.

- Volvamos a Konad Sa. Ya no precisamos entrar...

- ¡Cuidado!

Mientras Ender seguía observando las pistas de aterrizaje, Keyan le agarró por los hombros y le hizo girar hacia su posición en el preciso instante en que un rayo láser pulverizaba la roca sobre la que Ender tenía apoyada la cabeza.

- Pero, ¿qué demo...?

- ¡Es un maldito androide de vigilancia! - gritó Keyan desenfundando su arma.

En las pistas de aterrizaje, los soldados de asalto, alarmados por el disparo, se desplegaron formando una burbuja defensiva en torno a los oficiales imperiales. Otro grupo de soldados corrió hacia los intrusos mientras algunos de sus compañeros les cubrían abriendo fuego. Junto a Ender y Keyan, el androide de vigilancia, contrariado por su fallo, retrocedió unos metros impulsado por sus repulsores y se preparó para abrir fuego.

Ender se puso en pie de un salto, alejándose de Keyan. El androide, al encontrarse ahora con dos blancos potenciales, volvió a vacilar un instante.

- ¡Keyan! ¡Estos chismes llevan cargas de autodestrucción debajo de los sensores principales!

Keyan abrió fuego contra el androide fallando el blanco por muy poco pero destruyendo un grupo sensor. El androide decidió que Keyan era la amenaza más inmediata y apuntó todas sus armas hacia él. Ese fue su último error. Ender rodó sobre sí mismo mientras desenfundaba su blaster pesado y disparó dos veces contra las cargas del androide acertando de lleno. Hubo una pequeña detonación que sacudió toda la estructura del androide. Este permaneció confuso unos instantes, incapaz de reconocer la evidencia de sus monitores, y luego su cabeza reventó en mil pedazos. Los repulsores del androide, desprovistos de energía, no pudieron seguir sosteniendo la estructura del androide, que se precipitó humeante al suelo.

Los soldados de asalto se acercaban peligrosamente mientras disparaban sus armas y las alarmas comenzaban a sonar por la base.

- ¡Tenemos que salir de aquí! - gritó Keyan.

Ender se agazapó detrás de una roca y miró en derredor suyo. Keyan se tiró al suelo cuando un disparo láser paso peligrosamente cerca suyo.

- ¿Qué se supone que haces? - gritó -. ¡Vámonos!

- Y, ¿adónde quieres que vayamos? - contestó Ender mientras devolvía algunos disparos hacia el grupo de soldados de asalto -. Las motos están a una hora a pie de aquí. No me digas que quieres ir corriendo allí mientras los chicos de blanco nos disparan.

- ¡Claro que no, pero...!

Entonces Ender fijó su mirada en algún punto situado a la derecha de Keyan. Entrecerró los ojos unos momentos, como si sopesara sus opciones, y, por último, se dirigió a Keyan.

- ¡Sígueme! - exclamó. Y echó a correr en dirección al punto que había estado mirando.

- ¿Que te siga...?

Pero Ender ya se estaba alejando. Keyan echó una rápida mirada hacia las pistas, luego vio la figura de Ender alejándose, y echó a correr tras él. Tuvo que esforzarse para alcanzarle. Cuando estaba a unos pasos detrás de él le gritó:

- ¿Adónde vas?

- ¡Adelante! - contestó Ender.

Pero delante no había nada. A excepción de unos riscos que descendían en pendiente como cortados por un cuchillo. Keyan notó como la preocupación comenzaba a crecer en su interior pero siguió corriendo.

- Pero si delante no hay...

Y se detuvo justo en el borde del precipicio en el que terminaba la meseta sobre la que estaba construida la base. Allí abajo, no muy lejos, pero sí rodeado de rocas de bordes afilados como navajas, discurría el río que cinco mil años atrás había suministrado agua a los moradores de la fortaleza sobre la que ahora se alzaba la base Imperial. Las botas de

Keyan desprendieron algunos guijarros del suelo, que cayeron al río rebotando contra las paredes del precipicio. Keyan enmudeció y se giró, mirando a Ender.

- ¿Estas sugiriendo - dijo lentamente - que saltemos ahí?.

Ender asintió gravemente.

- No veo más opciones. Es eso, o enfrentarnos a toda la guarnición. Y aún disponemos de algunos segundos para prepararnos.

Keyan sintió como un sudor frío recorría su columna vertebral, pero tuvo que rendirse a la evidencia: no había otra opción.

- Ender... - dijo con frialdad -. Si salimos de esta, te mataré.

Ender esbozó una sonrisa torcida.

- ¡Eh! El odio conduce al lado oscuro, ¿recuerdas?

Los dos hombres retrocedieron unos cuantos pasos. Tras ellos, los disparos de las tropas imperiales comenzaban a aproximarse con peligrosa precisión. Algunos vehículos ligeros armados con cañones láser estaban despegando para perseguirles. Ender y Keyan respiraron apresuradamente, preparándose para lo inevitable. Ender lanzó un grito y echó a correr, Keyan le imitó un instante después... y los dos saltaron al vacío.

La caída fue rápida, pero se extendió durante una eternidad para los dos amigos. Entonces, casi por sorpresa, llegó el río y con él la zambullida. Ender y Keyan emergieron muy separados uno de otro y alejados unos veinte metros en dirección transversal con respecto a su punto de salto, y mucho más de veinte metros por debajo de él. Los dos hombres lucharon contra la corriente para evitar ahogarse, pero se dejaron llevar por ella, alejándose de la base imperial.

Tras unos instantes de confusión y desorientación se pudieron localizar el uno al otro. Ante la súbita comprensión de que habían escapado de la muerte, Ender empezó a gritar:

- ¡Wow! - jadeó, su larga melena negra pegada a su cabeza como un bonete -. ¡Ha sido estupendo! - se echó a reír -. ¡Vamos a repetirlo!

Keyan, no muy lejos de él, escupió agua y luchó por mantenerse cerca suyo.

- ¡Ender! - gritó Keyan, esforzándose por hacerse oír sobre el ruido de la corriente -. ¡No te rías tanto porque cuando salgamos de aquí te voy a matar!

- ¡Claro! - rió Ender -. ¡Claro! ¡Reserva tus energías porque nos espera un largo paseo de vuelta!

La noche había caído sobre Konad Sa cuando Ender y Keyan regresaron a la ciudad. Las silenciosas calles, iluminadas por las suaves luces de las aceras y los locales parecían conferir a la ciudad un aspecto engañosamente pacífico.

Los dos compañeros, con las ropas aún mojadas, pero sanos y salvos, se dirigían hacia el muelle en el que se encontraba estacionado el Anaconda. Ya no les quedaba nada por hacer en Mom Pracei, de modo que era mejor largarse antes de que los imperiales comenzaran a rastrear la ciudad.

En el muelle de atraque 35, una gran semicircunferencia suspendida a gran altura sobre una de las calles de Konad Sa, reposaba la esbelta figura del Anaconda: la obra póstuma del padre de Ender. El Anaconda era un carguero ligero haladoriano de un modelo de los que apenas existía media docena en la Galaxia.

Y desde luego, ninguno era como éste.

A lo largo de su extensa carrera al margen de la Ley Imperial, Ender había trucado al Anaconda con todos los dispositivos de ataque y defensa imaginables, algunos de ellos altamente ilegales en muchos sistemas. Se rumoreaba entre ciertos círculos que el Anaconda había llegado a lanzar ataques directos contra Destruidores Estelares de la clase Imperial. Los rumores no confirmaban los resultados de tales ataques ni si estos se habían llevado a cabo por la fe del piloto en su nave, o por la ciega ira que sentía este hacia el Imperio. Keyan Sark, sin embargo, podía confirmar algunos de esos rumores.

Nadie había sido capaz nunca de poner sus manos sobre el Anaconda. Tal vez por eso Ender y Keyan se dirigieron hacia el muelle sin más cautela que la habitual.

Al llegar a la torre en la que se encontraba el muelle 35, Ender realizó una transferencia en uno de los terminales del espaciopuerto para obtener licencia de salida. Tras ello, los dos hombres se dirigieron hacia la nave. Keyan murmuraba por lo bajo.

- Estoy helado... No veo la hora de cambiarme de ropa.
- Ya casi estamos, Keyan - dijo Ender -. Deja ya de quejarte, ¿quieres?
- Me quejo porque siempre estamos metidos en problemas por...
- ¿Por qué?

Pero Keyan se había detenido unos pasos detrás de Ender.

Instintivamente, Ender llevó la mano hacia su blaster enfundado.

- ¿Qué pasa? - dijo en voz baja.
- Tenemos compañía - susurró Keyan.
- ¿Estás seguro?
- Noto varias mentes hostiles muy cerca de aquí. Nos están esperando.

Ender frunció el ceño.

- ¿Cuántos?

- Es difícil decirlo. Me cuesta captar sensaciones individuales. Algunas son alienígenas pero... creo que son más de cinco, no lo se.

Ender se volvió para mirar al Anaconda y levantó la cabeza hacia el cielo estrellado, meditando sus posibilidades. A la derecha del Anaconda había un grupo de cajas y alternadores gastados que habían sido empleados por los técnicos de mantenimiento del aeropuerto. Los acechantes desconocidos debían estar escondidos allí, aunque posiblemente hubiera más vigilándoles desde alguno de los pisos superiores, cuyas ventanas daban al exterior.

- Se me ha olvidado verificar la autorización de embarque en Sluis Van - dijo Ender en voz alta, dirigiéndose a Keyan -. Conoces el código de acceso, ¿no?

- Claro.
- Bien, ve calentando los motores. Enseguida vuelvo - continuó Ender con un guiño.
- Como quieras.

Ender rodeó a Keyan y se encaminó hacia la puerta del hangar, desapareciendo por ella en el interior de la torre. Keyan se quedó solo en medio de la pista. Respiró hondo y proyectó la Fuerza. Las diferencias en los pensamientos que había podido captar habían desaparecido. Los emboscados estaban dirigiendo toda su atención hacia él, ahora.

Sin pensarlo dos veces, Keyan se dirigió hacia el Anaconda. Cruzó la pista en un par de zancadas y llegó a la rampa de acceso de la nave. Una vez allí, comenzó a introducir el código de seguridad mientras procuraba mantener contacto con los intrusos del muelle. Sus pensamientos, sus sensaciones en realidad, fluían claramente hasta su mente.

Y entonces un grito angustiado se sobrepuso a todos ellos, ahogándolos. Era una llamada de auxilio. Una súplica llegada desde muy lejos. Y Keyan quedó congelado en su ademán, repentinamente desconectado de todo cuanto le rodeaba.

- ¿Rai? - acertó a decir.

En ese instante uno de los emboscados se asomó desde su escondrijo y apuntó su arma hacia el joven; pero no llegó a disparar. Un disparo de blaster surgió desde detrás de su posición alcanzándole de lleno. Luego otro, y otro más. Los asaltantes, recién convertidos en asaltados, se giraron hacia la fuente de los disparos, abriendo fuego a ciegas, pero cayeron uno tras otro sin saber quién era su atacante.

Frente al Anaconda, Keyan contemplaba el tiroteo de pie, como en trance.

Ender salió corriendo de entre las cajas y se dirigió hacia la nave.

- Uno de estos tipos era tu valioso amigo de los quinientos pavos, Keyan. Por desgracia no los llevaba encima, ¡maldita sea!. Eres increíble buscando contactos, chico. Pero,

¿quieres decirme qué demonios haces ahí de pie como un tonto? ¡Ni siquiera te has puesto a cubierto!

Keyan se llevó una mano a la cabeza mientras miraba las cajas humeantes, sin verlas. Ender le agarró por un hombro y le zarandeó.

- ¡Eh, chico! ¿Estás bien?

Keyan se sobresaltó, como si despertara de repente y miró a su amigo.

- ¿Ender? ¡Ender! - de pronto comenzó a hablar a toda prisa - ¡Era Rai, Ender! ¡Está en peligro! ¡Las dos están en peligro!

- ¿Rai? ¿Estás chiflado tú ahora? Rai está a más de...

- La he oído, Ender. ¡Créeme! ¡Algo terrible les ha sucedido!

Ender miró con escepticismo a Keyan. Por lo general no creía en esas paparruchadas de la Fuerza, pero Keyan no solía alterarse de esa manera. Tal vez...

- Bueno, Keyan, cálmate, ¿quieres? Lo primero es salir de aquí antes de que llegue algún aduanero poco escrupuloso y nos cobre un extra por sacarnos los paquetes de encima.

- Sí, sí... Lo siento.

Ender canceló la secuencia de acceso medio introducida por Keyan y la introdujo de nuevo por completo. La rampa de acceso al Anaconda descendió con un siseo de servomotores. Los dos amigos subieron a bordo y Ender comenzó la secuencia de despegue.

- Todo parece en orden - comentó para sí -. Erretrés, ¿están listos los sistemas de salto?

El androide astromecánico del Anaconda emitió una larga serie de bips a través del sistema de comunicaciones. Ender leyó la traducción en la consola.

- Bien, empieza a calcular las coordenadas para un salto al sistema de Chandrila.

Erretrés emitió un bip afirmativo. Ender conectó los repulsores para iniciar el despegue.

- Oh, oh. ¡Parece que tenemos compañía!

Un grupo de pilotos hizo su aparición en el hangar y comenzó a abrir fuego contra la nave. El blindaje del Anaconda resistió sin problemas los impactos de sus armas ligeras.

- Parece que tu difunto amigo tenía más compañeros en reserva, Keyan - dijo Ender, mientras hacía despegar la nave y se alejaba hacia el cielo de Mom Pracei -. ¡Eh! ¡Baja un momento de las nubes! ¿Quieres?

Keyan, que estaba sentado en silencio a su lado, le miró con aire preocupado.

- Algo les ha ocurrido a Rai y a Nikki, Ender - dijo -. Algo grave. Rai no tiene el entrenamiento para enviar una llamada así a través del espacio. No pueden estar muy lejos de aquí...

El Anaconda siguió ascendiendo, dejando detrás de sí la peligrosa ciudad de Konad Sa.

- ¿No puedes ponerte en contacto con Rai? - preguntó Ender.

- No, ¡ojalá pudiera! Fue una llamada repentina, un grito...

- Tranquilo, Keyan. Vamos a ir a Chandrila y mientras tanto intentaremos averiguar si su nave ha tenido algún problema. De momento, lo que... ¡Mil millones de...!

Las alarmas de proximidad del Anaconda empezaron a aullar. Frente a ellos se acercaba, amenazante, la silueta de un Destructor Estelar Imperial.

- ¡Esos tipos han debido delatarnos!

- ¡Espera! - dijo Keyan - Sabemos que el Destructor ya estaba aquí antes. No tienen por qué estar buscándonos.

Pero en ese instante, los sensores del Anaconda mostraron cómo varios puntitos surgían de la panza del Destructor.

Cazas TIE.

- ¿Responde eso a tus dudas, Keyan?

- De momento, sí. ¡Erretrés! ¿Has terminado los cálculos para el hipersalto?



El androide cantó una negativa. En la pantalla aparecieron los datos. Faltaban dos minutos para tener disponibles las coordenadas.

- Dos minutos, Ender - anunció Keyan -. ¡Escudos arriba!

- ¡Tendremos que esquivar a ese bastardo!

- ¡En medio minuto tendremos a los TIEs encima!

- ¡Ya lo sé! Pero a estas horas tiene que haber tráfico de descenso en aquella dirección. ¡Si me meto entre las otras naves no se atreverán a disparar!

- Bien. Iré al cañón superior - dijo Keyan.

Ender hizo cambiar de rumbo al Anaconda, intentando alejarse del Destructor Estelar. Por desgracia, no estaba equivocado: el Destructor avanzaba a velocidad sublumínica máxima hacia ellos y estarían al alcance de sus rayos de tracción antes de que las coordenadas de salto estuvieran calculadas.

Los cazas TIE, mucho más veloces, ya les habían alcanzado y comenzaron a escupir fuego láser sobre el Anaconda, consiguiendo varios impactos. Keyan abrió fuego desde la torreta superior del carguero, fallando el blanco por poco. Los cazas llevaron a cabo una maniobra evasiva desplegándose en varias direcciones, pero Keyan mantuvo el arma apuntada sobre su blanco original. No era la primera vez que se enfrentaba a esa táctica.

El Anaconda, a velocidad máxima, se introdujo en medio de otros cargueros que estaban descendiendo hacia el lado diurno de Mom Pracei. Ender intentaba utilizar las otras naves como escudos. Los pilotos imperiales, momentáneamente estorbados por las nuevas naves, se vieron obligados a maniobrar para reorganizar la formación. En ese momento, Keyan consiguió un blanco directo sobre su caza TIE. El hombre ala del TIE destruido hizo una maniobra brusca para evitar ser alcanzado por los fragmentos de su acompañante, pero sólo logró estrellarse contra un carguero corelliano que intentaba alejarse de la refriega. Los TIEs supervivientes se agruparon para una nueva pasada sobre el Anaconda, y Keyan escogió otro blanco.

En aquel momento, el Anaconda realizó un giro brusco y Keyan se encontró mirando de frente al Destructor Estelar. El Anaconda no había modificado su velocidad, pero ahora avanzaba hacia el destructor, en lugar de alejarse. Keyan, sorprendido, se olvidó de los cazas imperiales y llamó a Ender por el comunicador.

- ¡Ender! ¿Qué demonios crees que estás haciendo? ¡No pretenderás atacar a ese Destructor! ¿Verdad?

Pero Ender no respondió.

- ¿Ender?

Los cazas TIE volvieron a disparar sobre el Anaconda debilitando aún más los escudos traseros. Ender seguía sin responder. Sin embargo, Keyan podía sentir su presencia en la cabina.

Y algo más.

Súbitamente, Keyan fue capaz de percibir una extraña perturbación en la Fuerza. Algo maligno estaba actuando allí. Sin pensarlo dos veces, Keyan abandonó la torreta artillera y corrió hasta la cabina. Ender estaba allí, rígido como un autómatas, dirigiendo la nave hacia los haces tractores del Destructor Imperial.

- Pero, ¿qué de...?

Keyan apartó a Ender de los controles y tiró de la nave hacia "arriba", en un intento de alejarse de los proyectores del Destructor. La luz roja de alarma parpadeaba en los controles, anunciando que los escudos de popa estaban a punto de caer.

Mientras intentaba alejar el Anaconda del peligro, Keyan proyectó la Fuerza hacia el Destructor Imperial. Algo allí atraía su rastreo al igual que una polilla vuela atraída hacia la luz; y, a la vez, ese algo era atraído por él.

Entonces, tocó una mente. Y la mente le tocó a él. A bordo del Destructor había alguien que controlaba la Fuerza. Mas era un control retorcido, algo nacido del Lado Oscuro de la Fuerza. Keyan se sorprendió enormemente ante el descubrimiento de un nuevo usuario

de la Fuerza, pero la mente se sorprendió por igual, pues Keyan pudo detectar confusión y miedo a partes iguales.

Y fue entonces cuando el desconocido retiró su control mental sobre Ender, ya que este recobró la consciencia, sobresaltado.

- ¿Eh? ¿Qué está pasando aquí? ¡Keyan! ¿Qué demonios haces pilotando mi nave?

- ¡Más tarde te lo explicaré! ¡Tenemos problemas!

A bordo del Destructor Estelar, el capitán debió comprender que había perdido la presa sobre la nave haladoriana, pues esta retomó un curso de evasión. Comprendiendo que el Anaconda debía estar a punto de saltar a la velocidad de la luz, las baterías turboláser del Destructor comenzaron a disparar sobre la popa desguarnecida del Anaconda.

- ¡Diez segundos! - anunció Keyan - ¡Estoy desviando toda la potencia a las pantallas traseras!

Ender volvió a ocupar su puesto y comenzó a realizar salvajes maniobras evasivas.

- ¡Aguenta, nena! - dijo para sí - ¡Sólo diez segundos más!

En ese momento un haz turboláser alcanzó al Anaconda. Las luces del interior se apagaron y las consolas de alarma aullaron notificando los sistemas averiados o destrozados.

- ¡Las coordenadas están cargadas! - gritó Keyan.

- ¡Nos vamos de aquí, ya!

Ender bajó la palanca del motivador de hiperimpulso, rezando para que el hiperimpulsor no hubiera sido dañado y, como en respuesta a su plegaria, las estrellas se convirtieron en estelas y el Anaconda saltó a la seguridad del hiperespacio.

## Capítulo 4

Cuando Rai recobró la consciencia, lo hizo en un estado de desorientación total. Su primera impresión fue la de que había perdido la vista, tal era la negrura que la rodeaba. No obstante, poco a poco sus ojos fueron adaptándose a la tenue luz; tan tenue que apenas si podía ver nada.

No tenía ninguna manera de saber cuanto tiempo llevaba allí sola en la oscuridad, pues no existía ningún fenómeno que le permitiera medir el paso del tiempo. Todo seguía igual que cuando despertó. Por lo que ella podía decir, lo mismo podían haber pasado unos minutos que un par de horas.

Sólo de una cosa podía estar segura, y era que Nikki estaba con ella. La pequeña seguía inconsciente, y, al parecer, sin daño alguno. Rai la había tomado en su regazo, apoyando su cabecita en sus piernas. El encontrar allí a Nikki le hizo comprender que aquello no era un mal sueño. Que, por fortuna, estaban vivas; pero también que habían sido hechas prisioneras.

En el largo periodo que permaneció allí sola, tuvo tiempo de recobrase físicamente y recordar la secuencia de acontecimientos que las había llevado a ella y a Nikki hasta aquella celda, pues no podía tratarse de otra cosa más que de una celda. Ocasionalmente podía oír pasos y voces en lenguas desconocidas al otro lado de lo que debía ser la puerta de la celda. Sin embargo, en todo aquel tiempo, Rai no se atrevió a alzar la voz ni llamar a nadie. De hecho, ni siquiera se había movido del sitio en el que había despertado más que para sentarse sobre un montón de algo parecido a paja húmeda.

Estaba asustada, ¿cómo no iba a estarlo? Pero no podía permitirse el lujo de demostrarlo. Nikki ya empezaba a moverse y pronto despertaría. Debía cuidar de la pequeña y no dejarse llevar por el miedo. Su viejo mentor, Siobhán, en Halador, le había enseñado las virtudes de la calma y el peligro del miedo; y su hermano Keyan le había dicho cosas parecidas en alguna ocasión.

Al pensar en Keyan se relajó un poco, pero la sensación apenas duró unos instantes. Keyan no podía ayudarla en aquella situación. En realidad, era posible que Keyan jamás descubriera lo que les había ocurrido. El pensar esto hizo que sus ojos se llenaran de lágrimas, pero no permitió que se derramaran: había prometido ser fuerte y lo sería.

Y, mientras así pensaba, Nikki se revolvió y, con un débil gemido, recobró la consciencia. La pequeña dejó escapar un suspiro ahogado al verse rodeada de tanta oscuridad, pero Rai le cogió las manos enseguida.

- Ssssh, cariño - susurró -. No tengas miedo. Todo va bien. Estoy aquí.

- ¿Tía?

Nikki se incorporó y se sentó junto a Rai, abrazándose a ella con evidente miedo en su tono de voz.

- ¿Qué pasa? - acertó a decir.

Rai decidió que no tenía sentido ocultar la verdad a la niña. Al menos, no toda la verdad.

- Aquellos extraños seres nos han capturado y estamos en una celda, cielo.

Nikki se abrazó aún más a la joven.

- Y, ¿qué nos van a hacer?

Rai sintió como el corazón le daba un vuelco, pero no perdió la calma e intentó que sus palabras sonaran firmes y seguras.

- Nada, cariño. No van a hacernos nada.

Nikki permaneció callada unos instantes, mientras intentaba acostumbrarse al siniestro ambiente. En un rincón de la oscura celda se oían de vez en cuando unos pasitos, como si un grupo de roedores pequeños entraran y salieran por algún agujero minúsculo.

- Tía - dijo por fin -. Tengo miedo.

Rai lo sabía, pues también ella estaba asustada. Entonces tomó una decisión. Sentó a Nikki entre sus piernas, de espaldas a ella, y comenzó a cantar. En voz muy baja primero, pero progresivamente más alta; Rai cantó una canción Eldar. Una balada de los tiempos míticos de Halador, antes de que los Eldar aprendieran a navegar por los océanos de soles. La canción estaba impregnada de una melancolía más grande que el mismo tiempo, pero la música llenaba el corazón del oyente de paz. Nunca antes, desde hacía más de diez mil años, se había escuchado el Cantar de Tanariel fuera de Halador; y nunca antes, desde que existían, habían escuchado aquellos muros tan dulce cantar.

Pero la sensación de paz y tranquilidad no duró mucho, pues en aquel instante la puerta de la celda se abrió inundando el recinto con una dolorosa claridad. Dos weequays entraron en la celda, armados con picas de fuerza. Rai y Nikki se llevaron las manos a los ojos, intentando protegerlos de la cegadora luz. Uno de los weequays gruñó algo en su propio idioma a las dos chicas mientras hacía gestos con su pica para que salieran de la celda; sin embargo, cegadas como estaban, e incapaces de entender el bestial idioma, ninguna de las dos se movió.

El weequay, interpretando la pasividad de las dos chicas como un desafío, golpeó a Rai en un brazo con el mango de su pica al tiempo que gruñía en voz más alta. Rai, asustada, consiguió enfocar a sus visitantes a través de la dolorosa cortina luz y comprendió lo que querían. Temblando de miedo, pero manteniendo la voz todo lo firme que podía, Rai se incorporó sin dejar de soltar las manos de Nikki ni un momento y le susurró al oído.

- Levántate, cielo. Quieren que salgamos.

Nikki asintió y se levantó sin soltar a Rai. El primer weequay empujó a las dos chicas fuera de la celda y comenzaron a guiarlas por una serie de sucios pasillos. A ambos lados de cada pasillo por el que avanzaban se veían puertas similares a aquella por la que habían salido. Aquellas eran, no cabía duda, las mazmorras de quién sabe qué extraño lugar.

A medida que sus ojos se iban acostumbrando a la luz, Rai se fue dando cuenta de que la luz, que inicialmente resultaba cegadora, era en realidad muy tenue y los pasillos por

los que se movían eran sitios sucios y sombríos. Ocasionalmente se dejaban oír gemidos y lamentos en extrañas lenguas que surgían de las celdas que iban dejando atrás. Los weequays parecían ajenos a todo ello. Rai se estremeció involuntariamente y aferró con más fuerza la mano de la pequeña Nikki. Por fortuna, sus captores no debían considerarlas peligrosas, ya que no las habían esposado.

Unos minutos después, el grupo comenzó a subir por unas desgastadas escaleras hasta salir a un patio interior abovedado. Fue entonces cuando las prisioneras comprendieron que se encontraban en la superficie de un planeta. Un cielo anaranjado bañaba de luz el amplio patio. En los soportales que rodeaban el patio una gran cantidad de seres, humanos y alienígenas, conversaban y gesticulaban en un tumulto medianamente controlado. Y al otro extremo, justo enfrente de Rai y Nikki, descansaba una figura repugnante.

Era una especie de babosa superdesarrollada, más grande que cuatro humanos corpulentos juntos. La criatura descansaba sobre un lecho que levitaba en silencio sobre el suelo de piedra. Sus enormes ojos, medio cerrados, parecían contemplar todo el recinto con siniestra frialdad; escrutando los pensamientos de quienes le rodeaban. El ser estaba rodeado por varios guardias de aspecto porcino y brutal, armados de enormes hachas. Detrás de él colgaban varios estandartes y se erguía una losa de piedra con varias escenas esculpidas en las que aparecían seres de apariencia similar a la suya.

Estaban contemplando a Trobbo, el Hutt. Señor del crimen en el sector de Mom Pracei.

Trobbo, al igual que muchos de sus congéneres Hutts, tenía un talento especial para el crimen en sus más variadas formas. Tras establecerse en Noladshei, años atrás, había comenzado a fundar un imperio criminal basado en la extorsión a las Casas de Navegantes de Mom Pracei. Era destacable el notorio éxito que había logrado en tan poco tiempo. No se conocía a ningún piloto independiente que hiciera rutas entre Mom Pracei y cualquier otro destino que no pagara una cuota de protección a Trobbo. Incluso algunas de las Casas de Navegantes más humildes estaban dominadas desde el interior por la organización del Hutt. Trobbo no podía igualarse en poder o recursos con otros señores del crimen como Jabba el Hutt o Ploovo Dos-por-uno; sin embargo, su rápido éxito le había hecho adquirir una gran petulancia, y había comenzado a rodearse de símbolos ostentosos y a desarrollar una heráldica personal. Estos símbolos pretendían hacerle parecer aún más importante a ojos de quienes le visitaban y contribuían a aumentar el ya hinchado ego del Hutt. Sin embargo, quienes le conocían podían atestiguar que Trobbo no necesitaba de tales adornos para intimidar a sus visitantes. El Hutt era terrible en sí mismo.

En aquellos momentos, Trobbo parecía estar celebrando una audiencia con sus súbditos. A los pies de su trono flotante, un rodiano encadenado se estremecía de rodillas mientras intentaba explicar algo a un cada vez más enfurecido Trobbo.

- ¡Bo Shuda! - exclamó de repente Trobbo en huttés -. ¡Basta ya de tanta charla! ¡Tu estupidez no admite excusas! ¡Esa carga era tan importante que debías haberla protegido con tu miserable vida! Pero eso puede arreglarse... ¡Shagg! ¡Trae aquí a los sybirks!

Ante esas palabras, la muchedumbre congregada en los arcos del patio irrumpió en salvajes gritos de júbilo, y también los dos weequays que custodiaban a Rai y a Nikki. El rodiano, visiblemente asustado, comenzó a sollozar suplicando clemencia.

Desde detrás del trono flotante de Trobbo apareció un nikto que guiaba a duras penas a dos extrañas criaturas por medio de sendas cadenas de metal. Las criaturas, parecidas a perros, pero dotadas de enormes colmillos, babeaban y lanzaban dentelladas a uno y otro lado, presas de una rabia apenas contenida. Eran dos sybirks, depredadores capturados por Trobbo en algún lugar remoto de las Regiones Desconocidas.

Al ver al los sybirks, el rodiano se arrojó a los pies de Trobbo; temblando y sollozando. Trobbo comenzó a reír cavernosamente mientras murmuraba algo en huttés. Los sybirks,

al oler el miedo del rodiano, entraron en un estado de frenesí y su guardián apenas era capaz de retenerlos.

Nikki, asustada, se abrazó contra Rai, incapaz de contemplar la escena. Rai, a su vez, proyectó su mente de modo inconsciente hacia las dos bestias. Desde muy pequeña había tenido la facultad de percibir las emociones primarias de los animales, en su estado más puro. Esta era una habilidad que le había servido bien en más de una ocasión, aunque no había podido ponerla en práctica con seres inteligentes. Siobhán, su antiguo mentor, le había prevenido en más de una ocasión sobre los peligros de tal intrusismo. Los sybirks no estaban hambrientos, tan sólo asustados; terriblemente asustados. Y, como mecanismo de defensa, descargaban toda su agresividad en forma violenta.

En ese instante, Trobbo alzó una mano y el guardián soltó a los sybirks. Estos se lanzaron aullando sobre el rodiano que no pudo hacer otra cosa que llevarse las manos al rostro en un intento inútil por protegerse. La multitud gritó salvajemente, fascinada por el cruel espectáculo. Los sybirks cayeron sobre el indefenso rodiano que se debatía intentando escapar de sus fauces como fuera.

Rai, horrorizada, abrazó con fuerza a Nikki; pero en ese momento decidió intentar algo. Era un truco que había aprendido desde pequeña, en Halador, y que le había sido útil en varias ocasiones; pero no estaba segura de que funcionara con aquellas bestias. Concentrándose, Rai se esforzó por calmar a las bestias enviándoles pensamientos tranquilizadores, sensaciones de paz...

Sorprendentemente, los sybirks parecieron perder interés en el aterrado rodiano. Olisquearon sus ropas y empezaron a moverse por el patio sin un rumbo fijo, mirando al suelo. La muchedumbre enmudeció sorprendida y se oyeron algunas quejas de fastidio. El rodiano, sin entender lo que pasaba, pero feliz de verse libre de las fieras, reculó y se alejó todo lo que pudo.

Trobbo lanzó un rugido de furia. ¿Qué demonios estaba pasando? El guardián de los sybirks, aterrorizado ante la idea de que Trobbo le culpara de lo sucedido corrió hacia los animales e intentó hacerles volver hacia el rodiano. Este había sido apresado por un par de guardias gamorreos. Rai, complacida, continuó enviando sensaciones de calma y paz hacia los sybirks. En medio de la confusión, Trobbo, furioso, comenzó a escrutar a los congregados. Sus ojos recorrieron la multitud hasta que se detuvieron en una figura de largo pelo negro, envuelta en una túnica roja y blanca.

- ¡Traedme aquí a esa humana y a su cría! - rugió a los guardias.

Los weequays que custodiaban a Rai y a Nikki se sobresaltaron al oír la orden, pero obedecieron de inmediato. Empujaron a las prisioneras con sus picas y cruzaron con ellas el patio hasta llegar frente a Trobbo.

El hutt observó en silencio a Rai durante unos instantes. Esta permaneció silenciosa, apenas capaz de sostener la mirada del terrible ser. Entonces, Trobbo dejó escapar una risa en lo que había ningún tono de alegría.

- Ha sido un truco muy interesante - dijo Trobbo -. Pero que puede haberte costado muy caro. ¿Quién eres y qué haces aquí?

Un devaroniano, el mismo que había capturado a Rai y a Nikki a bordo del Daga Refulgente salió de entre la multitud y se acercó a Trobbo.

- Su ilustrísima... - comenzó -. Estas son las dos brujas Eldar que capturamos en la incursión de ayer. Pensé que serían un regalo apropiado para vos.

- Tu "regalo" nos ha impedido a mí y mis huéspedes disfrutar de una merecida ejecución - replicó el hutt con frialdad.

- Mi señor... - contestó temblando el devaroniano -. No era mi intención...

Un humano de terrible aspecto apareció detrás de Trobbo y se acercó a él. Se trataba de Finn Garth, lugarteniente del hutt.

- Gran Alabado - dijo en voz baja -. Me permito humildemente recordaros que el capitán Krooz vendrá esta tarde a recoger sus mercancías. Tal vez esta chica fuera un regalo de su agrado, dada la naturaleza de sus últimas operaciones...

Trobbo meditó en silencio las palabras de Finn mientras contemplaba a Rai. Tal vez tuviera razón. Después de todo ya había tenido problemas con los Jedi en el pasado y no le gustaba la idea de tener uno cerca.

- No es mala idea - reconoció -. ¡Guardias! ¡Llevoos a la bruja y encerradla hasta que os avise! ¡Encerrad aparte a su cría! Ya veremos qué hacemos con ella...

- ¡No! - gritó Rai, atreviéndose a hablar por vez primera -. ¡No os atreváis a separarme de mi hija!

Pero la mentira no pareció hacer mella en el endurecido corazón del criminal hutt, que empezó a reír. Esta vez era una risa cruel.

- ¿Atrevernos? - dijo a Rai -. Estos son mis dominios y mi palabra es ley. Reza por que no me atreva a más.

Los congregados estallaron en risas crueles mientras los guardias se llevaban por separado a Rai y a Nikki.

En las profundidades de una de las bodegas del Anaconda, enterrado literalmente entre marañas de cables ennegrecidos y chisporroteantes, Ender realizó una serie de comentarios altamente improbables sobre los progenitores de los artilleros imperiales que les habían sacudido a su salida de Mom Pracei.

- ¡Esto es genial! - rugió enojado -. ¡El motivador de hiperimpulso está más quemado que tus cenas rápidas habituales!

En el otro extremo de la nave, Keyan hizo caso omiso del comentario.

- ¡Muy gracioso! - dijo Keyan gritando para hacerse oír -. Estamos cubiertos de excrementos de Bantha, ¿no?

- Hasta la cintura, sólo - contestó Ender -. Los impulsores subluz parecen estar bien.

- Bueno, eso es un consuelo - dijo Keyan, limpiándose las manos de grasa con un paño -. He dirigido parte de la energía de las armas al soporte vital. Creo que aguantará.

- Eso está bien - gruñó Ender al tiempo que arrancaba un par de circuitos quemados.

Los disparos del Destructor Estelar que les había sorprendido al abandonar Mom Pracei habían averiado severamente el hiperimpulsor del Anaconda. Por fortuna, éste les había permitido realizar el salto desde Mom Pracei dejando atrás al Destructor; pero el sistema falló a los pocos segundos con el resultado de que la nave volvió a emerger en el espacio real, a salvo por el momento, pero aún varada en el sistema de Mom Pracei.

Ender salió de la bodega de bastante mal humor.

- ¡Menuda mierda! - exclamó -. ¡No tenemos suficientes repuestos para realizar una reparación de emergencia!

Keyan se acercó a él desde el pasillo central.

- Y, ¿qué vamos a hacer? ¿Tienes idea de dónde estamos?

- No hemos podido salir del sistema. El salto apenas duró un par de segundos.

- Eso nos deja pocas opciones.

- Sí. Volver a Mom Pracei...

- Donde nos esperan los imperiales. ¿Y si pedimos ayuda a la Alianza?

- No lo creo apropiado. Con un Destructor Estelar rondando por aquí corremos el riesgo de atraerles a una emboscada - Ender cogió el trapo de las manos de Keyan y comenzó a limpiarse las manos con aire pensativo -. Claro, que... todavía habría una tercera opción.

- ¿Cual?

- Podemos poner rumbo a Noladshei. No estamos muy lejos de allí.

- ¿Noladshei? ¿No es ahí donde tiene su guarida ese Hutt?

- Sí, lo que nos permitiría tomar prestados unos cuantos repuestos y reparar el hiperimpulsor.

- No me parece que...

- No digo que vaya a ser fácil, pero en Noladshei no hay ciudades salvo la guarida de Trobbo. Dudo que el Imperio vaya a meter allí las narices. No tenemos más que descender sin ser detectados, esconder el Anaconda, introducirnos en la guarida de Trobbo y quitarle un par de núcleos. ¡Pan comido!

- ¡Claro! ¡Cómo no se me habría ocurrido a mí antes!

- Detecto cierta ironía en tu voz, Keyan.

- Oh, nooo; en absoluto. ¿Qué te lo hace pensar?

- Será más fácil hacer eso que volver a Mom Pracei bajo las narices de los imperiales o arriesgarnos a hacer un viaje a velocidad subluz hasta el sistema más próximo sin saber cuánto tiempo va a aguantar el soporte vital, ¿no?

- Bueno, el caso es que...

- Además, cuánto antes arreglemos el hiperimpulsor antes recogeremos a las chicas.

- ¡Las chicas!

- ¡Sabía que estarías de acuerdo, Keyan! Voy a poner rumbo a Noladshei.

Keyan pareció ausente durante unos segundos, había olvidado la visión que tuvo justo antes de salir de Mom Pracei. Pero volvió a la realidad enseguida.

- ¿De acuerdo? ¡Eh! ¡Espera un momento, yo no...!

Pero Ender ya estaba en la cabina, ajustando los motores de la nave.

Rai estaba sentada en un rincón de una oscura celda, con la cabeza recogida entre las rodillas. Nikki y ella habían sido separadas. No podía saber cuanto tiempo hacía ya de ello, pero la soledad había traído consigo una cosa buena al menos: sin Nikki cerca había podido descargar sus emociones largo tiempo contenidas y llorar.

Lloró en silencio durante mucho tiempo y ahora estaba en calma. Sola y callada en aquella celda húmeda y miserable.

Sin tener nada mejor que hacer, Rai había analizado su situación desde todos los puntos de vista posible. Ello había resultado sin duda alguna aún peor, ya que no podía ver ninguna salida. Ni siquiera tenía consigo su bolsa de runas. Aquellos rufianes se la habían arrebatado y no había vuelto a verla. Las runas podrían haberla ayudado en aquellos momentos de incertidumbre. Ahora, tan sólo podía esperar y dejar que los acontecimientos siguieran su curso.

Y los acontecimientos parecieron apresurarse, pues en ese instante la puerta de la celda se abrió inundando el cubículo de luz. Una figura entró en la celda y cerró la puerta. Era Finn Garth.

El hombre permaneció de pie en silencio contemplando a Rai. Esta, temerosa, retrocedió hasta una esquina de la celda y permaneció también en silencio, observando al secuaz de Trobbo. Al cabo de unos instantes, Finn se dirigió a Rai.

- Esta mañana te he hecho un enorme favor al salvarte de la ira de Trobbo, preciosa. Pero supongo que no pensarás que lo hice desinteresadamente.

Rai no dijo nada, pero al oír estas últimas palabras sus ojos se abrieron mucho. Finn sonrió, dejando entrever una dentadura amarillenta. Se acercó a Rai y se acuclilló frente a ella.

- Depende de ti, bonita - dijo Finn, pasando una mano por los cabellos de Rai -; podemos hacerlo fácil o difícil.

- ¡No! - gritó Rai mientras daba un empujón a Finn. Este no se inmutó y agarró a Rai por las muñecas.

- Veo que has elegido hacerlo difícil - dijo riendo -. Mejor. Me hubiera decepcionado lo contrario.

Rai se debatió pero no pudo deshacer la presa de Finn. Este reía entre dientes observando los inútiles intentos de la joven.

- Bueno, ¡basta ya! - gruñó Finn, y de un empujón arrojó a Rai contra el suelo y se sentó sobre sus piernas -. Vamos a pasarlo muy bien, brujita...

Y en ese momento el comunicador de Finn comenzó a sonar.

- ¡Maldita sea! - exclamó -. ¿Qué demonios querrá ese gusano seboso ahora?

Finn cogió el comunicador de su cinturón y lo conectó.

- ¿Sí? Aquí Finn - unos segundos de silencio -. Sí, su ilustrísima. Sí... Así se hará, mi señor.

Finn desconectó el comunicador y miró a Rai con cara de fastidio. Entonces la abofeteó y se puso de pie dirigiéndose a la puerta de la celda. Rai reculó unos centímetros, pero estaba demasiado asustada para actuar de ningún modo. Finn abrió la puerta y se volvió hacia Rai desde el umbral de la celda.

- Tengo cosas que hacer, preciosa - dijo en tono bajo -. Pero no pierdes nada por esperar...

Y cerró la puerta riendo entre dientes.

Rai, sola de nuevo, se recostó contra la pared más cercana y volvió a llorar en silencio.

La esfera verdosa de Noladshei había aparecido hacía horas en los visores del Anaconda y se iba haciendo más y más grande por momentos.

Noladshei era el tercer planeta del sistema Mom Pracei en distancia a la enana azul que calentaba el sistema. Se trataba de un planeta yermo y sin apenas vida en el que alternaban grandes desiertos rocosos con gigantescos pantanos pestilentes, que le daban su peculiar coloración verdosa desde el espacio. Era la presencia de dichos pantanos la que había llevado a Trobbo el Hutt a instalar allí su base de operaciones: en muchos aspectos, Noladshei era muy parecido a Nal Hutta, el actual mundo de residencia de los Hutts.

- Espero que tengas claro cómo vamos a descender en esa roca vacía sin que nos detecten, Ender - dijo Keyan, desde su asiento en la cabina del Anaconda.

- ¡Claro que sí! - contestó este en un tono indiferente -. Aunque nos llevará tiempo. Estoy trazando una órbita espiral que nos llevará hasta Noladshei justo desde el nadir de la base de Trobbo. Contamos con algunos mapas del planeta y, aunque no son muy precisos, servirán para trazar esta ruta. La masa del planeta nos ocultará de sus sensores. Luego es cuestión de hacer un vuelo bajo para acercarnos hasta allí sin ser detectados. ¡Muy sencillo!

Keyan lanzó un suspiro y se recostó en su asiento.

- Bueno... Al menos parece razonable. Pensé que ibas a decir que te limitarías a posarte en medio de su pista de aterrizaje.

Ender frunció el ceño y meditó las palabras de Keyan.

- Oye... Esa no es mala idea. ¡Nos ahorraría unas cuantas horas de viaje!

Keyan abrió los ojos y miró a su compañero con gesto alarmado.

- ¡Era broma! ¡era broma! - dijo Ender riendo.

Keyan gruñó algo por lo bajo y continuó con su trabajo.

Algunas horas después, la masa de Noladshei cubría ya la práctica totalidad de su campo visual y Ender se dispuso a realizar las maniobras de ingreso en la atmósfera. Hasta el momento todo estaba tranquilo. El Hutt no parecía tener sistemas de vigilancia en órbita, lo cual era una suerte. Pero la suerte es un bien escaso en esta época.

Una de las alarmas de proximidad del Anaconda comenzó a destellar en el panel.

- ¡Ender! ¡Alarma de proximidad! ¡Algo acaba de emerger del hiperespacio!

- ¡Genial! ¿De qué demonios se trata?

- ¡Oh, por todos los...!

- ¿Qué pasa? ¿qué es?

- Es un Destructor Estelar... - dijo Keyan con un hilo de voz.



Ender lanzó un juramento que habría hecho enrojecer a un Wookiee y dirigió al Anaconda en picado hacia la superficie del planeta.

- ¿Pero qué...?

- ¡La masa del planeta nos ocultará de sus sensores! ¡Pero si no bajamos pronto estaremos fritos! ¡Hay que aprovechar estos segundos de desorientación mientras salen del hiperespacio!

- Estoy perdiendo contacto con la señal - dijo Keyan.

- Estupendo - gruñó Ender -. Eso significa que ellos también lo harán.

- ¿Y si lanzáramos un señuelo?

- No. Eso les despistaría, pero lo próximo que harían es preguntarse quién lo ha lanzado.

La superficie de Noladshei abarcaba ya todo cuanto podían divisar. El Anaconda volaba a velocidad máxima hacia un macizo montañoso que se alzaba como una cruel dentadura ante ellos, pero Ender no disminuyó la velocidad. La nave se introdujo entre los picos y comenzó una loca danza entre rocas mientras Ender iba disminuyendo progresivamente la altitud. A su lado, un visiblemente nervioso Keyan no se atrevía a abrir la boca para no desconcentrarle.

Tras unos minutos de vuelo que muy bien podrían haber sido años, el Anaconda salió a una profunda garganta que terminaba abriéndose en un gran valle. Ender guió la nave por el cañón hasta salir al valle. Una vez allí, comenzó a volar prácticamente a ras de suelo.

- ¿Es necesario que vuelas tan bajo, Ender? - se atrevió a preguntar Keyan.

- Cuanto más bajo más difícil les será detectarnos. La tierra nos apantallará.

- Pero no si deciden hacer un rastreo.

- Cierto, por eso voy a meterme en aquella zona pantanosa.

- ¿Qué? Pero, ¿como vas a...?

Pero el Anaconda ya había puesto proa al pantano. Ender redujo ligeramente la velocidad e introdujo la nave por entre la maraña de árboles bajos. De nuevo el Anaconda efectuó una serie de complicadas maniobras, esta vez aún más peligrosas si cabe que las anteriores. A medida que la vegetación se fue espesando, Ender fue reduciendo más y más la velocidad hasta que prácticamente detuvo la nave.

- Bueno, vamos a buscar un sitio más o menos despejado...

- ¿Piensas dejar aquí la nave?

- La vegetación nos ocultará de sus sensores si además utilizamos la red de camuflaje.

- Pero estamos bastante lejos de la guarida de Trobbo.

- Noladshei no es tan grande y nuestro viajecito nos ha acercado más de lo de que crees a la casa del Hutt. Calculo que estamos a unas cuatro horas de viaje a pie.

- Bueno, eso nos dará tiempo a ver qué están haciendo los imperiales.

- De todos modos no tendremos muchas opciones si deciden buscarnos. ¿Adónde íbamos a ir con un hiperimpulsor averiado?

- Entonces, ¿propones ponernos en marcha ya?

- Cuanto antes mejor, ¡mira! Aquel sitio parece apropiado.

En un rincón de aquel pantano se abría un pequeño claro. La zona era minúscula y rodeada de charcos, pero parecía sólida. Ender maniobró la nave hasta hacerla descender con suma cautela sobre el claro, dispuesto a elevarse a la mínima señal de hundimiento. El suelo, sin embargo, resistió el peso de la nave.

- Parece que aguantará - dijo Ender -. Voy a comprobar la zona antes de nada. Tú ve preparando la red de camuflaje.

- Bien.

Ender abrió la compuerta del Anaconda y salió al exterior con el blaster desenfundado. Previamente había realizado una exploración de formas de vida con los sensores de la nave y no parecía haber nada peligroso por los alrededores. Bajó hasta el suelo y

examinó la consistencia de la zona sin perder de vista los árboles cercanos, atento a cualquier amenaza.

Algunos minutos después apareció Keyan con la red de camuflaje.

- ¿Todo va bien? - preguntó.

- El terreno parece sólido - confirmó Ender.

- No percibo formas de vida hostiles por aquí. Por fortuna aquí no parece haber animalitos como aquel que encontramos en Normandeyl.

- Ah, sí, lo recuerdo. Aquel primor se habría zampado uno de los reactores laterales de un sólo bocado.

- Toma - dijo Keyan acercándole un extremo de la red a Ender -. Extendamos la red.

Los dos hombres dispusieron la red de camuflaje sobre el Anaconda en unos minutos. De este modo, la nave quedaría razonablemente a salvo de sensores externos.

- Bueno. Pongámonos en marcha - dijo Ender, una vez terminada la operación.

- No necesitamos llevar nada con nosotros, supongo.

- Sólo una cosa, voy a entrar a por ella. Espérame un momento.

- ¿De qué se trata?

- Oh, es algo por si las cosas se ponen feas.

Keyan entrecerró un ojo mientras observaba a Ender subir por la compuerta camuflada del Anaconda.

- No me gusta la forma en que suena eso... - murmuró.

Al cabo de un rato, Ender apareció con una pequeña mochila cargada a la espalda.

- Listo. ¡En marcha!

- ¿Qué llevas en la mochila? ¿Explosivos?

Ender se detuvo y adoptó un aire ofendido.

- ¿Explosivos? Keyan, me ofendes. ¿Qué te hace pensar que me gustaría cargar con una bolsa llena de explosivos?

- Mejor no te lo digo... - contesto este, haciendo una mueca de resignación.

- En realidad es algo mucho más prosaico, son pequeños repetidores por si necesitamos llamar al Anaconda en un momento de apuro. Sin ellos no podríamos enviar una señal estable con tanta vegetación y humedad como hay aquí. Los iré situando adecuadamente según nos acerquemos a nuestro destino - Ender señaló en una dirección del pantano -... ¡Vamos! Tenemos que ir por allí.

- Sí, vamos - dijo Keyan suspirando.

Los dos amigos se pusieron en marcha y pronto desaparecieron entre los árboles del pantano.

## Capítulo 5

Mom Pracei brillaba como una joya en el espacio, ajena a la podredumbre que bullía en su superficie. Sin embargo, el capitán Krooz no pensaba en ninguna de estas dos cosas mientras contemplaba el planeta a través de los ventanales del puente. Para él sólo había un asunto importante en aquellos momentos: el fracaso de su tripulación para capturar la nave rebelde que había huido de Konad Sa.

Y aquello no era lo peor. A fin de cuentas, los rebeldes no podían haber descubierto gran cosa aparte de que la Guarnición de Mom Pracei estaba mejor dotada de lo que ellos querían hacer creer. No. Aquello había sido un percance molesto, pero no había sido lo peor.

Lo peor era el fracaso manifiesto de Andras para controlar la mente del piloto de la nave. Oh, sí; el Adepto Oscuro le había dicho que había una mente poderosa a bordo de la nave rebelde. ¡Tonterías! Pero no podía castigar a Andras como le hubiera gustado, no; al Almirante Harkov le habría disgustado mucho aquello.

Krooz rechazaba al Emperador y a Vader por aferrarse a aquella antigua religión llamada la Fuerza y, sin embargo, estaba empleando a un acólito de la misma secta para poder enfrentarse a ellos. Bueno... no cabía duda de que aquellos Jedi conocían un par de trucos útiles, pero no podían esperar dominar la Galaxia gracias a ello. No. El Imperio debería estar gobernado por auténticos guerreros, no por prestidigitadores. Krooz despreciaba a Andras, pero le utilizaría mientras fuera necesario.

Y el reciente fracaso parecía decir muy poco en su favor.

Aunque si era verdad lo que le había contado Andras, tal vez fuera doblemente importante tratar de capturar aquella nave rebelde. Un posible Jedi más poderoso que Andras sería un billete de ascenso mucho más rápido para él dentro de las filas de Harkov.

- ¿Señor?

La pregunta sacó a Krooz de sus pensamientos. Observando el reflejo en el ventanal del oficial que se había acercado detrás suyo pudo comprobar su rango y no alteró su postura para mirarle cara a cara.

- ¿Sí, teniente?

- Señor. El interdicator Paladín informa que el proceso de carga en Noladshei ha comenzado.

- ¿Algo que informar?

- El capitán Torkel informa que el proceso se ha demorado ligeramente pero que enseguida ha hecho entrar en razón a esa escoria.

- Ya veo... - Krooz meditó en silencio unos instantes, mirando al infinito a través de los visores del Sombra Gris. Al cabo de unos instantes giró sobre sus talones y encaró al teniente -. Creo que tenemos que recordar a ese gusano quién es el que manda aquí. Ponga rumbo a Noladshei, teniente.

- Sí, señor.

El teniente saludó impecablemente con un taconazo y se retiró para dar las ordenes. Krooz volvió a girarse para contemplar Mom Pracei.

Los rebeldes podían esperar de momento...

La larga procesión de transportes y lanzaderas parecía formar un hilo metálico entre el suelo y el cielo. Pero a través de los macroprismáticos de Ender la realidad era muy diferente. Entre las naves, que volaban en perfecta formación, numerosos cazas TIE revoloteaban como insectos protegiendo al convoy. Bajo ellos, la guarida de Trobbo el Hutt hervía de actividad.

La base de operaciones del Hutt era un inmenso anillo metálico excavado en la ladera de una de las estribaciones rocosas más altas de Noladshei. El anillo estaba esculpido con motivos Hutt: rostros, colmillos... así, la entrada principal recordaba al inmenso y malévolos rostro de un hutt, flanqueado por dos enormes colmillos de piedra que daban su nombre a la fortaleza. La base en su conjunto era un nuevo tributo al orgullo de Trobbo, quien había reclutado los servicios de reconocidos artistas para que trabajaran en la remodelación de la estructura original, que había pertenecido a una raza largo tiempo extinta. No todos estos artistas colaboraron de buen grado, según se rumoreaba; y no todos ellos volvieron a sus mundos de origen para continuar con sus trabajos.

La estructura sólo era accesible por el aire o a través de un largo camino en espiral que recorría la montaña y estaba salpicado de puestos de vigilancia. La montaña, a su vez, era una especie de isla que emergía del mar de pantanos de Noladshei, lo que hacía que la base del Hutt fuera particularmente inexpugnable. Desde esta base, Trobbo el Hutt pensaba extender sus garras más allá del Borde Exterior.

Y, al parecer, el Imperio tenía tratos con él.

Ender guardó sus macroprismáticos y se sentó junto a Keyan entre los árboles.

- Es una bonita procesión de carga y descarga - comentó.

- Eso parece - asintió Keyan -. Están yendo y viniendo entre la base del hutt y el Destructor Estelar que emergió del hiperespacio cuando estábamos descendiendo. Sin embargo, ese Destructor es muy extraño. Parece un Interdictor, ¿no?

- Seguramente lo haya sido - contestó Ender -. Pero lo han modificado. Ahora parece más bien un carguero gigantesco.

- Que raro... - dijo Keyan -. El Imperio no se caracteriza por eso. Si necesitan naves las construyen y punto.

- Tal vez no sean Imperiales en el sentido estricto. Puede que sean Imperiales Renegados de Harkov. Te recuerdo que el Imperio está luchando en dos frentes por estas regiones.

- Mmmm. Es posible.

- En cualquier caso, para mi no hay diferencia - dijo Ender en tono sombrío -. Son Imperiales.

- ¡Eh, eh, amigo! - le interrumpió Keyan con cierto nerviosismo -. Son Imperiales, vale. Pero, ¡no se te ocurra empezar una guerra particular contra ellos!. Hemos venido a por repuestos y me gustaría obtenerlos sin armar mucho jaleo.

- No estoy tan loco, Keyan - contestó Ender. Pero su tono no varió lo más mínimo.

- Quizás - concluyó Keyan. Luego, en un intento de desviar la conversación prosiguió: - ¿Cómo se te ocurre que vamos a entrar ahí?

- De momento deberíamos acercarnos sin hacernos notar mucho y aquel parece un sitio resguardado - contestó Ender señalando un punto de la montaña. De todas formas... hay muy pocos guardias, ¿no crees?

- No sé que medidas de seguridad tendrá este sitio habitualmente - reconoció Keyan -. Pero es cierto que muchos de los puestos de guardia están vacíos.

- Trobbo puede tener tratos con el Imperio - dijo Ender -. Pero no se debe fiar mucho de ellos. Creo que en estos momentos está más preocupado por sus amigos de ahí arriba que por posibles intrusos de fuera.

- Pero la puerta principal está vigilada.

- Sí, pero podemos acercarnos hasta ese punto y escalar hasta el camino, una vez pasados los dos o tres primeros puestos de guardia. Una vez allí ya veremos.

- No sé... no me gusta.

- A ti nunca te gusta nada, Keyan. ¿Se te ocurre algo mejor?

- La verdad, no. Si no hubiera sido por esos Imperiales podríamos haber descendido con el Anaconda haciéndonos pasar por cazarrecompensas o algo parecido.

- Demasiado arriesgado. Además ahora ya da igual. Deberíamos movernos mientras los Imperiales nos protegen.

Keyan sonrió.

- Será la primera vez que lo hacen...

Con un sobresalto, Rai despertó de un sueño cargado de pesadillas para descubrir a su pesar que la pesadilla continuaba. Todo había sido real. Seguía encerrada en aquella oscura y húmeda celda.

No podía estar segura de cuanto tiempo llevaba allí encerrada. Por lo que a ella le parecía, bien podían ser semanas.

Las imágenes del sueño se fueron difuminando y entremezclando con la realidad. Ella vagaba sola por un corredor espantosamente largo y oscuro, un corredor plagado de extraños e irreconocibles ruidos. Uno de aquellos ruidos era el que la había despertado.

Entonces, el ruido se repitió.

Rai contuvo una exclamación de sorpresa y se acurrucó contra la pared. El ruido había sido real. Alguien estaba hurgando en la puerta de su celda intentando no hacer mucho ruido; pero en la quietud de la estancia, hasta un susurro parecía un tornado.

El sigilo de quienquiera que estuviese al otro lado puso en guardia a Rai. Sin duda se trataba de aquel despreciable Finn Garth que volvía para acabar con lo que no pudo en la ocasión anterior. La mente de Rai comenzó a trabajar a toda prisa intentando descubrir alguna manera de defenderse. Pero en la celda no había nada que pudiera ser usado como arma.

La cerradura crujió y el desconocido se detuvo, temeroso seguramente de que alguien le hubiera escuchado. Rai pudo sentir el nerviosismo y el miedo crecer en su interior, y las imágenes de lo que había sucedido en los últimos instantes de existencia del Daga Refulgente volvieron a su memoria. Aquel acto reflejo había sido provocado con la ayuda del miedo, y el miedo conducía al Lado Oscuro. Keyan siempre le había prevenido contra ello. No importaban la calma y la paz que había sentido, había sido el miedo el detonante de aquella proeza; y había podido sentir cómo unas frías garras de perverso placer la recorrían antes de caer desmayada. No quería volver a pasar por eso...

Pero la cerradura seguía crujiendo y estaba a punto de abrirse. Quizá si se lanzará contra el desconocido cuando abriera la puerta podría derribarle y... Sí, eso haría; y luego...

Luego... la puerta se abrió y la celda volvió a inundarse de luz.

Rai quedó petrificada en su ademán. El extraño había sido demasiado rápido. Se cubrió los ojos con una mano, deslumbrada por la luz del exterior, e intentó mirar al extraño.

La figura que se recortaba en el umbral de la celda era humanoide, pero decididamente no era humana. Aquellos dedos tan largos no podían ser humanos. Y luego estaba la cabeza. El primer aviso fueron aquellos pequeños apéndices parecidos a diminutas antenas, pero, a medida que sus ojos se acostumbraban a la luz había más detalles... los ojos bulbosos, la piel escamosa, el hocico alargado...

Frente a ella se encontraba el rodiano al que había salvado de la ira de Trobbo.

- Rápido, mi zeñora - susurró el rodiano en un básico muy acentuado -. Debemoz zalir de aquí cuanto antez.

Rai no supo que contestar. Ni en sus más locos sueños se le había ocurrido que pudiera contar con un aliado en aquel lugar.

- No tenemoz mucho tiempo - prosiguió el rodiano -. Si no noz vamoz de aquí tendremo z problemaz.

- Yo... - balbuceó Rai -. ¡Gracias! Pero...

- Zalvazteiz mi vida, zeñora. Y Deekto no olvida una deuda jamáz. Tengo una nave. Zaldremos de aquí mientras todoz eztán ocupadoz con los Imperiales.

- ¿Imperiales? - exclamó Rai.

- ¡Zzzzzzh! ¡No hagáiz ruido!

Rai volvió a dudar, sopesando todas sus posibilidades, pero había una cosa sobre la que no había posible duda: Nikki.

- Deekto - dijo agarrando al rodiano por los hombros -. La niña. Nikki. ¡No podemos irnos de aquí sin ella!

- Ya lo zuponía, mi zeñora. Y zé dónde ze encuentra. Pero deberemoz aprezurnoz.

- Gracias, Deekto, gracias de verdad - dijo Rai -. ¡Vamos, entonces!

- Zí, mi zeñora.

Rai salió de la celda y el rodiano volvió a cerrarla. Luego, ambos se alejaron por el corredor.

Ender y Keyan llegaron a lo alto del camino después de una ascensión lenta y dura, dificultada por la ausencia de equipo de escalada. Afortunadamente la pendiente no era muy escarpada. La seguridad en los primeros metros de ascenso estaba garantizada no por la pendiente en sí, sino por los numerosos puestos de guardia. Pero estos estaban

ahora vacíos. De hecho, los dos amigos habían subido hasta el camino en espiral justo detrás de uno de estos puestos.

- Aquí estamos - dijo Ender -. De momento, todo va bien.

- Sí. Muy bien. ¿Y ahora qué? No podemos seguir escalando la montaña. y si seguimos subiendo por el camino nos verán y nos capturarán en el mejor de los casos.

- Tal vez podríamos quedarnos aquí y esperar un cambio de guardia. Podríamos eliminar a los guardianes e introducirnos en la fortaleza disfrazados con sus ropas.

- Pero eso... ¡Espera! Creo que viene alguien.

- ¿Eh? Yo no oigo nada.

- Alguien sube por la rampa. ¡Escondámonos!

Ender y Keyan se refugiaron dentro del puesto de guardia. El puesto no era más que un par de grandes puertas que cruzaban la rampa en espiral de un extremo a otro dejando un pequeño espacio entre medias. Dicho espacio estaba cerrado por muros y constituía un espartano refugio para la guardia quien, habitualmente, debía desempeñar sus funciones en la parte superior del puesto. Allí, un par de torretas láser protegían el paso de intrusos.

A través de unas mirillas en la puerta delantera, Ender y Keyan pudieron observar a los que se acercaban. Eran tres: un klaatu y dos humanos de aspecto rudo y poco amistoso. Junto con ellos ascendía un gran carro repulsor cubierto que parecía contener cargas de madera. El klaatu y un humano abrían la marcha, con el humano dirigiendo el carro sin montar en él. El otro humano avanzaba detrás con aire cansino, portando una vibrohacha.

- ¡Esto es estupendo! - susurró Ender -. Cuando pasen yo me libraré del guardia de detrás y le suplantaré y tú te esconderás en el carro.

- ¿Qué dices?

- Traen una carga de madera. No la registrarán ni les preguntarán, ¡es ideal!

- Bueno, espero que tengas razón...

- ¡Claro que sí! - respondió Ender con una sonrisa. Pero ello no contribuyó a tranquilizar a Keyan.

Ender se escondió detrás de unas cajas, a la derecha de la puerta; y Keyan hizo lo mismo, a la izquierda. Instantes después, la puerta delantera del puesto de guardia se abrió y el klaatu entró en la estancia, abriendo las puertas de par en par y dirigiéndose a hacer lo mismo en la puerta trasera. Al rato entró el primer humano guiando el carro repulsor. El klaatu siguió adelante mientras el carro atravesaba el puesto de guardia. Cuando el carro ya estaba saliendo por la puerta trasera, el tercer humano entró en el puesto y se dio la vuelta para cerrar la puerta.

En ese instante, Ender surgió de las sombras sin hacer ruido y, agarrando al desprevenido rufián, le partió el cuello limpiamente. Keyan salió también de su escondite y se apresuró a cerrar las puertas mientras Ender escondía el cuerpo y le despojaba de su capa y su vibrohacha.

- ¿Era necesario hacer eso? - musitó Keyan.

- ¡No tenemos tiempo para sutilezas, ahora! - susurró Ender -. ¡Corre y sube a ese carro antes de que te vean!

Keyan corrió hacia el carro repulsor, echó un vistazo a los dos guardias que quedaban para asegurarse que no miraban en su dirección y se subió escondiéndose entre los troncos como pudo. Al poco rato, Ender, ataviado con la capa y capucha del guardia muerto y con la vibrohacha al hombro, salió del puesto y cerró las puertas.

La comitiva siguió ascendiendo durante un rato sin que mediara palabra entre los guardias. Atravesaron varios puestos de guardia vacíos, y algunos ocupados; pero no les hicieron preguntas. El klaatu gruñía algo cada vez que llegaban a uno de esos puestos y los guardias les franqueaban la entrada.

Finalmente llegaron a las puertas de la fortaleza. Ender frunció el ceño al contemplar las enormes puertas, negras como el alabastro, flanqueadas por los gigantescos colmillos

de piedra que se elevaban hasta que sus puntas se perdían de vista en el cielo. Cuatro cañones láser surgían de la estructura, apuntando al camino, y dos guardias gamorreos custodiaban la entrada. Keyan parecía nervioso. Ender le guiñó un ojo para tranquilizarle y le hizo una seña para que se escondiera mejor.

La comitiva se detuvo y el klaatu volvió a gruñir lo que parecía ser la contraseña. Uno de los guardias se movió para abrir las puertas, pero el otro rugió algo en el bestial lenguaje de Gamorr y señaló al carro.

- ¿Qué dices? - exclamó el humano con malos modos -. Llevamos toda la mañana cortando árboles, ¿y tú quieres registrar el carro? ¡No me vengas con esas y déjanos entrar! ¡Quiero ir a beber algo!

El klaatu gruñó una afirmación y Ender decidió asentir del mismo modo, pero sin mediar palabra. El gamorreos no les hizo caso e insistió, empujando al klaatu. Ender se empezó a poner nervioso: si echaban un vistazo al carro verían a Keyan, pero ¿qué podía hacer? Si intervenía le descubrirían, pero si no lo hacía descubrirían a Keyan. En cualquier caso parecían perdidos, así que quizá...

Lentamente, Ender deslizó los dedos de su mano derecha hasta el activador de la vibrohacha, listo para atacar a los guardias en cualquier momento. El gamorreos rugía alterado contra el klaatu, quien parecía estar a punto de rendirse con tal de que le dejaran pasar de una vez. El otro gamorreos observaba nervioso la discusión mientras apuntaba con su hacha al humano que guiaba el carro. Este parecía fastidiado, pero no hizo ningún gesto hostil. Y Keyan... Ender detuvo el movimiento de su mano y dirigió una rápida mirada hacia el carro. Keyan estaba sudando, sentado entre los troncos con los ojos cerradas mientras parecía musitar algo. Ender se acercó con disimulo a la parte trasera del carro sin perder de vista al gamorreos. De pronto, el klaatu hizo un gesto de desdén y se apartó. El gamorreos gruñó de placer y caminó hacia Ender. Este apretó los dientes y colocó su pulgar sobre el activador. Fue entonces cuando oyó la voz de Keyan, como un suspiro.

- No necesitas ver el contenido del carro. Podemos pasar...

El gamorreos se detuvo a mitad de camino y Ender sintió como un sudor frío recorría su espalda.

- No necesitas ver el contenido del carro. Podemos pasar...

El gamorreos, confuso, miró a Ender, luego al suelo y, finalmente, se dio la vuelta y gruñó algo.

El klaatu emitió una exclamación de sorpresa y el otro gamorreos frunció el ceño. El humano soltó una risa irónica.

- ¡Ja! ¡Menudo imbécil! ¡Tanta discusión y ahora nos dejas pasar! - luego añadió en voz más baja - ¡Estúpidos cerdos verdes!

El gamorreos de la puerta se dio la vuelta y abrió las puertas, algo receloso. El primer gamorreos, por su parte, se quedó allí parado con aspecto estúpido; más estúpido de lo normal, al menos. Mientras las puertas se abrían Ender no pudo evitar dejar escapar un suspiro de puro nerviosismo y alejó sus dedos del activador.

El carro comenzó a moverse y el trío penetró en la guarida del Hutt, entrando en una estancia oscura y mal iluminada. En el interior del carro, Keyan no había alterado su concentración lo más mínimo. Y así permaneció hasta que las puertas se cerraron con un gran estruendo dejando al otro lado a dos guardias gamorreos en plena discusión sobre seguridad y conductas estúpidas. En ese momento, Keyan volvió a abrir los ojos y tomó aire. Algunas gotas de sudor cubrían su frente. Ender le sonrió y le hizo un gesto de buena suerte con la mano izquierda, extendiendo el pulgar hacia arriba mientras mantenía cerrados los otros dedos.

- ¡Menuda sarta de estúpidos son esos gamorreos! - exclamó en aquel instante el humano que abría la marcha -. ¡Eh, Moru! - dijo, dándose la vuelta para dirigirse a Ender -. ¡Vamos a descargar esta mierda y a tomarnos un buen trago!

Ender tragó saliva. No le quedaba más remedio que contestarle.

- Bien - mintió -. Adelantaos vosotros, enseguida os alcanzaré.

- ¿Eh? - el humano se detuvo. El klaatu siguió adelante -. ¿Qué te pasa en la voz?

- No le pasa nada en la voz - dijo Keyan bajando del carro repulsor de un salto y refugiándose en las sombras próximas -. Ahora os alcanzará.

- No le pasa nada - repitió el humano -. Ahora nos alcanzará.

Ender quedó paralizado por lo imprevisto de la reacción. El klaatu se dio la vuelta y dijo algo.

- Eh... - dudó Ender -. ¡Seguid! ¡Ahora voy!

- Ahora va... - musitó Keyan.

- Ahora va... - repitió el humano, y se dio la vuelta para seguir al carro repulsor y al klaatu.

Ender se quedó de pie en mitad de la estancia, observando al dúo alejarse y desaparecer detrás de una arcada. En cuanto desaparecieron de la vista, Ender se acercó de un salto al lado de Keyan. Este estaba sudando mientras respiraba algo deprisa.

- ¿Estás bien, chico? - preguntó.

- Digamos que no me gustaría tener que hacer esto todos los días - sonrió Keyan -. El gamorreo fue difícil, porque no podía delatarme hablando, pero afortunadamente su mente era muy simple. Mi maestro tenía razón - murmuró a continuación -. La Fuerza es poderosa sobre las criaturas débiles.

- ¡Demonios! - exclamó Ender sin hacer mucho a la filosofía Jedi -. ¡He de reconocer que ese ha sido un buen truco!

- Un "truco", como tú dices, que he empleado porque no tenía otro recurso. Controlar así una mente es algo indigno de un Jedi y no resulta nada fácil.

Ender se rió.

- ¡Vamos, Keyan! ¡Era por un buen motivo! ¡En algún lugar de este tugurio nos espera un bonito motivador de hiperimpulso!

- Sí - dijo Keyan levantándose con esfuerzo -. Supongo que debemos movernos como si tuviéramos prisa.

- No creo que tarden en darse cuenta de que no somos parroquianos habituales, amigo. ¡Empecemos a buscar!

Deekto y Rai se movieron con sigilo por los niveles de las celdas y descendieron algunos pisos. Cada dos pasos, Deekto se detenía y se ocultaba tras alguna columna, olfateando el aire, evidentemente nervioso. Era mucho lo que el rodiano se jugaba, pero tenía una deuda de honor con aquella humana y la pagaría.

- ¿Falta mucho aún, Deekto? - preguntó Rai en voz baja, poniendo su mano sobre el hombro del rodiano.

- No, no... - susurró Deekto sin mirarla -. Ez allí, allí - dijo, señalando una celda situada a unos 100 metros de su posición.

- Entonces vamos allá.

- Hay algo raro aquí - musitó el rodiano más para sí mismo que para Rai -. Ningún guardia... Ez...

- ¿Ocurre algo, Deekto?

El rodiano pegó un respingo, como si despertara de un sueño.

- Oh, no, mi señora. Liberemos a la niña y zalgamos de aquí cuanto antes.

Deekto asomó la cabeza y echó una mirada cautelosa a ambos lados del poco iluminado pasillo. Nadie a la vista. Ningún ruido. Entonces, con sigilo pero muy deprisa, salió de entre las sombras y corrió hasta la celda. Rai le siguió, procurando hacer el menor ruido posible.



El rodiano comenzó a hurgar en la puerta de la celda y Rai pudo sentir como en el interior de la misma alguien se movía frenéticamente. Rai se concentró y pudo sentir el miedo.

Era Nikki.

Llena de júbilo, y no atreviéndose a hablar, Rai intentó proyectar pensamientos tranquilizadores hacia la pequeña. Le hubiera gustado poder decirle que era ella, que estaba allí; pero aún no tenía la suficiente experiencia para algo así. Esta era la misma técnica que había empleado con los sybirks, y esperaba que surtiera efecto con la pequeña Nikki. Y, mientras Deekto seguía luchando con la cerradura, Rai pudo sentir como la pequeña Nikki se calmaba y esperaba.

Entonces hubo un sonoro clic y una exclamación ahogada del rodiano.

- ¡Ja! ¡Lizto!

Rai sonrió.

- Permíteme entrar, Deekto. La niña no te conoce.

- Por zupuezto, mi zeñora. Pero dao z priza.

Rai asintió y abrió la puerta de la celda, que giró sobre sus goznes con un estruendoso chirrido. La débil luz del exterior entró en la reducida estancia cegando a una diminuta figura que se acurrucaba en una esquina, protegiéndose la cara con las manos.

- Nikki, cariño, soy yo - dijo Rai en una mezcla de emoción y nerviosismo.

La pequeña se sorprendió y se arriesgó a separar ligeramente las manos de la cara.

- ¿Tía?

Rai se arrodillo en el umbral de la puerta.

- Sí, cielo. Nos vamos a ir de aquí.

Nikki retiró por completo las manos de la cara para revelar un rostro sucio y unos ojos que se estaban llenando de lágrimas. Permaneció así unos instantes mientras Rai la contemplaba en silencio con una sonrisa. Los ojos de Nikki no pudieron seguir conteniendo las lágrimas, que empezaron a derramarse por sus mejillas formando senderos de limpieza, pero, al mismo tiempo, una enorme sonrisa se dibujó en su boca y, como impulsada por un resorte, saltó desde su rincón hasta los brazos de Rai sin pisar el suelo apenas dos veces.

- ¡Tía! - exclamó llorando. Y luego, con la cabeza enterrada en el regazo de Rai, siguió - ¡Tía, tía!

Rai acarició el pelo de la pequeña mientras notaba como sus ojos también se humedecían ligeramente.

- Nikki, cariño, ¿estás bien?

La pequeña no contestó, pero asintió en silencio entre sollozos.

- Cielo - dijo Rai con voz serena -. Tenemos un amigo que nos va a ayudar a escapar de aquí. Se llama Deekto. Pero tenemos que darnos prisa antes de que nos descubran. ¿Puedes andar? ¿Estás bien?

Nikki se separó de la joven haladoriana y sorbió aire por la nariz mientras se secaba los ojos con una manga y asentía vigorosamente. Rai sonrió.

- Entonces, ¡vámonos de aquí!

Las dos salieron de la celda al pasillo donde les esperaba Deekto. El rodiano saludó a la pequeña con una inclinación de cabeza y preguntó a Rai.

- ¿Todo bien?

- Sí - contestó esta -. Salgamos de aquí.

Deekto cerró la puerta de la celda, pero no se molestó en echar la cerradura. Luego señaló en una dirección y dijo, con aire nervioso:

- Debemos ir por ahí. ¡Rápido!

Los tres fugitivos avanzaron a paso rápido por el corredor hasta llegar a una encrucijada. Allí, Deekto giró a la derecha con seguridad...

... Para encontrarse con un par de guardias gamórreos al otro extremo del pasillo.

El rodiano dejó escapar un bufido de sorpresa y dio media vuelta, empujando a Rai y a Nikki en sentido contrario.

Pero al otro extremo del pasillo estaba Finn Garth acompañado por dos soldados de asalto, un oficial imperial y un extraño tipo encapuchado. Garth les apuntaba con un blaster.

Deekto miró desesperado a su alrededor. Sólo quedaba el pasillo por el que habían venido, pero nunca podrían escapar a tiempo por él. Nikki se escondió detrás de Rai, agarrándose a su túnica.

- Vaya, vaya - dijo Garth con ironía -. Si no te conociera diría que nos quieres abandonar, Deekto.

Deekto sabía que estaba muerto. No había escapatoria posible. Y si una de sus alternativas era enfrentarse a la ira de Trobbo, la otra era una muerte con honor.

- Lo ziento, mi señora - dijo, mirando a Rai -. Oz he fallado.

Y, sin mediar palabra, desenfundó su blaster y abrió fuego hacia Garth. La acción fue tan rápida que Rai no pudo seguirla con la vista. Pero Garth ya tenía el arma desenfundada y disparó una fracción de segundo antes que Deekto. El disparo de Garth alcanzó a Deekto en el pecho y este se derrumbó hacia atrás sin un ruido. El disparo de Deekto se estrelló inofensivamente en el techo, rozando apenas a uno de los soldados de asalto que flanqueaban a Garth.

Nikki contempló al rodiano muerto con los ojos muy abiertos mientras se aferraba con más fuerza a la túnica de Rai. Esta puso la mano izquierda sobre el hombro de la pequeña, rodeándola, mientras contemplaba a los recién llegados con tranquilidad, pero sintiendo como la desesperación luchaba por adueñarse de ella otra vez.

“Para un Jedi no hay emociones, sólo hay paz”.

- Bueno, capitán - dijo Garth, enfundando su arma -. Parece que nuestro desdichado amigo quería largarse con nuestras brujitas - rió.

Garth, el capitán imperial y el encapuchado se acercaron hasta las chicas seguidos por los soldados de asalto. Cuando estuvo cerca de Rai, Garth cogió su rostro con la mano y lo hizo girar hasta que los ojos de Rai se encontraron con los suyos.

- Bien, bien, preciosa; parece que al final vamos a tener que retrasar nuestra cita.

Rai se enfureció ante el comentario y apartó la mano de Garth de su cara con un manotazo. Garth rió entre dientes.

- ¡Ya está bien de tonterías! - dijo el capitán imperial con voz fría -. ¡Andras! ¿Qué opinas?

El encapuchado alzó la cabeza para contemplar a Rai y esta pudo sentir como unas manos invisibles hurgaban en su interior. Aquel hombre llamado Andras estaba sondeándola de algún modo, invadiendo su intimidad. Rai intentó resistirse. El intento pareció complacer a Andras.

- Mmmm - susurró entre dientes.

Entonces Rai se percató de una pequeña bolsa decorada con caracteres Eldar que colgaba del costado del hombre. Era su bolsa de runas.

- ¡Esas son mis runas! ¡Devuélvemelas!

Andras sonrió y dio un par de palmaditas a la bolsa.

- ¿Quieres esto? - dijo -. ¡Oh, sí! Son unos juguetes muy interesante, niña. ¡Yo te enseñaré a sacarles todo el partido posible, sí!

Rai se calló. ¿Aquél hombre sabía utilizar las runas Eldar?

- ¿Y bien, Andras? - preguntó el capitán imperial.

- Tiene potencial, señor. Pero es aún un diamante en bruto - se detuvo, y luego prosiguió con una sonrisa cruel -. Yo puedo tallarlo.

- Bien. ¿Garth?

- ¿Capitán?

- Nos guiarás a presencia de Trobbo, su regalo nos complace pero debo verle.

- Sí, capitán.

El capitán Krooz se volvió hacia los dos soldados de asalto.

- Guardias. Llevadlas a la lanzadera.

Los dos soldados de asalto avanzaron sin una palabra. Uno de ellos agarró a Rai por un brazo.

- ¡No! - gritó esta.

El otro soldado intentó hacer lo mismo con Nikki. Pero la mente de la pequeña había estado en frenética ebullición durante toda la escena y había llegado a la conclusión de que lo mejor era escapar de allí.

Y, retorciéndose y agachándose, Nikki paso por entre las piernas del soldado de asalto y echó a correr por el pasillo por el que habían venido con Deekto.

- ¡Maldita mocosa! - gruñó Garth. Y desenfundando el blaster abrió fuego contra la pequeña.

- ¡No! ¡Nikki! - gritó Rai.

Un haz de energía chocó contra una columna, a escasos centímetros de Nikki. La pequeña se agachó y siguió corriendo.

- ¡Por todos...! - exclamó Garth.

Garth volvió a disparar contra la niña, y el segundo soldado de asalto también, aunque se entretuvo unos segundos en ajustar su arma en aturdir.

Nikki, que corría agachada, decidió súbitamente dar una voltereta y rodar por el suelo. El haz de Garth pasó por encima de ella y se estrelló contra la pared de enfrente. El disparo del soldado falló también. Sin detenerse, Nikki se incorporó y echó a correr hasta la esquina más cercana. Garth, previendo las intenciones de la niña, apuntó a la esquina y abrió fuego; pero Nikki no siguió corriendo sino que dio un salto hacia el otro pasillo como si se zambullera en una piscina imaginaria. El disparo de Garth volvió a fallar y Nikki estaba momentáneamente a salvo tras la esquina. Asustada, la pequeña no se lo pensó dos veces y echó a correr.

- ¡Demonios! - rugió Garth, y echó a correr tras de Nikki.

- ¡Corre, Nikki, corre! - exclamó Rai, mientras el soldado de asalto se la llevaba.

La pequeña sabía que no tenía escapatoria. El hombre del parche la capturaría o la dispararía enseguida si no hacía algo.

Entonces se fijó que, a ambos lados de la pared del pasillo, débilmente iluminados por las antorchas, había dos agujeros rectangulares. Nikki no sabía qué eran. No sabía su tamaño. No sabía qué habría dentro. Pero sin dudarlos dos veces se detuvo en seco y se introdujo por el más cercano.

Apenas entró en el hoyo se dio cuenta de que se trataba de un conducto de ventilación, y lo hizo cuando, al gatear un par de metros, el suelo desapareció bajo sus manos y cayó de frente. La pequeña se retorció salvajemente y logró agarrarse con una mano al borde superior, pero el impulso había hecho caer sus piernas y Nikki permaneció colgada en vilo unos instantes mientras su manita sudorosa resbalaba centímetro a centímetro. Nikki alzó la otra mano intentando auparse de vuelta pero la otra mano también resbalaba, y sus pies no encontraban asidero en el frío metal. Centímetro a centímetro resbaló hasta que sus manos perdieron contacto y cayó hacia la oscuridad con un grito. Lo último que oyó mientras caía fueron los débiles ecos de la voz de Rai.

“¡Corre, Nikki, corre!”

## Capítulo 6

Nikki se despertó pero la sensación no fue agradable, pues todo parecía indicar que se había quedado ciega. Abrió y cerró los ojos para asegurarse, pero no había ninguna luz

en aquel lugar. Estaba sentada de espaldas a una plancha metálica y sumergida hasta la cintura en un líquido maloliente.

Poco a poco recordó los recientes acontecimientos, su huida y la caída por el pozo. La caída no debió ser larga pues estaba viva, pero al caer de culo debió golpearse la cabeza contra el metal y perder el sentido.

A medida que meditaba en silencio se dio cuenta de que había luz pese a todo. Era muy débil, tan débil que apenas si se la podía denominar luz. Pero Nikki consiguió ver un estrecho sendero iluminado entre el negro metal. Temblando de miedo, la pequeña avanzó a gatas por el estrecho tubo, chapoteando en aquel cieno y arrastrándose hacia la luz. De vez en cuando podía notar pequeñas cosas chapoteando en la oscuridad junto a ella pero, apretando los dientes, siguió adelante.

A medida que avanzaba podía notar como la luz aumentaba y finalmente se dio cuenta de que esta luz provenía de una rejilla situada en el techo a unos metros por delante de ella. Nikki llegó hasta la rejilla y comprobó que estaba situada en el suelo de una sala del palacio. Aquel tubo tenía que ser parte del sistema de alcantarillado.

Nikki observó el exterior como pudo y comprobó que la estancia exterior estaba desierta. Examinó la rejilla y se dio cuenta de que no estaba muy bien sujeta, pero no podría moverla sin más. La pequeña meditó sus opciones durante unos segundos: era arriesgarse a hacer ruido y salir de allí o bien seguir adelante por aquella oscura alcantarilla...

Instantes después Nikki apoyó la espalda contra la rejilla, sus rodillas flexionadas, e hizo fuerza hacia arriba estirando las piernas. Tras un par de intentos la rejilla se desprendió con un chasquido y se deslizó sobre el suelo de piedra con un rechinar metálico. Nikki se incorporó y agarró la rejilla para detenerla. Salió de la alcantarilla a toda velocidad y volvió a poner la rejilla en su sitio lo mejor que pudo.

No parecía haber nadie cerca, nadie la había oído; pero no quiso tentar a la suerte. Echó un vistazo a su alrededor y se decidió por un pasillo, lanzándose a toda velocidad por él.

Y al doblar la primera esquina se dio de bruces contra las piernas de un par de guardias.

- ¿Pero qué...? - exclamó uno de ellos.

Nikki sintió que el corazón se le iba a salir por la boca. Miró hacia arriba a toda velocidad y vio a dos hombres envueltos en capas oscuras que la observaban entre sombras. Sin mediar palabra se dio la vuelta e intentó echar a correr, pero el hombre contra el que había tropezado la sujetó por el cuello de la camisa.

- ¡Eh, eh! ¡No tan deprisa, piojo!

Nikki forcejeó sin poder escapar. El hombre le agarró un brazo para darle la vuelta pero Nikki se giró antes y le dio una patada.

- ¡Suéltame, animal!

- ¡Yow! - gritó el hombre, soltando a la pequeña.

- ¿Eh? - exclamó el segundo hombre.

Nikki, libre de la presa del desconocido, echó a correr en dirección contraria a aquella por la que había venido.

- ¡Nikki! - exclamó el segundo hombre.

La pequeña se detuvo en seco. Aquella voz...

- ¿Nikki? - preguntó el primer hombre, doliéndose de la patada.

Nikki se dio la vuelta temblando.

- No me digas que no reconoces a Nikki pese a la capa de mugre que lleva encima, Ender.

- ¿Que no re...?

Los ojos de la pequeña Nikki se dilataron hasta casi salirse de las órbitas para, a continuación, llenarse de lágrimas. Los milagros existían. Allí estaban su tío Ender y su tío Keyan.

- ¡Tío Ender! ¡Tío Keyan!

Nikki echó a correr hacia Ender, que era el más cercano, y saltó hacia él. Ender, que estaba haciendo equilibrios sobre una pierna, doliéndose de la patada, se vio sorprendido por la menuda masa de barro y lágrimas que se le echaba encima y cayó al suelo con la niña encima.

- ¿Pero qué demonios...? - exclamó asombrado, sin dar crédito a sus ojos.

- Que me aspen... - dejó caer Keyan, sonriendo, pero igual de asombrado que su compañero.

Nikki sollozaba abrazada a Ender. La emoción no le permitía articular ninguna palabra. Al cabo de unos instantes, Ender tomó su cabecita entre sus manos y le miró a los ojos.

- Pero, Nikki, ¿qué haces tú aquí? - y luego, llevándose una mano a la nariz, añadió - ¿y dónde demonios te has metido últimamente?

Keyan se arrodilló junto a ellos y acarició el pelo de la niña.

- ¿Qué ocurre, cariño? Cuéntanoslo todo. ¿Dónde está la tía Rai?

Ante la mención de Rai, Nikki se calmó y les contó lo sucedido en los últimos días de modo frenético y atropellado: el viaje en el Daga Refulgente, el ataque pirata, la prisión... Ender y Keyan, confusos y asombrados, tuvieron que interrumpirla varias veces para retomar el hilo de la historia o aclarar algún punto confuso.

- ¡... y yo me escapé y me caí por el pozo y caí en una alcantarilla! - explicaba Nikki muy excitada -. ¡Pero se quedaron con la tía Rai y se la deben haber llevado con ellos! ¡Tenemos que salvarla! ¡Tenemos que...!

- Calma, Nikki - dijo Ender con voz sombría mientras la tomaba por los hombros -. Todo está bien. Rescataremos a la tía y nos iremos de aquí. ¿Keyan? - añadió sin volverse.

- Sí - contestó el aludido a sus espaldas -. Ese motivador va a tener que esperar.

- Bueno, también - dijo Ender poniéndose de pie -. Pero no iba a decir eso - desenfundó su blaster -. Creo que ha pasado la hora del sigilo.

- Yo también lo creo - concluyó Keyan con seriedad.

- Vayamos a las pistas de aterrizaje - dijo Ender -. Si la tienen los imperiales la encontraremos allí. ¡Vamos! Nikki...

- Dime, tío.

- Perdona por haberte llamado piojo, ¿eh?

- No pasa nada, tío - contestó Nikki con una gran sonrisa -. Ya te he dado una patada, ¿recuerdas?

Ender sonrió y asintió. Cogió a la niña en uno de sus brazos y los tres salieron de allí corriendo.

Trobbo, el Hutt; señor de Noladshei, esperaba en su trono la llegada del capitán Krooz y su escolta a través del largo patio que constituía su salón del trono. El largo trecho que separaba las puertas de la sala del trono donde reposaba estaba pensado para intimidar a los visitantes, que debían caminar un largo hasta llegar a su presencia sintiéndose observados todo el rato por Trobbo y sus secuaces; pero el Hutt dudaba de que la caminata tuviera el menor efecto sobre el oficial imperial.

Trobbo odiaba a los Imperiales y su maldita arrogancia. El Imperio jamás había osado meter sus narices en este sector galáctico más de lo debido y eso le había ayudado a levantar su organización sin interferencias. En los últimos meses, sin embargo, con la traición del Almirante Harkov, la actividad imperial en el sector había disminuido aún más al verse obligado el Imperio a desplazar sus fuerzas para proteger otros puntos más valiosos. Sin embargo, parte de las fuerzas de Harkov se encontraban ocultas en las

Regiones Desconocidas y Krooz había aprovechado la situación para hacerse con el control de Mom Pracei.

Desde allí, Krooz se había puesto en contacto con él para ofrecerle un trato: la Flota de Harkov necesitaba ingentes cantidades de materia prima para cubrir sus necesidades de quadanium para fabricar nuevas naves que llevar a la batalla y Noladshei era rico en estos componentes. Krooz no podía permitirse montar una estación extractora en Noladshei sin llamar la atención y ofreció a Trobbo la posibilidad de usar de uno de sus cruceros interdictores, no apto para un combate en regla con la Flota Leal Imperial, a cambio de cargamentos de mineral.

Trobbo aceptó. Mediante sus esclavos y androides, y empleando maquinaria imperial, podían extraer los minerales sin apenas gastos; y mediante el crucero de interdicción había conseguido saquear muchas naves de línea y mercantes haciéndose con un sustancioso botín.

Sin embargo, la extracción de mineral no era todo lo rápida que a Krooz le gustaría y sin duda ahora venía a recordárselo. Trobbo esperaba con curiosidad oír las amenazas con las que el capitán imperial esperaba amedrentarle.

En lo alto de una gran balaustrada desde la que se dominaban varios de los patios interiores que conformaban la guarida de Trobbo, Ender, Keyan y Nikki observaron llegar al grupo formado por Krooz, Andras, Rai, Garth y dos soldados imperiales. Al llegar a una intersección de caminos, el grupo se detuvo y una escuadra de soldados de asalto imperiales apareció desde el interior de una arcada para unirlos. Krooz se dio la vuelta y habló con Andras quien agarró a Rai por un brazo y se la llevó hacia la arcada por la que había surgido la escuadra, seguido por los dos primeros soldados.

Keyan había presentido la presencia de su hermana y no se equivocó al guiarles hasta allí. Cuando observó la rudeza con que aquel encapuchado trataba a su hermana, no pudo evitar apretar los dientes y contuvo un impulso irresistible de saltar al patio y enfrentarse a los imperiales.

Krooz y su escolta siguieron avanzando hasta perderse de vista debajo de los arcos sobre los que se encontraban Ender y compañía. Andras desapareció también por la otra arcada. Sin duda se dirigía a una lanzadera para subir a bordo del Destructor Estelar.

- ¡Tenemos que hacer algo, Ender! - dijo Keyan agarrando a Ender del brazo.

- Mmmm - musitó este.

Keyan no solía perder la calma, pero no estaba dispuesto a perder a su hermana por segunda vez por culpa del Imperio.

- Voy a ir a rescatarla, Ender - dijo poniéndose en pie.

- ¡Siéntate, chico! - gruñó Ender mientras le agarraba de un brazo y detenía su movimiento -. ¿No eres tú siempre el que me pide prudencia a mí?

Keyan asintió de mala gana y se sentó en cuclillas.

- Por desgracia - continuó Ender -, creo que no tenemos muchas alternativas. Nikki...

La pequeña dio un respingo al oír su nombre.

- ¿Sí, tío?

- Vamos a tener que salir de aquí muy deprisa porque va a haber mucho jaleo. Necesitamos el Anaconda, pero no está aquí. Hay que llamarle y quiero que te encargues de ello.

- ¿Yo? Pero...

Ender entregó un pequeño localizador a Nikki.

- Este localizador emite una secuencia codificada que activará el piloto automático del Anaconda y lo guiará hasta aquí, pero necesita ser usado en su sitio despejado. ¿Ves aquella torre de alta de allí? - añadió, señalando un alto pináculo que se alzaba al otro lado del patio.

La pequeña asintió, un poco nerviosa. Keyan frunció el ceño: no le gustaba mucho la idea, pero ¿qué otra cosa podían hacer? No podían arrastrar a la niña a un combate con las tropas imperiales.

- Tienes que llegar a ella y llamar al Anaconda desde allí. Confío plenamente en ti, Nikki. Sé que podrás hacerlo. Además, allí estarás a salvo durante la pelea y nos reuniremos contigo. ¿Te crees capaz de hacerlo?

Nikki asintió, mirando al suelo; el emisor en su mano. La pequeña temblaba un poco.

- ¿Tienes miedo? - preguntó Ender sonriendo.

- N... no - contestó la pequeña sin atreverse a mirarle a la cara.

- No hay nada malo en tener miedo, Nikki - dijo Ender -. Yo mismo he tenido miedo a veces. El verdadero valor consiste en saber superar el propio miedo, y tú eres una niña valiente.

Nikki permaneció callada unos instantes y acabó diciendo:

- Bueno... un poco de miedo sí que tengo.

Ender sonrió aún más y le revolvió los cabellos con la mano.

- Pero deberás esconderte bien para que no te capturen de nuevo.

- Tengo una idea para eso - dijo Keyan -. Quítate la capa, Ender.

- ¿Qué pretendes?

- Tú quítatela.

Ender obedeció. Keyan cogió la capa y se la puso a Nikki cubriéndole la cabeza con la capucha. Luego tomó con una mano el exceso de tela y lo desgarró arrojándolo al suelo.

- ¿Qué te parece? - preguntó - ¡Aquí tenemos a un inofensivo Jawa que podrá colarse en cualquier parte sin ser molestado!

Ender abrió mucho los ojos y luego torció el gesto.

- No sé - terminó diciendo -. Es una idea tan estúpida que puede que funcione.

- Gracias - contestó Keyan sonriendo.

- Bueno, Nikki - dijo Ender poniendo las manos en los hombros de la pequeña -. Dependemos de ti. ¡Corre y mucha suerte!

- Sí, tío. ¡Hasta luego!

La pequeña se alejó corriendo pero sin darse demasiada prisa. Después de dar unas docenas de pasos, se detuvo y se dio la vuelta para mirar a Ender y a Keyan. Este último hizo un gesto de despedida con la mano. Nikki volvió a darse la vuelta y se marchó corriendo por un pasillo.

- No me gusta mucho esto, Ender - dijo Keyan mientras la observaba alejarse.

- A mi tampoco, pero la alejaré de los tiros.

- ¿Qué has pensado?

- Ve tras Rai. Alcanza a esos tipos y rescátala.

- ¿"Rescátala"? Y tú, ¿qué vas a hacer?

- Necesitaras cobertura. Voy a crear una distracción que garantice que te dejarán en paz.

- Oh, oh...

- Tranquilo, chico - dijo Ender con una sonrisa dura en los labios -. Confía en mi. ¡Y vete ya o meterán a tu hermana en algún transporte y se acabó!

Keyan miró a su amigo unos instantes con gesto serio, dudando sobre lo que hacer a continuación.

- Ender... - dijo entonces -. Te recuerdo que sin un motivador de hiperimpulso nuevo no podremos salir de aquí.

- No lo he olvidado. ¿Quieres largarte ya?

Keyan apretó los labios y asintió. Dio una palmada en el hombro de Ender y se levantó echando a correr en dirección a unas escaleras que conducían al piso inferior.

- ¡Eh, Keyan! - gritó de repente Ender.

Keyan se detuvo en seco y se dio la vuelta. Ender le arrojó un objeto esférico que atrapó entre las manos casi por casualidad.

- No confío en las armas antiguas y menos aún en ese sable de luz que llevas. Si te ves en apuros usa esa granada.

- ¿Granada? - exclamó Keyan sintiendo como una ola de frío recorría su columna mientras aferraba con fuerza el pequeño objeto para evitar que se le cayera de las manos.

Ender le dedicó una sonrisa maliciosa y desapareció por una puerta lateral.

Krooz llegó a los pies del Hutt, escoltado por la escuadra de soldados de asalto. Finn Garth se separó del grupo y se puso de pie detrás de Trobbo.

- <¡Ah, capitán Krooz!> - exclamó Trobbo en huttés en un intento claramente cauteloso de insultar al oficial imperial - <¡Nos honráis con vuestra visita! ¿Marcha todo a vuestro gusto?>

Krooz hizo caso omiso de la provocación y, cruzando los brazos en el pecho encaró al obeso hutt.

- No, Trobbo; no marcha todo a mi gusto. Tus envíos de mineral se retrasan y no son lo suficientemente grandes.

- <Hemos tenido algunos problemas en las minas> - contestó el hutt sin amedrentarse - . <Pero sin duda estaréis satisfecho con la calidad de los envíos. ¿No es así>

- El mineral es bueno, pero me parece que no te estás esforzando lo suficiente, Trobbo.

- <Oh, capitán; debe comprender que estoy trabajando con unos márgenes muy estrechos. Si no...>

- ¡No me vengas con cuentos, Trobbo! - replicó Krooz en un tono frío y seco -. Creo que en el pasado he demostrado suficiente generosidad contigo al ofrecerte en bandeja el uso de un crucero interdicator. Has tenido la oportunidad de obtener el favor del Almirante Harkov, hutt, no lo estropees ahora.

Trobbo abrió los ojos de par en par y se revolvió en su trono. Tras él, Finn Garth se llevó la mano a la cartuchera en un gesto imperceptible.

- <¿Se está atreviendo a amenazarme en mi palacio, capitán?> - gruñó Trobbo intentando mantener la calma.

El capitán Krooz intentó responderle, pero en ese momento una de las paredes del patio estalló en pedazos y el palacio entero pareció venirse abajo entre un estruendo infernal.

## Capítulo 7

Unos instantes antes, Ender terminó de subir las escaleras que llevaban al techo del palacio y se detuvo, jadeante, para echar un vistazo a su alrededor. A su izquierda, a unos cien metros, había un pequeño cañón turboláser custodiado por un guardia.

Justo lo que esperaba.

Ender echó a correr hacia él. El guardia, al ver llegar a Ender, se levantó y desenfundó su pistola. Ender, sin dejar de correr, le gritó, alzando los brazos.

- ¡Ordenes de su excelencia! ¡Los imperiales nos han traicionado! ¡Debemos destruir sus naves para retener aquí a su capitán como rehén!

El guardia bajó el arma y miró extrañado a Ender. Con una mano apartó las telas que cubrían su rostro para hablar a Ender.

- ¿Qué estas diciendo?

- ¿No me has oído? - repitió Ender - ¡Tenemos que destruir los transportes imperiales! ¡Esos cerdos quieren acabar con el amo!

El guardia frunció el ceño.

- Nadie me ha comunicado nada de esto. ¿Quién eres tú?



Ender apretó los labios y endureció el mentón. Entonces, en un movimiento demasiado rápido para ser seguido, desenfundó su blaster y metió el cañón del arma en la boca del asombrado guardia.

- Soy el Doctor Amor, tío listo - dijo Ender muy lentamente -. ¡Ahora apunta este maldito cacharro a ese transporte de ahí abajo y dame tu comunicador!

El guardia obedeció asustado. Ender manipuló el comunicador y habló por él.

- A todos los artilleros. Nuestro señor, Trobbo, el hutt, ha sido traicionado por los imperiales. Debemos impedir que escapen destruyendo todos sus transportes. Apuntad a las naves y esperad mi señal.

El guardia terminó de apuntar el cañón y miró nervioso a Ender. Este observaba cómo los artilleros cumplían sus órdenes sin dejar de apuntar al guardia. El hecho de estar empleando una frecuencia privada había contribuido a que los artilleros de Trobbo se tragaran la historia. Cuando pudo comprobar que todos los cañones estuvieron listos, y algunos artilleros, extrañamente disciplinados, le estaban enviando confirmación de sus órdenes, Ender dio la señal.

- ¡Fuego!

Todas las piezas abrieron fuego simultáneamente. En las pistas de aterrizaje, los transportes de carga y las lanzaderas de asalto estallaron en medio de una tormenta de fuego para asombro de los desprevenidos imperiales. Uno de los transportes, que estaba empezando a elevarse, fue cogido en medio de la deflagración y la onda expansiva lo arrojó contra una de las paredes del enorme hangar. El transporte estalló y la explosión hizo detonar unos barriles de combustibles que estaban cerca de allí con lo que toda la pared se vino abajo. La pista se había convertido en un infierno llameante.

- ¡Preparados para el contraataque! - exclamó Ender por el comunicador -. ¡Vigilad el cielo! -. A continuación volvió a cambiar de frecuencia - ¡Alerta Roja! ¡Estamos siendo atacados por los imperiales! ¡Alerta Roja!

Tras ello, apagó el comunicador y lo arrojó al suelo.

- Lo has hecho muy bien, chico - añadió, mirando al guardia, y le propinó un fuerte puñetazo con el blaster.

Los imperiales que habían sobrevivido en la pista no se habían quedado parados, y empezaron a devolver el fuego contra los secuaces de Trobbo. Ender echó un vistazo abajo, sonrió y se alejó de allí por donde había venido.

Aún tenía mucho que hacer.

Apenas hubo estallado la pared, la escolta de Krooz formó una burbuja defensiva en torno a él. Trobbo empezó a gritar órdenes, preguntando qué estaba sucediendo. Tras él, Finn Garth desenfundó su blaster y comenzó a hablar por un comunicador.

El capitán Krooz recibió en aquel mismo momento un mensaje del Sombra Gris: los transportes que estaban estacionados en el palacio habían sido destruidos por las baterías turboláser de Trobbo, al igual que las lanzaderas de asalto y su lanzadera personal. Furioso, Krooz cortó la comunicación y desenfundó su arma.

- ¡Trobbo, gusano inmundo! ¡Debí esperar esto de ti! - exclamó a la vez que abrió fuego contra el hutt.

Pero Trobbo no estaba desprotegido. No se llega a ser un señor del crimen sin reservarse uno o dos trucos en la manga. El disparo de Krooz, perfectamente dirigido contra la sebosa masa del hutt, impactó de lleno contra un escudo personal de protección. Krooz apretó los dientes en un gesto de ira y volvió a disparar.

Trobbo, alarmado, comenzó a gritar ordenes. El escudo no resistiría mucho. Debía salir de allí. Uno de los guardias de Trobbo abrió fuego contra el capitán Krooz, pero acertó a un soldado de asalto que se desplomó al suelo con la armadura humeante. Otro soldado devolvió el fuego y acabó con el guardia. La escuadra de soldados de asalto imperiales adoptó posición de defensa y abrió fuego contra los guardias de Trobbo a la vez que

retrocedía hacia posiciones más seguras defendiendo al capitán. Krooz seguía disparando contra Trobbo.

- <¡Garth!> - rugió Trobbo, cada vez más asustado al comprobar que su escudo empezaba a debilitarse -. <¡Garth! ¿Dónde te metes? ¡Haz algo y sácame de aquí, maldito seas!>

Pero Finn Garth no era ningún estúpido. En el preciso instante en que comenzó el tiroteo comprendió que todo estaba perdido. Había un Destructor Estelar y un Crucero de Interdicción en órbita. aún cuando consiguieran derrotar a los imperiales en tierra, nada podrían contra las baterías turboláser del Sombra Gris, de modo que el lugarteniente del hutt disparó un par de veces contra los imperiales y se refugió detrás del trono de Trobbo.

Mientras los haces láser danzaban a su alrededor, Garth evaluó sus posibilidades y elaboró un plan de huida. Dio un par de órdenes por su comunicador para solicitar refuerzos y esperó disparando de vez en cuando contra los imperiales e ignorando los gritos de Trobbo. En cuanto aparecieron nuevos guardias en el patio, Garth comenzó la huida. A gatas primero, y luego corriendo, dejó atrás el trono de Trobbo, quien gesticulaba cada vez más desesperado, y salió por una puerta trasera dejando la batalla tras de sí.

A bordo del Destructor Estelar Sombra Gris, el teniente Xeron esperaba con impaciencia la confirmación de su mensaje.

- Señor - anunció un oficial de comunicaciones -. El capitán Krooz ha acusado recibo del mensaje pero no contesta. He podido captar ruidos parecidos a descargas láser antes de perder comunicación.

Xeron puso su mente en funcionamiento a toda velocidad. En ausencia de Krooz, él era el capitán del Sombra Gris. Había esperado ascender deprisa y llegar a comandar su propio Destructor Estelar, pero no deseaba lograr un ascenso a costa de la muerte de su capitán. Al menos aún no.

Así, activó el comunicador principal del puente.

- ¡Alerta roja a todas las cubiertas! ¡Estamos siendo atacados! ¡Capitán Torkel!

El capitán del Interdictor Paladín apareció frente a Xeron en una transmisión holográfica.

- ¿Sí, teniente?

- El capitán Krooz y nuestras fuerzas de tierra están siendo atacadas. Yo estoy al mando del Sombra Gris. Active sus generadores de pozo de gravedad para impedir que el Interdictor que entregamos a esa escoria, o cualquier otra nave, pueda huir al hiperespacio y prepare sus baterías.

- Esta bien, teniente.

- ¿Cubierta de vuelo?

- ¿Señor? - contestó una voz por los altavoces.

- Quiero que dos grupos de vuelo de bombarderos TIE despeguen ahora mismo con escolta para eliminar las baterías láser de ese hutt. Tienen dos minutos. Deberán despejar el camino para que una lanzadera clase lambda baje a recoger al capitán Krooz.

- Sí, señor.

- Preparen las baterías de iones - anunció al puente, acto seguido -. Vamos a inutilizar y recuperar a ese Interdictor.

La tripulación del Sombra Gris se puso manos a la obra. En las pantallas tácticas, Xeron pudo observar cómo los grupos de bombarderos Gamma y Delta, seguidos de cerca por el grupo TIE Alpha, despegaban rumbo a la superficie de Nolashei. Por la pantalla visora del puente pudo ver como el Paladín maniobraba para proyectar sus generadores de campo sobre el maltratado Interdictor del hutt.

Si aquella era la sensación del poder, Xeron descubrió que le gustaba mucho.

Nikki, envuelta en aquella gruesa túnica que le sobraba por todos los lados, avanzaba como podía rumbo a la torre que le había indicado el tío Ender.

De momento no se había topado con nadie, lo cual era una suerte, pues no sabía muy bien qué hacer si alguien le decía algo. En particular daba gracias de no haberse encontrado con ningún Jawa. Nikki había visto Jawas en la estación Corina, cuando era pequeña, y sabía que a nadie le gustaba hablar con ellos; pero si se encontraba con alguno, podía estar segura de que el pequeño chatarrero buscaría conversación.

El pasillo por el que avanzaba corría sobre un amplio patio y podía divisar la torre entre los arcos del pasillo. Gracias a ello sabía que iba en buena dirección. Nikki llegó a un punto donde el pasillo terminaba en un par de escaleras. Unas subían y las otras bajaban. Nikki no estaba muy segura de cual era el camino correcto, pero subir le pareció más apropiado que bajar. De modo que empezó a subir peldaños, cuando un terrible estruendo detrás de ella le hizo dar un buen salto.

El ruido, explosiones sin duda, duró unos eternos segundos y acabó desapareciendo. Pero fue sustituido por ruido de voces y carreras. Algo malo había pasado.

De pronto oyó muchas voces por encima de ella y vio a un grupo de guardias que bajaban las escaleras corriendo. Nikki se asustó mucho, pensando que venían a por ella e intentó encontrar un refugio donde esconderse; pero en medio de las escaleras no había refugio posible, de modo que se apretó contra la pared y cerró los ojos.

Los guardias bajaron corriendo sin prestarle atención, pero uno de ellos le dio un golpe al bajar y el transmisor de Ender cayó de sus manos sobre las escaleras.

Nikki abrió mucho los ojos y se llevó las manos a la boca para ahogar un grito de miedo. El grupo de guardias desapareció escaleras abajo, pero de nuevo se oyeron voces: más guardias bajaban. La pequeña se abalanzó sobre el transmisor justo cuando el nuevo grupo de guardias apareció bajando las escaleras a grandes zancadas. Uno de los guardias estuvo a punto de destrozar el transmisor con su bota. Nikki logró agarrarlo y se retorció, aplastándose como pudo contra la pared. El grupo de guardias descendió, prestándole menos atención aún que el primero, pese a que más de un guardia tropezó con ella.

Cuando el alboroto pareció desaparecer, Nikki se atrevió a abrir los ojos de nuevo. Estaba recostada contra la pared y apretaba con todas sus fuerzas el transmisor contra su pecho.

Temblando, Nikki se puso en pie y miró escaleras arriba. Ya casi estaba. Las palabras del tío Ender acudieron a su cabeza: “El verdadero valor consiste en saber superar el propio miedo, y tú eres una niña valiente”.

Apretando los dientes, Nikki agarró con más fuerza el transmisor y corrió escaleras arriba.

Keyan descendió hasta el patio por el que había visto desaparecer a Rai y se encaminó a toda prisa hacia la puerta por la que había desaparecido, prisionera de los imperiales. Se habían entretenido mucho discutiendo y tenía miedo de que cuando lograra alcanzarles se les hubieran unido más soldados, o hubieran llegado a las pistas.

Avanzó corriendo por un largo pasillo vacío iluminado por globos fosforescentes que teñían las paredes de un verde mohoso y acabó llegando a una gran sala en la que parecían almacenarse todo tipo de suministros y repuestos.

Y frente a él, encaminándose a otra puerta, pudo ver a Rai acompañada por aquel encapuchado y por los dos soldados de asalto.

Keyan comenzó a pensar a toda prisa: en la sala había guardias de Trobbo, y si abría fuego contra los imperiales podía estar seguro de que debería enfrentarse también a ellos. Eran demasiados, y Rai podría resultar herida. Gruesas gotas de sudor empezaron a cubrir su frente mientras reducía la marcha y se limitaba a caminar tras del grupo.

En ese momento, la sala pareció venirse abajo entre detonaciones. Algunos guardias cayeron al suelo y Keyan observó como el grupo de Rai se detenía y miraba en todas direcciones intentando averiguar lo sucedido. Una voz retumbó de súbito por unos altavoces ocultos en las paredes:

- ¡Alerta Roja! ¡Estamos siendo atacados por los imperiales! ¡Alerta Roja!  
¡Ender, por supuesto!

No cabía duda de que la hora del sigilo había pasado. Una idea cruzó como un relámpago por su cabeza. Keyan cogió la granada que le había tirado Ender y echó a correr hacia Rai. Se concentró mientras lo hacía y extendió la mano hacia delante en un gesto brusco con la palma extendida. Como resultado, Rai se vio golpeada por una fuerza desconocida que la lanzó hacia delante y la arrojó al suelo. A su lado, Andras detectó la fluctuación en la Fuerza y dio un salto hacia delante deteniéndose en seco.

Keyan, sin dejar de correr, activó la granada y la lanzó a la izquierda del grupo de imperiales, lejos de Rai. Andras se dio la vuelta y vio al joven que se acercaba corriendo. Los dos guardias también comenzaron a darse la vuelta... cuando la granada estalló.

Uno de los guardias recibió el impacto de lleno y se desplomó. El otro quedó momentáneamente aturdido, aunque acertó a levantar su blaster contra la figura que se acercaba corriendo. Pero no fue lo suficientemente rápido. Keyan activó su sable láser y le cortó en dos. El soldado cayó al suelo y Keyan se detuvo contemplando a Andras.

Este retrocedió un paso.

- Jedi... - dijo en un susurro, entrecerrando los ojos.

En la sala, los guardias de Trobbo echaron a correr alejándose de allí sin orden ni concierto. Si alguno se extrañó de ver a Keyan allí, no puso la menor objeción. Después de todo estaba enfrentándose a los imperiales.

Rai se incorporó, sentándose en el suelo, y sacudió la cabeza aún aturdida por la explosión. Entonces vio la túnica de Andras a su lado y levantó la cabeza para observarle. El Adepto Oscuro estaba mirando detrás suyo. Rai siguió la dirección de su mirada... y sus ojos se encontraron con los de Keyan.

Rai abrió la boca y dejó escapar un suspiro ahogado. Miles de preguntas acudieron a su cabeza, que empezó a dar vueltas de repente. ¿Era aquello un sueño? ¿Una ilusión?

- ¿Estás bien, Rai? - preguntó Keyan dirigiéndole una mirada fugaz pero sin apartar la vista de Andras.

- Keyan, ¿eres tú? - acertó a balbucear Rai.

- Que no te quepa duda de ello - respondió Keyan con una imperceptible sonrisa.

Andras miró a Rai y volvió a centrar su atención en Keyan.

- Un Jedi... - repitió -. En este tiempo y lugar...

Keyan entrecerró los ojos centrando su atención en aquel extraño tipo. Andras volvió a susurrar, esta vez con una extraña sonrisa en los labios.

- Vivimos en tiempos interesantes, ¿no es así...?

## Capítulo 8

Keyan y Andras permanecieron observándose en silencio durante unos segundos. Andras parecía contento, casi divertido. Keyan le observaba con seriedad, la espada de luz ionizando el aire en su mano; había algo extraño en aquel hombrecillo. Rai, sentada en el suelo, miraba a ambos sin atreverse a hablar. Alrededor de ellos, los secuaces de Trobbo habían dejado vacía la estancia y, ocasionalmente, trozos de yeso y mampostería caían de las paredes sacudidas por las esporádicas explosiones que tenían lugar en el exterior.

- ¿No irás a atacar a un hombre desarmado? - preguntó Andras a Keyan, rompiendo el silencio.

Keyan levantó un poco la cabeza, como sopesando la situación. Luego giró la cabeza en dirección a Rai, pero sus ojos no dejaron de observar al encapuchado.

- Claro que no - contestó Keyan apagando el sable de luz. Luego miró a Rai -. Levántate, Rai. Nos vamos de aquí.

Keyan tendió una mano a su hermana para ayudarla a levantarse. La risa de Andras le interrumpió. No era una risa alegre.

- ¡Qué noble! - rió Andras -. ¡Qué patético!

- Keyan, ten cuidado - empezó a decir Rai -. El es...

Keyan se detuvo y se separó un paso de Andras

- ¿Sientes la Fuerza? - preguntó Keyan a Andras, quien seguía riendo entre dientes.

- ¿Sentirla? - dijo este entre risas - ¡La controlo, iluso!

- ¿Eres un Jedi? - preguntó Keyan con recelo, pero la respuesta parecía evidente.

- ¿Jedi? - rió Andras -. El camino del Jedi es el camino de la derrota. ¡Veamos cuán poderoso eres en verdad!.

Y, diciendo esto, Andras señaló a Keyan con un dedo. Este se puso rígido de repente.

- Tu hermana es un diamante en bruto que se puede tallar, "Jedi" - dijo Andras, pronunciando con desprecio la palabra "Jedi" -. Pero tú puedes ser peligroso... tú debes ser el que huyó de Mom Pracei y rompió mi presa mental... - Andras calló durante dos segundos mientras parecía concentrarse. Luego pronunció con voz fría una única palabra -: ¡Mátate!

Entonces, ajenos a la voluntad de Keyan, los dedos de su mano derecha se movieron sobre la empuñadura del sable de luz, haciéndolo girar. Su pulgar encontró el botón de activación y la espada se encendió con un zumbido.

Andras hizo otro gesto y el brazo de Keyan se movió, intentando acerca la hoja láser del sable al cuello de Keyan. Pero Keyan no era una presa fácil. Sus víctimas anteriores habían sido hombres normales, incapaces de resistir a sus habilidades del Lado Oscuro, pero este era un aprendiz de Jedi, y su entrenamiento podía ayudarlo a resistir... pero acabaría sucumbiendo y Andras reforzó su presa mental.

Gruesas gotas de sudor perlaron la frente de Keyan; aún en trance, cogido por sorpresa por el repentino ataque del Adepto Oscuro, conservaba su consciencia aunque no el control de su cuerpo. Su maestro le había comentado la posibilidad de alterar la Fuerza para producir un control telequinético de otra persona. Conocía el poder, pero nunca lo había practicado pues no eran tales los caminos del Jedi. Keyan hizo acopio de toda su fuerza de voluntad para rechazar la intrusión de Andras, pero resistiendo como estaba no podía pensar en una salida a la situación, sólo podía resistir, mientras la verde hoja del sable de luz se acercaba más y más a él.

Rai observaba con angustia el duelo sin palabras entre su hermano y el Adepto Oscuro sin saber qué hacer ni cómo ayudar. Pensó en golpear a Andras o empujarle para hacerle perder la concentración, pero ella no tenía suficiente fuerza ni estaba entrenada en las artes del combate. Varias explosiones fuertes se dejaron oír en ese instante cuando los grupos de bombarderos TIE enviados desde el Sombra Gris expulsaron su primera salva de detonadores térmicos de caída libre en las proximidades del palacio, alcanzando varios blancos. Rai se sobresaltó ante las explosiones, pero ni Andras ni Keyan variaron su actitud en lo más mínimo. Rai observó al Adepto, intentando desesperadamente encontrar una manera de ayudar a Keyan. Andras sudaba casi tanto como Keyan; era evidente que la batalla no era sencilla para ninguno de los dos.

Entonces Rai se percató de un detalle: Andras mantenía su mano derecha extendida hacia Keyan a fin de proyectar su poder sobre él, pero la mano izquierda no reposaba, sino que estaba metida en su bolsa de runas Eldar. Keyan le había comentado que las runas parecían absorber la Fuerza y retenerla en su interior. ¿Sería posible que Andras estuviera empleándolas como fuente de poder? Rai pasó del asombro al enojo: Andras estaba pervirtiendo la esencia de las runas Eldar empleándolas para fines malignos.

Frente a él, Keyan seguía luchando pero la espada estaba cada vez más cerca de él. Rai se puso en pie con decisión y agarró la bolsa de runas arrancándosela a Andras de un tirón.

- ¡Devuélveme las runas de mis maestros, jigekai! - exclamó Rai dando un fuerte tirón.

La correa de la bolsa cedió con facilidad y el pequeño objeto de cuero y su contenido pasaron a manos de Rai. La mano de Andras pareció aferrar el vacío durante unos segundos y luego se abrió dejando caer al suelo un puñado de runas.

- ¡No! - gritó Andras - ¡Maldita seas!

La acción de Rai rompió el contacto entre Keyan y Andras. Keyan dio dos pasos hacia atrás, sacudiendo la cabeza como si saliera de un sueño. Andras se giró y contempló a Rai con odio.

- ¡Devuélveme esa bolsa, perra! - exclamó, y golpeó a Rai con el dorso de la mano arrojándola al suelo.

Keyan volvió en sí justo a tiempo de ver a Andras golpear a Rai. La conciencia de la realidad volvió a él de golpe, como una explosión de hechos e imágenes en su cerebro; pero sus sentidos sólo le informaban de dos hechos muy claros: aquel siervo del Lado Oscuro estaba golpeando a Rai; la espada de luz estaba en su mano, encendida.

Una roja furia se apoderó de Keyan.

Andras pudo sentir la ira en su adversario. En condiciones normales aquello habría sido deseable: el muchacho era un aprendiz y estaba atravesando la fase más crítica y peligrosa de su entrenamiento Jedi; pero en aquellos instantes, la ira significaba peligro.

Con el rabllo del ojo, Andras pudo ver como Keyan empuñaba su sable de luz con ambas manos. El Adepto Oscuro apenas si tuvo tiempo para soltar a Rai y retroceder de un salto mientras Keyan golpeaba con su espada. El mandoble impactó contra el suelo de piedra arrancando guijarros del mismo por el impacto.

Andras retrocedió varios pasos. Keyan le siguió con la mirada y levantó su sable de luz, dispuesto a golpear de nuevo. Esta vez no fallaría. Andras comenzó a sudar, sabedor de aquello.

- ¡Keyan, no! - exclamó Rai.

La voz de Rai sorprendió a Keyan y le sacó de aquel estado de furia inconsciente en que se hallaba. Keyan volvió a ser dueño de sus actos, pero el odio que sentía hacia aquel hombrecillo encapuchado no había disminuido en absoluto. Keyan detuvo su movimiento de ataque pero permaneció contemplando con enojo a Andras, sin apagar su sable de luz.

Entonces Keyan sintió una mano en su hombro y pudo oír la voz de su hermana junto a él.

- Esta desarmado, Keyan - dijo Rai con dulzura -. Déjale y vayámonos de aquí.

Las palabras de Rai acabaron definitivamente con el estado de agresividad de Keyan. Como en un sueño, una de las enseñanzas de su mentor, Erhad el Calamariano, acudieron a su mente: "Cuídate de la ira y la agresión, Keyan; pues poderosas son y conducen al Lado Oscuro".

Rai no había oído hablar de la Fuerza ni del Lado Oscuro hasta su encuentro con Keyan en Halador; pero su educación en el templo de Ommo le había enseñado el respeto a la vida en todas sus formas. Andras era un hombre malvado, pero matarle en aquellas condiciones sería un asesinato e iría en contra de sus creencias. Keyan lo comprendió, y se dio cuenta de cuán parecidos eran sus principios a los del Código Jedi.

La ira se disipó, dejando paso a la razón.

Keyan bajó su espada.

- Tienes razón, Rai - dijo finalmente -. Vámonos de aquí.

Rai sonrió y le dio la mano, mientras comenzaba a caminar hacia la salida. Keyan comenzó a seguirla sin perder de vista al Adepto mientras en el exterior retumbaban las explosiones.

Andras, por su parte, había contemplado la escena atravesando por un mar de emociones: alivio, al ver como Keyan detenía su golpe; confusión, al comprender que el Jedi no proseguía su ataque; y, finalmente, ira. Una ira que fue creciendo en su interior hasta convertirse en rabia al contemplar la pretendida nobleza del acto. Aquellos jovencitos no le consideraban lo suficientemente importante o digno como para acabarle y se dignaban perdonarle la vida.

Aquello era humillante. No podía permitirlo.

Con un golpe de rabia, Andras proyectó la Fuerza golpeando a Keyan y a Rai. La fuerza del impactó les separó pero no consiguió derribarles. Keyan adoptó de inmediato una posición de defensa, pero Andras volvió a elevar sus manos y dirigió su poder hacia Keyan intentando de nuevo controlar su mente para hacer que se matara con su propia espada.

Keyan esperaba el ataque, pero le sorprendió la fortaleza del mismo. Esta vez, sin embargo, ya conocía el poder del Adepto Oscuro e intentó resistir con mayor eficacia, pero el ataque estaba alimentado por la ira y esta vez era incluso más poderoso que antes. Keyan se concentró intentando por todos los medios resistir la invasión en su mente por parte de Andras, pero no sabía muy bien cómo iba a lograrlo.

Rai observó asustada el contraataque de Andras, contemplando el rostro retorcido por la furia del Adepto. Debía hacer algo por ayudar a Keyan. Rai retrocedió un par de pasos y entonces notó un bulto en su regazo: era su bolsa de runas que había recuperado de Andras. El Adepto ya no contaba con las runas y, al parecer, era su furia la que le daba fuerzas.

Rai vio el camino.

Inspiró con fuerza y juntó las manos, invocando el poder de sus runas como le habían enseñado sus maestros en Halador para disipar la furia del Adepto. Esta vez el sigilo no importaba, sino el poder; ya que era más difícil calmar a un humano furioso que a dos sybirks hambrientos.

Andras y Keyan sintieron la acción de Rai casi al unísono. Andras notó cómo su furia desaparecía de modo inexplicable y, a la vez, cómo su ataque se debilitaba. Keyan sintió el contacto de Rai, no directo, pero sí poderoso y comprendió que las runas eran la fuente de su poder.

En Halador, Rai le había mostrado a Keyan sus runas y la manera en que podía emplearlas para leer el futuro con cierta precisión. Keyan pudo sentir como la Fuerza fluía por las runas y era amplificada por ellas. Su maestro le había hablado en una ocasión de los cristales Kaiburr, y de como poseían el poder de amplificar la Fuerza si eran usados correctamente.

Y entonces recordó que Rai le había regalado un amuleto rúnico en Halador para darle suerte en su misión. Casi se había olvidado de la pequeña runa que colgaba de su cuello desde entonces. La intervención de Rai había debilitado la fuerza del ataque de Andras y Keyan descubrió que conservaba el control de su mano izquierda. Andras se concentraba en su espada de luz y ahora parecía intentar atacar también a Rai, pero al dividir sus esfuerzos sólo parecía lograr debilitarse aún más.

Keyan rebuscó con su mano izquierda hasta encontrar el amuleto y lo agarró. No sabía muy bien si funcionaría y, en tal caso, cómo hacer uso de él; pero decidió concentrarse aún más en su resistencia y dejar fluir la Fuerza a su través.

Y repentinamente, como si alguien hubiera restaurado alguna conexión perdida en lo más profundo de su ser, recuperó el control de si mismo. La oscura presencia de Andras desapareció por completo de él.

Andras percibió la rotura del contacto e intentó con desesperación restablecer su ataque. Pero el miedo, aunque poderoso, es un débil sustituto de la ira.

Keyan, dueño de sí una vez más; empuñó su sable de luz. Andras era un ser peligroso, lleno de odio. La respuesta era evidente. No había ira ahora, sólo convencimiento.

“Para un Jedi no hay emociones, sólo hay paz”.

Andras, desesperado, retrocedió y sacó de entre los pliegues de su túnica un pequeño blaster. Pero no fue lo suficientemente veloz. Keyan alzó su espada de luz y la hizo descender en un rápido arco.

En unos segundos, todo había acabado.

Detrás de él, Rai dejó escapar un suspiro mientras se relajaba. Keyan se dio la vuelta y le sonrió.

- Gracias por tu ayuda, Rai. No lo hubiera logrado sin ti.

Rai también sonrió. Pero la tensión de los últimos acontecimientos había decidido cobrar su precio y sus ojos comenzaron a brillar con la llegada de lágrimas a duras penas contenidas. Rai echó a correr y se arrojó en los brazos de Keyan.

- ¡Keyan!

- Eh, todo va bien, Rai - dijo Keyan abrazándola -. Ender está por aquí y tenemos a Nikki. Vamos a irnos de este lugar.

Rai se secó los ojos con la manga de su blanca túnica y asintió sonriendo. Keyan la agarró por un hombro y la condujo hacia la salida.

Pero algo no estaba bien.

Algo...

Instintivamente, Keyan empujó a Rai a un lado y él mismo intentó caer encima de ella justo en el momento en el que un haz de luz atravesaba la estancia acompañado por un fuerte ruido. Pero no fue lo suficientemente rápido y el haz láser impactó en su hombro. La herida que había sufrido en Halador se resintió por la nueva agresión y Keyan cayó al suelo con un grito de dolor, quedando tendido y sin poder hacer nada por levantarse.

- ¡Keyan! - exclamó Rai asustada.

- No pensarías que ibas a marcharte de aquí sin mi, ¿verdad, cariño?

Rai miró hacia la fuente de la voz. Aquella voz era familiar, era...

Era la voz de Finn Garth, quien salió de detrás de unos contenedores con un blaster humeante en su mano derecha y se dirigía hacia ella.

- Sería una idea muy tonta porque tengo otros planes para ti - prosiguió Garth con una sonrisa carente de humor.

## Capítulo 9

Nikki llegó jadeante a la cima de la torre después de trepar por una escalera de caracol que parecía no tener fin. La escalera terminaba en una abertura rectangular en mitad de lo que parecía ser una sala de control de descenso. La torre estaba repleta de ordenadores y algún que otro androide, ninguno de ellos en buen estado. Y también había guardias.

Uno de los guardias se acababa de dar la vuelta para atender una de las múltiples señales de emergencia que saturaban las pantallas cuando vio a la pequeña figura encapuchada asomar por la trampilla de acceso.

- ¿Eh? - exclamó -. ¿Qué demonios es eso?

El otro guardia se dio la vuelta y vio a Nikki.

- Es un Jawa, estúpido - dijo el segundo guardia -. ¿No lo ves?

- Ya veo que es un Jawa - gruñó el primer guardia -. Y lo último que necesitamos es un carroñero en la torre de control - añadió, desenfundando el blaster.

- Haz lo que quieras - dijo el otro volviendo a su trabajo.

Al ver al guardia desenfundar el arma, Nikki agachó instintivamente la cabeza y retrocedió unos peldaños. ¿Qué podía hacer? Si no subía allí y activaba el localizador no podrían volver al Anaconda.



Entre el ruido de fondo, Nikki pudo oír los pasos del guardia resonando en el suelo metálico mientras se acercaba a la trampilla. Nikki empezó a sudar. En ese instante, un aullido se dejó oír entre las explosiones de fondo. Un aullido que Nikki pareció reconocer y que se iba haciendo más y más fuerte.

El guardia se detuvo y su cabeza asomó por la trampilla. Divisó a Nikki unos peldaños abajo y alzó el arma.

El aullido se hizo insostenible. El otro guardia gritó algo.

El guardia del blaster giró la cabeza un instante...

Y el mundo estalló en pedazos.

Un soldado de asalto cayó derribado por el fuego enemigo al lado del capitán Krooz; este se agachó y devolvió el fuego derribando al autor del disparo. En ese momento el comunicador de Krooz emitió un tono de aviso.

- ¡Muralla! - rugió Krooz.

Tres soldados de asalto avanzaron e hincaron la rodilla en tierra para formar una pared defensiva sobre Krooz. Este se arrodilló y activó el comunicador.

- ¿Qué demonios pasa? - preguntó.

La voz del teniente Xeron sonó debilitada por el estruendo de la batalla.

- Capitán. Hemos despejado el camino hacia la pista 2. La lanzadera Flecha 4 tomará tierra para recogerles. ¿Pueden llegar allí?

- Llegaremos, teniente. Y cuando lleguemos quiero que arrase este lugar hasta los cimientos.

- Será un placer, señor.

Krooz apagó el comunicador y se dirigió a los soldados supervivientes:

- ¡Nos retiramos hacia la pista dos! ¡Por escuadras!

Luego, entre la confusión, divisó la desagradable figura de Trobbo, quien gesticulaba al borde del histerismo mientras algunos guardias gamorreos se esforzaban por arrastrar su pedestal fuera del patio. Los soldados de asalto comenzaron a retirarse ordenadamente, manteniendo a Krooz en el medio del grupo. Este sonrió con sorna al contemplar el miedo del Hutt y decidió que era el momento de dejarle un regalo de despedida. Por los viejos tiempos.

Krooz se llevó la mano al cinturón y extrajo una pequeña granada térmica. La activó y llamó al Hutt antes de lanzarla.

Lo último que Krooz vio antes de la detonación fueron los desorbitados ojos de Trobbo, el Hutt.

Nikki se levantó del suelo algo mareada y ligeramente ensordecida. Algo había pasado, una tremenda explosión sin duda, y la onda expansiva la había lanzado escaleras abajo hasta el piso inferior. Por fortuna no parecía haberse roto nada.

Todo era silencio ahora, aunque en la lejanía se seguían oyendo explosiones. Nikki seguía asustada, pero era consciente de que el tiempo pasaba y se le estaba agotando. Haciendo acopio de sus últimas reservas de valor, se incorporó y comenzó a subir con cautela los escalones que conducían de vuelta a lo alto de la torre.

Cuando hubo ascendido los suficientes peldaños como para haber girado ciento ochenta grados se dio cuenta de que había mucha más luz en la escalera que antes. Lentamente, y agarrándose a las paredes, Nikki ascendió hasta tener la trampilla de acceso a la vista.

Donde antes había techo, ahora se extendían los anaranjados cielos de Noladshei.

Nikki siguió ascendiendo y asomó con cautela la cabeza por la trampilla. Toda la torre había destruida por el ataque de los bombarderos imperiales. Los guardias yacían muertos, carbonizados, en el suelo. Nikki apretó los dientes y, mirando hacia otro lado, salió a la torre y corrió para guarecerse detrás de una consola destrozada.

El viento silbaba con fuerza allí arriba, ahora que faltaban las paredes; y podía divisarse un espléndido panorama de la fortaleza del Hutt y sus alrededores. Aquí y allá revoloteaban los bombarderos imperiales eliminando con precisión los escasos puestos artilleros que aún resistían. Por todas partes había incendios. Algunas naves intentaban despegar de la base pero eran sistemáticamente cazadas y derribadas por los cazas imperiales. Entre la confusión Nikki divisó una lanzadera imperial fuertemente escoltada que descendía para posarse en una de las pistas.

Esta visión le recordó que estaba allí para traer de vuelta al Anaconda, y ya había tardado mucho. Rebuscó entre los pliegues de su improvisada túnica hasta que encontró el localizador que le había dado el tío Ender. Activó la secuencia de arranque y se puso en pie con cuidado. Luego, elevando la mano, pulsó el activador y emitió la señal omnidireccional de llamada.

Con suerte el Anaconda estaría allí pronto y podrían irse de aquel espantoso lugar. Pero ¿dónde se metían el tío Ender y el tío Keyan? ¿Y la tía Rai?

En el puente del Sombra Gris, el teniente Xeron estaba recibiendo los informes de todos los puestos de combate con evidente satisfacción.

Los escudos del Interdictor de Trobbo estaban a punto de colapsarse y las baterías de iones del Sombra Gris y el Paladín golpeaban a la maltrecha nave una y otra vez para dejarla inutilizada.

- Escudos al cinco por ciento, señor - anunció un controlador.

- Avise al comandante Teran para que prepare los equipos de abordaje - contestó Xeron.

Los informes de los grupos de bombarderos también eran excelentes. Apenas había habido bajas y los últimos focos de resistencia estaban siendo destruidos.

Además, la lanzadera Flecha 4 acababa de posarse en la pista y la escuadra de soldados de asalto de refuerzo ya se había desplegado. El capitán Krooz no tardaría en subir a bordo.

Sin duda estaría contento. Aquella acción le valdría un ascenso.

La voz de un técnico le sacó de sus pensamientos bruscamente.

- Señor, tenemos una nave no identificada dirigiéndose hacia la fortaleza a baja altura. Ha aparecido de pronto en nuestros sensores.

- ¿Qué tipo de nave?

- Parece un carguero, señor. Es un diseño no estándar, aunque el computador parece reconocerlo como Haladoriano.

- No quiero que ninguna nave salga del planeta ni ayude a esos bandidos. Ordene al grupo Alpha que envíe dos cazas para derribar esa nave. Nueva designación: Gamma.

- Sí, señor.

“Todo va perfectamente”, repitió Xeron para sí mismo. Y volvió a centrarse en la batalla.

## Capítulo 10

Rai estaba de rodillas junto a Keyan contemplando a Finn Garth con los ojos endurecidos por el dolor y la rabia. Garth avanzaba hacia ella sin dejar de apuntarla con su blaster.

- Vas a venir conmigo, preciosa. Todo esto se va a venir abajo en unos minutos y tengo planes para ti.

Junto a Rai, Keyan estaba inmóvil, tendido en el suelo, semiinconsciente. Rai se fijó en la espada de luz de su hermano, que colgaba de su cinturón y pensó en cogerla para defenderse del matón. Pero ella no había manejado nunca un sable de luz. Si lo hacía

corría tanto riesgo de resultar herida como el propio Garth. Este estaba ya casi encima de ella.

- No voy a ir contigo a ninguna parte - respondió Rai, desafiante.

Finn Garth se echó a reír.

- Me alegra ver que todavía tienes agallas, chica - dijo -. Eso está bien. Pero ya te bajaré los humos en el viaje.

Garth había llegado hasta el punto donde se encontraban Keyan y Rai e intentó coger a esta última de un brazo. Rai se puso en pie de un salto y retrocedió esquivando la mano de Garth.

- Vamos, nena - dijo Garth con calma -. Si te resistes, será...

No acabó la frase. En vez de ello dio un salto sobre el cuerpo de Keyan y se abalanzó sobre Rai. Esta se dio media vuelta intentando huir pero Garth la agarró de un brazo y, retorciéndoselo, la atrajo hacia sí.

-...peor - concluyó Garth con una sonrisa cruel.

Rai dejó escapar un grito involuntario de dolor e intentó liberarse de la presa de Garth, pero el bandido era demasiado fuerte para ella. El grito de Rai devolvió a Keyan a la realidad, y este pudo ver como Garth agarraba a su hermana. Keyan intentó incorporarse para ayudarla, pero el dolor era demasiado intenso. Se concentró para emplear una técnica Jedi para alejar el dolor, pero aún no era un experto; y en aquellas circunstancias sus posibilidades de éxito eran bien pocas.

Finn Garth parecía divertirse con los forcejeos de Rai, pero con el rabillo del ojo vio como Keyan hacía débiles esfuerzos por ponerse de pie.

- Parece que tu amiguito sigue vivo - le dijo a Rai -. La verdad es que me sorprendió su intento de esquivar mi disparo, y no lo hizo mal del todo, pues de otra forma ahora estaría muerto. Quizá sí sea un aprendiz de Jedi, pero ahora va a ser un Jedi muerto.

Garth aumentó su presa sobre Rai para sujetarla con una sola mano mientras alzaba su blaster para rematar a Keyan. Rai se dio cuenta de inmediato de las intenciones de Garth.

- ¡No! - exclamó, y dobló el cuerpo hacia adelante en un intento de desequilibrar a Garth y lanzarle por encima de ella.

El movimiento pilló por sorpresa a Garth, pero no llegó a hacerle caer. Este, enfadado por el intento, recuperó el equilibrio y soltó el brazo de Rai. Rai no se esperaba esto y tardó unos segundos en reaccionar; justo el tiempo que necesitó Garth para agarrarla por los cabellos y tirar de ellos hacia él con fuerza. Rai no pudo evitar un nuevo grito de dolor.

- ¡Escúchame bien, maldita seas! - ladró Garth -. ¡No vuelvas a intentar ninguna estupidez o tendré que emplearme contigo aunque eso me haga perder dinero más tarde!

- No has cambiado nada, Finn - dijo una voz detrás de ellos -. Sigues tratando a las mujeres con la misma galantería.

Finn Garth atrajo a Rai hacia él con fuerza y se dio la vuelta apuntando con el blaster en la dirección de la voz. En lo alto de unas cajas de suministros había una figura de pelo largo vestida con una gabardina. Una de las manos de la figura reposaba sobre la culata de un blaster pesado metido en su funda.

- Ender... - musitó Garth con un gesto de incredulidad en el rostro.

- Sí, Garth. Me alegra que te acuerdes de mí - contestó Ender -. No parece tener mucho talento para cambiar de amos, ¿eh? Se suponía que aquel cargamento de especia brillestim que robaste del Pasillo te iba a hacer rico.

El calculado sarcasmo de Ender no pareció afectar a Garth, quien respondió secamente, casi escupiéndole las palabras.

- ¿Qué demonios quieres, Ender?

- Quiero que dejes a esa chica y te largues de aquí. Ya - no había humor en los ojos de Ender.

- ¿Sí? Y, ¿cómo sé que no me vas a disparar por la espalda en cuanto me vaya?

- Ese es tu estilo, Finn. No el mío.

- ¡No pienso dejar a la chica, Ender! - exclamó Garth pegándose aún más a Rai, quien se había convertido en su escudo humano -. ¿Qué más te da a ti? ¿Desde cuándo eres un buen samaritano?

- Deja a la chica...

Finn Garth se calló y miró con furia a los ojos de Ender. Este le devolvió la mirada sin pestañear ni un instante. Era una mirada fría y determinada. Un escalofrío recorrió la columna de Garth de arriba a abajo. Conocía esa mirada. Pero Ender tenía el arma en la funda. ¡Esa maldita arrogancia suya! ¡Aún tenía una oportunidad!

Sin mediar palabra, Garth levantó el brazo para disparar hacia Ender. Rai gritó. En lo alto de las cajas, Ender hizo un movimiento, demasiado rápido para poder ser seguido.

Hubo una detonación. Un haz de calor pasó cerca de la cabeza de Rai y esta notó un fuerte tirón detrás suyo.

Un segundo después el blaster de Finn Garth caía al suelo y el propio Finn se desplomaba.

Rai, libre de pronto, se dio la vuelta deprisa, sin comprender lo que estaba pasando, y se encontró a su captor en el suelo con un agujero cauterizado en mitad de la frente. Rai se llevó las manos a la boca y se giró de nuevo hacia Ender. Este seguía de pie, inmóvil como una estatua, en lo alto de la caja, con el blaster en la mano derecha. En ese momento dirigió la mirada hacia la joven Rai y le dedicó una sonrisa pícaro.

- Hola, reina; creo que he llegado a tiempo, ¿no?

Rai dejó escapar un suspiro de alivio, pero enseguida se acordó de Keyan al oír su voz.

- Hola, Ender - dijo Keyan con esfuerzo -. La verdad es que podías haberte dado un poco más deprisa.

- Más vale tarde que nunca, chaval. Encontrar esos motivadores de hiperimpulso no ha sido fácil con tanto jaleo - dijo Ender a la vez que palmeaba una bolsa que llevaba colgada en un costado.

- ¡Ender! - exclamó Rai, al tiempo que ayudaba a Keyan a ponerse en pie -. ¡Keyan está herido! ¡Hay que sacarle de aquí!

Ender enfundó su arma y bajó al suelo de un salto.

- Nikki está llamando al Anaconda - dijo -. Con suerte estará aquí en un par de minutos. ¡Démonos prisa porque las cosas se están calentando ahí afuera! ¿Puedes caminar, Keyan?

- Creo que sí... - contestó este -. Pero no me pidas que me ponga a correr ni a dar saltos, ¿vale?

- Ya veremos... Vamos a por Nikki y salgamos de aquí.

Desde su frágil escondite, Nikki observaba agazapada detrás de una consola en la dirección en la que se suponía que el Anaconda debía aparecer. No veía el momento de salir de aquel horrible lugar y marcharse con sus tíos.

El rugir de un par de motores iónicos sobre sus cabezas la sacó de sus pensamientos y le hizo esconderse bajo la consola, asustada. Dos cazas TIE habían sobrevolado las ruinas de la torre y se alejaban en la dirección por la que debía aparecer el Anaconda.

Nikki se asomó pasados unos segundos y miró de nuevo. Los dos cazas se alejaban en aquella dirección y no parecían maniobrar para retornar a la fortaleza. ¡Eso sólo podía significar que habían detectado al Anaconda y que iban a por él!

Nikki se puso a cavilar a toda prisa. ¡Tenía que hacer algo o destruirían al Anaconda! Echó un vistazo al localizador que le había dado el tío Ender. Era un modelo muy sencillo, diseñado para emitir una señal de aviso simple con un código de identificación y poco más. Estaba sintonizado con el Anaconda, lo cual era una ventaja, pero no podía emplearlo para transmitir ninguna secuencia de órdenes. No podía controlar la nave

desde allí. ¡Si no hubieran destruido la torre quizá hubiese podido intentar un control remoto! Pero eso era imposible ahora...

Claro que... ¡Erretrés sí podría hacerlo! ¡Sólo necesitaba comunicar con él!

Nikki se puso en pie e inspeccionó con nerviosismo los restos de la torre, buscando un equipo de transmisiones intacto. En un rincón parecía haber un grupo de equipos poco dañados. Se acercó corriendo y los examinó: el equipo funcionaría, pero no había manera de seleccionar el destino de la transmisión porque las consolas estaban destruidas.

Nikki dio un puñetazo de frustración sobre las consolas. No podía hacer nada.

Entonces sus ojos se posaron sobre el localizador que aún conservaba en su puño cerrado. Una idea cruzó por su mente como una centella. ¡Si acoplaba el localizador al transmisor podría contactar con el Anaconda!

Sin perder un instante, Nikki abrió la tapa del localizador y comenzó a trabajar.

En la sala de máquinas del Anaconda, Erretrés acababa de terminar un diagnóstico de emergencia de la nave. Al parecer los motores se habían puesto en marcha ante una señal de emergencia y se encaminaba hacia el origen de esa señal. El pequeño droide astromecánico realizó un barrido completo con los sensores de la nave como parte de su procedimiento estándar y descubrió algo que no le gustaba nada: había muchas naves imperiales en las proximidades del origen de la llamada. Erretrés se conectó con todos los sistemas de la nave y permaneció a la espera. Debía esperar una confirmación del amo Ender antes de tomar ninguna iniciativa.

Pero quizá entonces fuera demasiado tarde.

El líder del ala TIE adquirió el vector indicado desde el Sombra Gris y lo siguió a velocidad máxima. Sus sensores permanecían mudos, pero de pronto adquirieron un blanco. Era un carguero. Velocidad de crucero. Rumbo de intercepción.

- Gamma 2 - anunció por radio -, aquí líder Gamma. Blanco confirmado. Mantenga formación. Velocidad de ataque.

- Recibido, líder Gamma.

Los dos cazas TIE centraron el blanco en sus miras y se dirigieron hacia él.

Erretrés estaba analizando las pantallas sensoras con preocupación cuando un aviso de mensaje comenzó a destellar en la consola. Se trataba de un mensaje dirigido al Anaconda por una frecuencia privada pero estaba empleando un canal sin codificar.

La situación era muy irregular, pero Erretrés tardó unos pocos nanosegundos en decidir que su curiosidad era más fuerte que el protocolo de seguridad. Además, tal vez se tratara del amo Ender. El pequeño droide extendió un brazo articulado y aceptó la transmisión. Una voz aguda y nerviosa resonó en la estancia.

- Erretrés, ¿me recibes? ¡Soy Nikki!

¿Nikki? Aquella era la joven ama. ¿Qué hacía llamando por una frecuencia de emergencia? Erretrés respondió con una serie de bips interrogativos.

- Erretrés, ¡estamos en apuros! - Nikki no había entendido la pregunta pero sabía que el droide estaba al otro extremo -. ¡Hay muchos Imperiales y hay dos cazas que van a por ti!

¡Cazas Imperiales!. Las pantallas no le habían engañado, entonces.

- Erretrés, ¿puedes pilotar la nave?

El droide emitió una larga sucesión de bips y trinos, mezclando seguridad y confianza con ciertas reservas.

Nikki no entendió nada, naturalmente. No sabía si sentirse aliviada o preocuparse aún más.

Los dos cazas TIE y el Anaconda se acercaban los unos al otro a enorme velocidad. Los dos pilotos TIE habían recargado sus cañones láser y acariciaban con impaciencia los disparadores. El carguero ya estaba al alcance visual de los cazas imperiales, volando casi a ras de las copas de los árboles.

- Gamma 2 - informó el líder TIE -. El blanco ha alzado sus escudos. Listo para abrir fuego.

- Recibido.

El líder de ala centró al Anaconda en su computador de puntería y mantuvo la trayectoria hasta que éste le avisó con un pitido de que el blanco estaba a tiro.

- ¡Fuego!

Los dos cazas TIE escupieron letales haces láser al unísono sobre el Anaconda, seguros de acabar con el blanco.

Pero, casi en el mismo instante en que los cazas abrieron fuego, el carguero haladoriano hizo una brusca maniobra, alterando su trayectoria y dirigiéndose hacia los cazas. Los TIE, sorprendidos, maniobraron para evitar la colisión en décimas de segundo. El líder del grupo perdió el blanco y se alejó a gran velocidad por su popa. El otro caza no tuvo tanta suerte y se estrelló contra los árboles.

En el Anaconda, Erretrés dejó escapar un silbido de satisfacción y recuperó el rumbo original, directo hacia la señal de emergencia. El caza TIE superviviente describió un amplio giro y reanudó la persecución. El líder TIE, privado ahora de su hombre-ala, comenzó a disparar salvajemente sobre el carguero sin preocuparse mucho por las indicaciones del computador de puntería. Algunos disparos golpearon al Anaconda rebajando la carga de sus escudos. Erretrés detectó los impactos y ejecutó algunas maniobras evasivas, pero sin atreverse a perder el rumbo. El no estaba programado para efectuar vuelos de combate, pero no se dejaría derribar tan fácilmente.

Las dos naves prosiguieron su mortal danza rumbo a la fortaleza de Trobbo el Hutt.

## Capítulo 11

Ender, Keyan y Rai dejaron atrás la sala de suministros y salieron al patio por donde instantes atrás Rai había sido conducida por Andras y los dos soldados. El patio había sido alcanzado por varias bombas e impactos y aquí y allá ardían fuegos y se veían cuerpos esparcidos por el suelo.

- Nikki tiene que estar en esa torre que se ve allí - dijo Ender, señalando hacia la torre de la que hablaba -. Tenemos que subir por esas escaleras y nos reuniremos con ella.

Ni Keyan ni Rai le contestaron. Ender se dio la vuelta y contempló a su compañero, quien caminaba apoyándose en el hombro de Rai.

- ¿Cómo lo llevas, chico? - preguntó Ender.

- Podría estar mejor, pero llegaré hasta la nave. Tranquilo.

- Bien. Vamos...

El trío se encaminó hacia las escaleras de mármol que conducían a los niveles superiores y comenzó la ascensión. Apenas si se veía a nadie vivo en la fortaleza, excepto ocasionales figuras que pasaban corriendo y se ocultaban, en busca de refugio. El estruendo de los últimos minutos había desaparecido, y tan sólo se oía ahora el crepitar de los múltiples fuegos roto de vez en cuando por el rugir de los cazas TIE sobre sus cabezas.

Cuando llegaron al nivel superior se dirigieron hacia la torre por la misma ruta por la que Ender había enviado a Nikki. Ender estaba serio, muy serio. No se le había pasado por alto el hecho de que la torre estaba destruida, pero no lo estaba cuando envió allí a la pequeña.

Si le había pasado algo...

Un rugido de motores llamó su atención, a su izquierda. Se detuvo, mirando hacia el sonido, y pudo contemplar como el escuadrón de bombarderos TIE volvía al espacio en formado, escoltado por un grupo de cazas y acompañados por una lanzadera. Sobre ellos seguía volando otro grupo de TIEs.

"Así que han acabado su trabajo y vuelven a casa, ¿eh?" - pensó Ender -. "Mejor para nosotros".

Keyan y Rai le habían dejado atrás y estaban subiendo ya las últimas escaleras, aquellas donde Nikki había estado a punto de perder el localizador. Ender les alcanzó en un momento y pasó por delante de ellos para proteger el camino.

Cuando por fin llegaron a lo más alto de la muralla, a unos doscientos metros de la torre. No había ni rastro del Anaconda.

- ¿Dónde está la nave? - preguntó Keyan.

- ¿Dónde está Nikki? - añadió Rai.

- Maldita sea... - murmuró Ender -. ¡Nikki!

Ender echó a correr hacia la torre y volvió a gritar.

- ¡Nikki!

En lo alto de la torre, ahora expuesta al exterior, la pequeña Nikki, escondida entre unos equipos chamuscados, había creído oír su nombre hacía unos instantes; pero esta segunda vez estaba segura de que no se había equivocado. Se puso en pie y se asomó por entre los escombros. Abajo, en la muralla, estaban las tres personas que se habían convertido en su única familia. La pequeña dio un grito de alegría.

- ¡Tío Ender!

Ender oyó a la pequeña y no pudo evitar un escalofrío de alivio. Estaba viva. Los tres miraron hacia la torre y vieron a la pequeña saludándoles con la mano.

- ¡Baja aquí, Nikki! - gritó Ender -. ¡Es peligroso seguir ahí!

La niña asintió y desapareció de su vista.

Justo cuando un sonido familiar empezó a oírse a la derecha de Ender.

Ender se giró y contempló la silueta del Anaconda en la distancia. Sonrió con orgullo al comprobar que la pequeña lo había logrado, pero su sonrisa se congeló al comprobar que había un caza TIE detrás de su nave, disparando sobre ella. Keyan, que también lo había visto, dijo:

- Ender, los cazas que tenemos encima han visto al Anaconda y se dirigen a por él.

- Mierda...

En ese instante apareció Nikki.

- ¡Tío!, ¡tío! ¡Conseguí llamar al Anaconda, pero los Imperiales han ido a por él! ¡He avisado a Erretrés para que pilote la nave!

Ender abrazó a la pequeña y la miró con asombró. ¿Había avisado a Erretrés? ¿Cómo diablos lo había hecho? Bueno, ya se ocuparía de eso más tarde.

- Lo has hecho muy bien, cielo - dijo Ender -. Ahora vete con Keyan y Rai y subid a la nave en cuanto llegue.

Nikki se fue corriendo hacia Rai y se abrazó a ella. Keyan se dirigió a Ender con gesto preocupado.

- Ender... puedo intentar confundir a los pilotos imperiales con la Fuerza, pero no sé si lo lograré.

- Intenta lo que sea - contestó Ender mientras sacaba un pequeño comunicador del bolsillo de la gabardina -. ¡Erretrés! ¡Soy yo! ¡Código de anulación Gamma-H Seis-Uno-Seis! ¡Anula la orden de recogida en las coordenadas de emergencia y recógenos en nuestra posición actual! ¡Estoy emitiendo las nuevas coordenadas!

Erretrés contestó con una serie de bips y Ender cortó la transmisión y se puso a buscar a su alrededor en busca de un arma. A unos cuantos metros de ellos, junto a un cañón láser de defensa destruido, había un rifle blaster medio de repetición tirado junto a su antiguo dueño. Ender se dirigió corriendo a por el arma.

Por su parte, Keyan se concentró en la tarea. Era complicada, pues había muchos pilotos y su herida no le ayudaba a concentrarse. Era imposible lograrlo si no se dedicaba a cada piloto por separado.

- Rai - dijo Keyan -. Necesitaré de tu ayuda. Pretendo confundir a los pilotos Imperiales, pero estoy muy débil. Déjame usar tu bolsa de runas.

- ¡Claro!

Rai tendió su bolsa de runas a Keyan y le dio la mano. Keyan introdujo la mano en la bolsa, junto con la de Rai, y proyectó la Fuerza en busca de la mente del piloto que hostigaba al Anaconda. Tras un par de breves intentos, Keyan logró contactar con el piloto Imperial y nubló sus sentidos.

El piloto Imperial, ignorando la evidencia de los sensores del caza, observó de repente que su castigada presa había desaparecido. Cesó en sus maniobras persecutorias y mantuvo el último rumbo, alejándose del Anaconda.

A bordo de este último, Erretrés había recibido el mensaje de Ender y estaba preparándose para describir un amplio giro que le permitiera suspender la nave sobre la muralla donde se encontraba el amo y sus amigos. En ese instante fue consciente de que el caza que estaba desgastando con insistencia sus escudos acababa de variar su trayectoria y abandonaba la persecución. Sin embargo, no tuvo tiempo de alegrarse demasiado pues cuatro nuevos cazas se acercaban de frente disparando.

El Anaconda describió una sucesión de toneles y giros para esquivar los disparos y comenzó a ejecutar la maniobra de aproximación, pero no pudo evitar recibir varios impactos. Puesto que la potencia de los escudos estaba dirigida mayoritariamente a popa, los escudos frontales cayeron ante la salva.

En el patio, Ender había recogido el blaster de repetición y estaba comprobando la carga.

Keyan había visto la maniobra del Anaconda y decidió concentrarse ahora sobre el líder del nuevo grupo TIE.

Los cuatro cazas TIE rebasaron al Anaconda y se desplegaron en abanico para reanudar el ataque.

El caza que originalmente perseguía al carguero de Ender comenzó a maniobrar. Su piloto, libre de la influencia de Keyan, estaba preguntándose qué demonios había pasado con el carguero y ya estaba localizándolo de nuevo en sus pantallas.

Keyan volvió a proyectar su voluntad a través de la Fuerza. Con la ayuda de las runas y la presencia de Rai reforzándole consiguió hacer contacto de nuevo con un piloto Imperial.

El Anaconda desapareció de la vista del piloto justo cuando comenzaba a describir el arco de descenso. El piloto mantuvo su trayectoria...

Y se estrelló contra uno de sus compañeros que le seguía de cerca y había empezado a girar.

Los fragmentos de los cazas salieron despedidos en todas direcciones. Los dos cazas supervivientes efectuaron maniobras evasivas para evitar ser alcanzados por los restos. El Anaconda aprovechó el respiro para completar la maniobra y detenerse a escasos metros sobre el grupo de rebeldes. Erretrés hizo descender la rampa de acceso.

- ¡Subid a bordo! - gritó Ender -. ¡Os cubriré!

Keyan no se lo pensó y agarró a Nikki por la cintura haciéndola subir a bordo. Luego ayudó a subir a Rai haciendo un puente con las manos y resistiendo a duras penas el dolor.

El piloto del primer caza TIE había recobrado su blanco y se acercaba a toda velocidad. Los otros cazas se reagrupaban. Ender apuntó cuidadosamente con el blaster de repetición y abrió fuego, enviando un diluvio de haces láser sobre el caza.

Los haces de energía chocaron contra la cabina de traspariacero del caza Imperial. La potencia del blaster no era suficiente para penetrar el blindaje del caza, pero el piloto



Imperial se asustó ante la avalancha de impactos sobre su cabina y efectuó una maniobra brusca para alejarse de la salva de disparos... sólo para estrellarse contra la humeante torre de control de la fortaleza.

Los restos del caza comenzaron a caer al suelo como una lluvia de fragmentos metálicos y Ender corrió a refugiarse bajo el Anaconda. Rai, que ya había subido, estaba ayudando a subir a Keyan, pero no podía con él. Ender le ayudó desde abajo. Rai le recogió y, juntos, entraron en la nave.

Los otros cazas TIE se acercaban y estaban disparando. Ender arrojó el blaster medio y se aupó sobre la rampa con ambas manos, entrando en la nave.

- ¡Erretrés! - aulló -. ¡Cierra la rampa y dale toda la potencia a los motores!

La rampa de acceso comenzó a cerrarse detrás de Ender y la nave empezó a moverse con tanta brusquedad que Ender tuvo que agarrarse a una columna para no perder el equilibrio. Agarrándose a las paredes, Ender se dirigió a la cabina del Anaconda. En la sala de pasajeros, Keyan estaba tendido en un asiento mientras Rai y Nikki se ocupaban de él. Ender se detuvo un instante en su carrera hacia la cabina.

- ¡Eh, Keyan! ¿Estás bien?

Keyan se incorporó con esfuerzo.

- Me recuperaré enseguida. Déjame descansar un momento.

- Bien.

Rai permaneció a su lado. Ender siguió corriendo y se sentó en el puesto del piloto haciendo ascender al Anaconda en un ángulo muy cerrado. Los cazas TIE que seguían a la nave se vieron sorprendidos y tuvieron que maniobrar para recobrar a su presa. Ender aprovechó el respiro para ordenar a Erretrés que fijara las coordenadas de salto hasta el primer punto seguro. El droide se puso manos a la obra, pero recordó a Ender que el sistema de hiperimpulso seguía averiado.

Ender soltó una maldición. No se había olvidado, pero no sabía como iba a multiplicarse por dos para reparar el sistema y pilotar la nave a la vez.

En ese instante Nikki entró por la puerta.

- Tío, ¿puedo ayudarte?

Ender la miró de reojo y comenzó a cavilar. Nikki tenía muchas habilidades, pero no podría arreglar el hiperimpulsor por sí sola. La pequeña se sentó en el asiento del copiloto.

- Las pantallas deflectoras están muy mal, tío Ender. ¿Quieres que me encargue de ellas?

Ender miró a la niña unos instantes y luego se puso en pie.

- Sí, cielo. Haz lo que puedas, pero manténnos con vida, ¿de acuerdo?

- Sí.

Ender echó a correr llamando a Rai. Esta apareció por el pasillo que llevaba al puesto artillero.

- ¿Qué pasa, Ender?

- El hiperimpulsor está averiado y necesitaré unos minutos para repararlo. ¿Crees que podrás pilotar la nave por mí?

Rai abrió los ojos y puso gesto de preocupación.

- Nunca he pilotado una nave espacial, Ender. Yo...

- No te pido que ejecutes maniobras de combate. Sólo que impidas que nos estrellemos contra lo que quiera que haya ahí arriba. Nikki puede ayudarte. Sólo serán unos minutos.

Rai dudó unos segundos pero acabó rindiéndose a la evidencia.

- De acuerdo...

- ¡Estupendo! - contestó Ender con una sonrisa breve.

Ender se dirigió a la sala de máquinas y extrajo el nuevo motivador de la bolsa en la que lo había guardado, poniéndose a trabajar de inmediato. Los disparos de los cazas TIE

perseguidores se dejaban oír ocasionalmente entre el ruido. Por desgracia también se dejaban oír alguna vez impactos ocasionales que mermaban los ya debilitados escudos.

De pronto, la voz de Rai sonó asustada por el sistema de comunicaciones de la nave.

- ¡Ender! ¡Ven rápido! ¡Tenemos problemas!

Ender soltó sus herramientas y se dirigió hacia la cabina entre maldiciones. Ya casi tenía montado el maldito motivador. Pero cuando entró en la cabina y contempló el panorama no pudo encontrar ninguna nueva maldición apropiada para lo que tenía delante.

Allí había un Destructor Estelar clase Victoria y un crucero de interdicción machacando con sus baterías de iones a otro crucero de interdicción en bastante mal estado.

Y estaban dirigiéndose directamente hacia ellos.

## Capítulo 12

El Capitán Krooz entró en el puente del Sombra Gris caminando a grandes zancadas y con el rostro enojado. En cuanto la lanzadera que le había recogido atracó en uno de los hangares del Destructor Estelar, Krooz tomó un turboascensor directo al puente. Allí le esperaba el teniente Xeron. Este, al ver entrar al capitán, se cuadró y le saludó con un taconazo.

- El puente del Sombra Gris es suyo, capitán. Me alegra verle sano y salvo.

Krooz se detuvo, observando a Xeron. No cabía duda de que el teniente lo había hecho muy bien, y había salvado el día. Sin embargo aquello no hacía sino aumentar el enfado de Krooz. Había perdido a Andras, su regalo particular para el Almirante Harkov, había sufrido la traición de un miserable gángster hutt y por motivo de ella había perdido a varios hombres y se había visto obligado a destruir una buena fuente de suministros de quadanium.

Su futuro pendía de un hilo, y no deseaba recordárselo al teniente Xeron.

- ¡Informe! - ordenó con sequedad.

- Sí, señor. El Paladín está impidiendo que el crucero que prestamos a esa escoria escape mientras lo inutilizamos para recuperarlo. La evacuación de nuestras tropas ha sido un éxito y en estos momentos estamos bombardeando la fortaleza con nuestros turboláser.

- ¿Ha escapado alguna nave?

- Precisamente iba a decírselo ahora. Tenemos un carguero acercándose a nosotros que procede de la zona. Su perfil e identificación electrónica me hacen pensar que se trata del mismo carguero que nos eludió en Mom Pracei.

El capitán Krooz asimiló en silencio esta información.

- ¡En pantalla! - ordenó al cabo de un rato.

En el monitor táctico apareció la figura del Anaconda perseguido de cerca por dos cazas TIE. Krooz observó con detenimiento la imagen y llegó a la conclusión de que, en efecto, se trataba de la misma nave.

- ¡Destruyan esa nave! - ordenó. Luego se volvió hacia Xeron y añadió con voz fría -: No se le ocurra dejarles escapar, teniente.

- No, señor.

Krooz se volvió para estudiar las pantallas. Tanto si los tripulantes de aquella nave eran rebeldes como si eran espías de Trobbo, no vivirían para burlarse de él.

Ender murmuró una sarta de improperios exóticos contra los Imperiales que tenía delante y volvió a ocupar su asiento en la cabina de pilotaje. Habían perdido las pantallas delanteras y las traseras estaban a punto de caer ante el acoso de los cazas, que se pegaban al Anaconda como moscas.

La presencia de aquel crucero de interdicción hacía inútil cualquier esfuerzo por reparar el hiperimpulsor. Mientras el crucero estuviera generando su pozo de gravedad no podrían saltar al hiperespacio ni aunque tuvieran el mejor sistema de la Galaxia.

Su única opción ahora era sobrevivir, y para ello necesitaban los escudos.

Ender desvió toda la energía de las armas y gran parte de la de otros sistemas hacía los escudos y repartió la potencia por igual. Ahora sólo necesitaban velocidad y escudos.

A Ender le gustaba alardear de haber salido de situaciones peores que aquella. Sin embargo esta vez no veía salida.

Pero no le cogerían sin luchar.

- ¿Qué vamos a hacer, tío Ender? - preguntó Nikki, desde el asiento de al lado.

Ender contempló a la pequeña en silencio. Meses atrás había jurado a su madre que la mantendría con vida. Ender frunció el ceño. No iba a dejar que la niña muriera en mitad de ningún sitio. No iba a dejar que nadie muriera.

Sólo los Imperiales.

- Vamos a irnos a casa, cielo - contestó Ender devolviendo la vista a los controles.

Keyan entró en ese instante en la cabina, justo a tiempo para ver a Ender poner rumbo hacia el crucero de interdicción. No era la primera vez que le veía hacer eso, y no por ello le gustaba más.

- ¿Qué estás haciendo? - exclamó -. ¿No irás a enfrentarte a ellos?

- Si no acabamos con ese interdicator jamás saldremos de aquí. No podemos dejar atrás a esos cazas y tenemos el hiperimpulsor averiado, ¿recuerdas?

- Es una locura...

- Si se te ocurre algo mejor, dílo.

Por desgracia, no se le ocurría nada mejor. Miró a su hermana, quien le devolvió la mirada con ojos preocupados, y luego a Nikki.

- Nikki - dijo Keyan -. Ven conmigo a la sala de máquinas. Me ayudarás a reparar el hiperimpulsor.

- ¡Bien!

- Buena idea... - dijo Ender. Al menos, si las cosas salían mal, la niña no se enteraría.

Ender armó sus juguetes más recientes y se dirigió hacia los generadores de escudo del interdicator.

La fiesta empezaba ahora.

- Señor, el carguero no identificado ha alterado su rumbo y se dirige hacia el Paladín - anunció un controlador en el puente del Sombra Gris.

- ¡Ilusos! - murmuró Krooz -. ¿De veras creen poder hacer algo contra él? - luego añadió en voz alta -: ¡Apunten las baterías turboláser del Sombra Gris hacia esa nave y vaporícenla! ¡Que el Paladín continúe con sus órdenes actuales!

- Sí, señor.

Ender lanzó el Anaconda a toda velocidad hacia el crucero de interdicción que estaba bloqueando su huida al hiperespacio. Una vez que fijó el rumbo comenzó a realizar ajustes en el sistema de puntería. Rai, sentada a su lado en el asiento del copiloto, le miraba con cierto nerviosismo, sin saber qué hacer o a qué atenerse.

Ender terminó lo que estaba haciendo y devolvió su atención a los controles de vuelo. El Destructor clase Victoria estaba maniobrando para disparar contra ellos y los cazas TIE no les perdían de vista.

- Ender... - se atrevió a decir Rai -. ¿Qué vas a hacer?

- Esta nave tiene un par de trucos en la manga, bonita. ¡Les vamos a dar un susto que no olvidarán!

Rai asintió en silencio, sin saber muy bien qué quería decir Ender. Ender la miró con el rabillo del ojo y se dio cuenta de que la chica estaba preocupada. Era lógico.

- Tengo en la bodega cuatro preciosos torpedos de protones de carga avanzada que robamos de un transporte imperial hace ya tiempo - dijo Ender -. No los había usado nunca, pero creo que ha llegado el momento. Con ellos destruiremos los generadores de escudos del interdictor.

Un nuevo impacto de láser sacudió al Anaconda, los debilitados escudos estaban a punto de caer y Ender lo sabía.

- Pero... ¿Cómo vas a acercarte a esa mole sin ser destruido?

- Con mi mejor truco...

- Nave no identificada a tiro, señor.

- Fuego a discreción, teniente.

- ¡Ender! - exclamó Rai -. ¡Nos están disparando!

En efecto. Enormes haces verdosos comenzaron a surgir del Sombra Gris por todas partes.

- Entonces, ¡ahora! - gritó Ender, y dio un salvaje tirón a los controles.

El Anaconda describió un amplio rizo para burlar la puntería de los artilleros imperiales y Ender aprovechó esos escasos segundos de ventaja para bajar una palanca de mando con furia.

El Anaconda desapareció del universo.

Ender describió un rizo hacia atrás. Los cazas TIE que les perseguían pasaron por debajo de ellos sin alterar su rumbo. Ender terminó el rizo y se plantó detrás de los cazas, los cuales parecían volar desconcertados.

Rai miró a Ender sin entender lo que estaba sucediendo. Este se limitó a sonreír y puso rumbo de nuevo hacia el Paladín.

A bordo del Sombra Gris, la súbita desaparición del Anaconda tampoco había pasado desapercibida.

- ¡Señor! ¡El carguero ha desaparecido de nuestras pantallas! ¡No aparece en ninguno de nuestros sensores!

- ¿Qué tonterías está diciendo, alférez?

- No está, señor. Los sistemas de puntería no lo pueden seguir.

- Señor - anunció otro controlador -. Nuestros cazas informan que han perdido contacto con el blanco y están intentando localizarlo visualmente.

- Capitán - sugirió el teniente Xeron -, tal vez posean un dispositivo de camuflaje.

- ¿En un carguero de ese tamaño? No lo creo. Debe tratarse de algún tipo de campo de interferencias.

- ¡Están allí! - señaló Xeron - Hay contacto visual. No podrán mantener ese campo durante mucho rato. Lo más seguro es que traten de aprovechar que nuestros turboláseres no pueden adquirirles para intentar alejarse y huir del cono de gravedad del Paladín para saltar al hiperespacio.

- Eso sería inútil - replicó Krooz -. No. Sin duda van a intentar atacar al Paladín.

Krooz se acercó a un transmisor.

- ¿Paladín? Aquí el capitán Krooz, del Sombra Gris.

- Al habla el capitán Torkel.

- Capitán, disponga sus armas para barrer el espacio a su alrededor. Tengo razones para sospechar que el carguero que andaba por aquí se ha camuflado e intenta atacarles.

- Bien, capitán. Formaremos una esfera con nuestros turboláseres excluyéndoles a ustedes.

El capitán Krooz cortó la transmisión y se acercó a un ventanal desde el que se divisaba al Paladín.

Sin duda aquellos bandidos estaban demostrando ser más ingeniosos de lo que había esperado.

Ender acercó el Anaconda a velocidad de ataque sobre el puente del crucero de interdicción. Sabía que no podía perder ni un segundo pues estaba iluminando una de las torres generadoras de escudo para fijar el blanco de sus torpedos y los tripulantes del crucero ya debían estar alertados de esta amenaza por sus sensores.

- ¿Qué ocurre, Ender? - preguntó Rai -. ¿Por qué han dejado de dispararnos?

Ender se permitió una sonrisa torcida.

- He activado el dathedi, mi camuflaje haladoriano. No aguantará mucho rato y además he de desactivarlo si quiero disparar los torpedos así que tenemos poco tiempo. Cuando yo te diga aprieta ese botón de ahí.

- ¿Este?

- Ese mismo. Eso nos dará un poco más de margen.

El zumbido discontinuo del ordenador de puntería se convirtió en un pitido estridente avisando de que los torpedos habían fijado su blanco.

- ¡Ahora!

Ender desconectó el dathedi y lanzó sus dos torpedos contra la torre. Inmediatamente giró para dirigirse a la otra torre.

Rai pulsó el botón que Ender le había indicado. Como resultado, un diluvio de virutas surgió de la popa del Anaconda. Con suerte, las tiras metálicas confundirían los sensores imperiales mientras él terminaba el trabajo.

- El blanco ha reaparecido en nuestras pantallas sobre el puente del Paladín, capitán. Pero ahora acaba de soltar contramedidas.

- No importa. No podrá volver a camuflarse. He cambiado de opinión. ¡Quiero a esos piratas vivos! ¡Den la orden al Paladín de que capture la nave con un rayo de tracción!

Ender sabía que no tendría tiempo de fijar el nuevo blanco a la velocidad y distancia a la que se encontraba, así que maniobró la nave lo mejor que pudo y disparó a ciegas otros dos torpedos contra la segunda torre.

De pronto un impacto sacudió la nave y las alarmas volvieron a sonar. Habían perdido los escudos delanteros nuevamente como consecuencia de un disparo de uno de los cazas y el crucero estaba disparando ahora sus baterías a ciegas.

Ender maniobró la nave para alejarse del puente. El computador de puntería informó de que el blanco había sido destruido y, antes de perderla de vista, Ender pudo ver por el ventanal de la nave que la otra torre había sido alcanzada por uno de los torpedos. ¡Si aquel maldito caza no les hubiera alcanzado habría acertado ambos y el crucero estaría ahora sin escudos!

Pero ya no había más oportunidades. No podía volver a activar el camuflaje y las contramedidas ya eran inútiles. Tenía a los dos cazas encima sin olvidarse de las baterías turboláser de ambos cruceros.

Aún le quedaba un recurso, pero no podría emplearlo en aquellas circunstancias. Estaban perdidos. No tenían salvación posible.

- ¡Ender! - exclamó Rai -. ¡Se ha encendido una nueva luz de aviso!

Ender echó un vistazo. ¿Qué más podía ir mal ya?

- Algo se acerca por el hiperespacio - explicó Ender -. Pero con ese interdicator aquí enseguida sabremos qué es.

Keyan y Nikki aparecieron en ese instante en la cabina de la nave.

- ¡El hiperimpulsor está reparado! - anunció Keyan.

- ¡Fabuloso! - comentó Ender con ironía -. Ahora sólo tenemos que librarnos de este crucero o pedirles que apaguen sus generadores de campo para podernos ir.

Un tenso silencio se produjo en la cabina del Anaconda mientras Ender proseguía ejecutando maniobras de evasión por pura inercia; silencio que fue roto por el pitido de los sensores y la voz de Nikki:

- ¡Tío! ¡Mira! ¡Mira!

- ¡Cielos! - exclamó Keyan mientras consultaba los sensores de a bordo -. ¡Son naves de la Alianza!

- ¿Qué?

Ender echó un vistazo al exterior. Un crucero calamari ligero y dos corbetas corellianas habían surgido del hiperespacio por detrás de las naves Imperiales con respecto a su posición.

Por unos momentos, Ender se permitió volver a creer en los milagros.

- ¡Capitán, señor! ¡Naves rebeldes han surgido del hiperespacio en la posición tres marca cinco.

- Un crucero y dos corbetas, señor.

- ¡Maldita sea!- gruñó Krooz -. Alerta roja. Lancen los cazas.

- Señor, los cazas no han terminado de repostar.

- ¡Pues aceleren el proceso! ¡Hagan girar la nave para enfrentarse a esos rebeldes!

- Señor, los rebeldes alzan sus escudos.

El capitán Krooz revisó en su consola el estado táctico de la situación. Se enfrentaría a los rebeldes y los destruiría. Así sería más fácil justificar la situación ante el Almirante Harkov.

Aún no estaba todo perdido.

En el Anaconda, Ender cogió el transmisor de la nave y emitió en una frecuencia de la Alianza.

- Naves de la Alianza. Soy el General Roshak. No sé qué hacen aquí pero me alegro enormemente de verles.

La respuesta tardó un poco en llegar. Sin duda los rebeldes estaban comprobando el IFF del Anaconda.

- Al habla el capitán Nerpfal, del crucero Océano. Estábamos en ruta al sector Nilooga cuando el campo de gravedad de estos Imperiales nos ha hecho salir del hiperespacio. No sé si es usted quien dice ser, pero no cabe duda de que esos imperiales se lo están haciendo pasar mal.

- Por supuesto, no hay tiempo para presentaciones - replicó Ender -. Así que deberán confiar en nosotros. He conseguido destruir una torre generadora de escudo del interdicator y he dañado la otra. Si envían aquí unos cuantos cazas nos libraremos del crucero y podremos irnos a casa. Los cazas del Destructor deben estar repostando y eso nos dará unos minutos preciosos.

La respuesta volvió a retrasarse. Evidentemente Nerpfal, como buen Calamariano, estaba verificando su historia.

- Parece que tiene razón, General. Intente aguantar un rato.

- Bien -. Ender cortó la transmisión y se dirigió a los demás -. ¡Estupendo! ¡Esto es cosa hecha! ¡Erretrés! ¿Has podido fijar un rumbo de hipersalto?

El pequeño androide respondió por el intercom con una serie de pitidos afirmativos.

Ender se dispuso a describir un nuevo arco alrededor del crucero de interdicción, aprovechando que habían dejado de disparar contra ellos, cuando toda la nave se vio sacudida con gran violencia.

- ¡Nos han dado! - exclamó Nikki.

- No - dijo Ender frunciendo el ceño -. Eso no ha sido un impacto láser. Nos han atrapado en un campo de tracción.

- Nos quieren vivos... - añadió Keyan.

Ender sonrió.

- Han cometido su último error... - fue su lacónica respuesta.

Ender desvió toda la energía a los escudos de la nave y se dejó arrastrar por el rayo de tracción sin resistencia. Tan sólo se limitó a maniobrar la nave para apuntar su proa a la bodega del crucero, hacia la que estaban siendo atraídos.

- ¿Qué estás tramando, Ender? - preguntó Keyan con cierto nerviosismo -. Esos cazas no llegarán a tiempo y no podemos librarnos de esto.

- ¿Qué no? ¿No te acuerdas de Isha?

- ¿La diosa? - preguntó Rai.

Ender se rió.

- No exactamente. La bomba pesada que llevo en la bodega. Ya estamos en posición. Aceleraré al máximo para dar impulso a la bomba y se la colaré en la bodega. Además de destruir el generador del campo de tracción crearé un bonito caos ahí dentro.

Keyan suspiró. Era un plan muy propio de Ender.

En cuanto el Anaconda estuvo alineado con el Paladín, Ender redistribuyó la energía de la nave y aceleró hacia la bodega.

El controlador del rayo de tracción del Paladín no se esperaba esa maniobra, pero en cualquier caso el haz de arrastre no estaba perdiendo contacto con el blanco.

De pronto en su pantalla apareció un nuevo blanco. Un objeto muy pequeño. La nave prisionera frenó en seco pero el objeto siguió su curso a toda velocidad, atrapado por el haz.

- Señor - informó -. La nave ha soltado algo, parece ser algún tipo de proyectil.

Y luego su consola estalló en pedazos.

La bodega del crucero de interdicción estalló con gran espectacularidad cuando la bomba pesada hizo impacto en su interior. El Anaconda quedó instantáneamente libre de la presa del rayo de tracción y Ender sacó rápidamente a la nave de allí mientras todo el mundo estallaba en exclamaciones de júbilo.

El Paladín empezó a describir lentos giros agonizantes mientras de los hangares del Océano comenzaban a surgir oleadas de alas-X y alas-Y.

Las tornas habían cambiado.

## Epílogo

La batalla fue breve, pero violenta.

El crucero calamariano Océano concentró su fuego sobre el Sombra Gris apoyado por sus escuadrones de alas-X y el par de corbetas de escolta. Los alas-Y del Océano no tuvieron problemas en destruir la última torre generadora de escudo del Paladín y averiarlo seriamente. El enorme crucero, atrapado por la gravedad de Noladshei e incapaz de maniobrar, se precipitó a una muerte llameante sobre la pantanosa superficie del planeta devastando los maltrechos restos de la fortaleza de Trobbo. Los colmillos de Noladshei no volverían a morder.

El Destructor Estelar Sombra Gris se defendió con la fiereza de un lobo acorralado, pero la imposibilidad de lanzar al espacio sus cazas puso las cosas muy sencillas a los cazas rebeldes. Privado de sus escudos, el Sombra Gris fue destruido por el fuego combinado del Océano, sus cazas y las corbetas. Sin embargo, el Destructor clase Victoria se llevó consigo a una corbeta y a varios cazas antes de perecer engullido en una gran bola de fuego.

El crucero interdicator que había pertenecido a Trobbo estaba incapacitado y derivaba en una órbita baja. El capitán Nerpfal envió un grupo de comandos para hacerse con la nave.

- General Roshak, habíamos sido enviados aquí para investigar una serie de misteriosas desapariciones de convoyes de la Alianza en los alrededores del Sector Nilooga. Desde luego este ha sido un auténtico golpe de suerte, pero si no hubiera sido por Uds. no habiéramos tenido ninguna opción.

- Y si Uds. no hubiesen aparecido nosotros estaríamos ahora muertos o prisioneros del Imperio - replicó Ender -. Creo que estamos en paz, capitán.

- Debemos proseguir nuestra misión. ¿Están seguros de que no necesitan ayuda?

- No, capitán. Nuestro hiperimpulsor está reparado y los escudos recargados. Debemos regresar ya a reunirnos con la flota. Por cierto - añadió Ender - creo no equivocarme al afirmar que esta fuerza Imperial era la causante de las desapariciones que están investigando.

- Es posible, general. En cualquier caso debemos investigarlo. ¡Que la Fuerza les acompañe!

- Suerte - replicó Ender con una mueca de desagrado. Aquel saludo siempre le había parecido algo anacrónico.

Ender desconectó la transmisión y puso en marcha la nave. Cuando se hubieron alejado lo suficiente, salió de la cabina dejando la operación de salto en manos de Erretrés. En la sala de descanso se encontraban sus amigos.

- Bueno, tripulación - dijo Ender, dirigiéndose a todos -. ¡Rumbo a casa! Hubiera preferido recogeros en Chandrila, chicas, pero las cosas no siempre salen como a uno le gustan.

Nikki se levantó de su asiento y se abrazó a Ender.

- ¡Gracias por venir a rescatarnos, tío Ender!

A Ender se le hizo un nudo en la garganta ante aquella demostración de cariño de la pequeña, pero lo disimuló con habilidad. Era malo para su reputación.

- Bueno, no podía dejaros allí, ¿verdad?

- Oh, pero, tío - prosiguió Nikki - ¡la muñeca que me regalaste en Halador se perdió en el secuestro!

Ender dejó escapar una breve risa y acarició el pelo de la pequeña.

- ¡No importa! ¡Te conseguiré otra mucho más bonita!

Nikki volvió a abrazarse a Ender. Este miró hacia Keyan, quien yacía sobre un asiento al lado de Rai. Rai cuidaba de él y miraba a Ender con una sonrisa, pero Keyan estaba muy callado. Parecía ligeramente pálido y su mirada estaba perdida en algún lugar más allá de las paredes del Anaconda.

- ¿Qué pasa, socio? - preguntó Ender dirigiéndose a Keyan -. ¿Demasiadas emociones para un solo día?

Keyan pareció despertar de un trance y miró a su alrededor. Contempló a su hermana durante un largo instante y le tomó la mano con fuerza. Luego dirigió su mirada hacia Ender:

- Ender... he presentido algo.

Ender frunció el ceño. ¡Otra de aquellas tonterías Jedi, no, por favor! Rai y Nikki miraron a Keyan con preocupación.

- Keyan - dijo Rai con voz suave - Tus heridas...

- Es cierto, chaval. Tenemos que llevarte a un tanque bacta y ya verás como todos esos "presentimientos" se esfuman.

Keyan prosiguió sin hacer caso a ninguno de los dos.

- No, Ender. Algo grave ha ocurrido...

Ender cerró los ojos y se los apretó con el pulgar y el índice de la mano derecha en señal de cansancio. Su vida era mucho más sencilla antes de conocer a aquel muchacho.

En aquel momento, el recién arreglado hiperimpulsor del Anaconda se puso en marcha y la nave haladoriana se sumergió en los torbellinos del hiperespacio.

**FIN**